

MIGUEL S. OLIVER

HOJAS DEL SÁBADO

VI

Algunos Ensayos





HOJAS DEL SÁBADO

VI

ALGUNOS ENSAYOS

HOJAS DEL SÁBADO

I. De Mallorca

El alma de Mallorca. — La sensación de Palma. — El valle del azahar. — Paisaje y leyenda. — Chopin en Valldemosa. — La carta de Valseca. — Un concierto en las cuevas de Artá. — La última noche del siglo XIX en la Catedral. — La leyenda del Archiduque. — Mallorca en el Renacimiento catalán. — Figuras contemporáneas: Peña, Maura, Palou y Coll, Aguiló, Costa y Llobera, Juan Alcover, Noguera, Obrador, Uetam, etc.

II. Revisiones y Centenarios

Jovellanos. — Larra. — Balmes. — Maragall. — Ozanam. — Rubén Darío. — Menéndez y Pelayo. — Castelar. — Poe. — Espronceda. — Zorrilla. — Echegaray. — Alarcón.

III. La herencia de Rousseau

Rousseau y la sensibilidad moderna. — Voces del siglo XVIII: El abate Prévost. «Manon Lescaut». Casanova. «El sobrino de Rameau». Galiani, etc. — Enciclopedia y Revolución. La inquietud moderna: El espanto de Rusia. Lo ilusorio y lo posible. Lo irreparable. Cincuenta escuelas en treinta años, etc. — De nuestro tiempo: La adulación del pueblo. La opinión y los libelistas. Sadismo artístico. Arte popular y arte social. Genios y muchedumbres. La ráfaga futurista. La paz perpetua, etc. — Madame Roland. — Polémica sobre la Revolución.

IV. Comentarios de política y patriotismo

De 1914 a 1918. Cartas perdidas. — Las dos políticas. — La crisis nacional: La idea de la justicia. El sentido económico. En busca de ideal. Los dos patriotismos. «Unión sagrada». Crisis de partidos. La expiación. El régimen y la raza, etc., etc. — Ante la guerra: 1815-1915. La asfixia de la guerra. Hacia un nuevo espíritu. España y la paz. Nuestra incomprensión. Retorno a la sencillez. El segundo milenio, etc., etc. — Anotaciones del momento: «Palmas sobran...». El marquesado de Silvela. Réplica a D. Melquiades Alvarez. Macías Picavea. El código taurino, etc.,

V. Historias de los tiempos terribles

La desventura de Godoy. — Andanzas de un poeta. — Un pensionado de la antigua Junta de Comercio: Orfila. — Cataluña y los emigrados franceses. — La duquesa de Orleáns en Barcelona.

VI. Algunos ensayos

Psicología del pueblo español. — Discursos acerca de la Historia de España. — Santa Teresa de Jesús. — El hecho y la idea de la Civilización. — Visiones de Andalucía.

MIGUEL S. OLIVER

HOJAS DEL SÁBADO

VI

ALGUNOS ENSAYOS

Psicología del pueblo español. — Discursos acerca de la Historia de España.—Santa Teresa de Jesús.— El hecho y la idea de la Civilización. — Visiones de Andalucía.



BARCELONA
GUSTAVO GILI - Editor
Calle de la Universidad, 45
MCMXX



Imprenta Elzeviriana - Calle Torres Amat, 9 - Barcelona

Psicología del pueblo español

Conferencia en el curso de Expansión Comercial, Barcelona, 1914.

El asunto

El encargo que me trae aquí, señores, es el de hablaros sucintamente de la *Psicología del pueblo español.* ¿Qué es el pueblo español? ¿Hasta qué punto es susceptible de ser reducido a unidad histórica o dónde radican sus diferencias y variedades? ¿Qué caracteres distinguen a ese conjunto y de qué factores ha dependido su formación?...

He aquí otros tantos problemas, el examen de cada uno de los cuales requeriría, por sí solo, un curso completo, enlazados como vienen con cien arduas cuestiones, hipótesis, misterios y francos enigmas de la paleontología, de la antropología, de la prehistoria. Ni el tiempo ni mi competencia permiten intrincarme en semejante dédalo, aunque fuese tomando la vía de extractar y exponer

doctrinas ajenas. La psicología de un país, proceda de donde proceda, del hombre o del ambiente, hay que deducirla de la historia; y a los tiempos históricos tendré que concretarme, renunciando a entrar en disquisiciones o conjeturas anteriores a ellos. Prescindamos, pues, no sin disgusto, de toda interpretación previa fundada en el dato paleontológico, en el valor — tan controvertido y realmente tan controvertible — de la braquicefalia o la dolicocefalia, en la primacía que unos atribuyen al factor étnico y conceden otros al geográfico, quizá con más razón. Si, como se ha dicho, la moral es principalmente «un hecho geográfico», también lo será toda la psicología colectiva, y a esa dirección provisional nos acogeremos para entrar en materia.

Fondo aborigen

Bajo la denominación genérica de *iberos*, o de *celtíberos* después de la invasión celta, los geógrafos y escritores antiguos comprenden el conjunto de tribus o gentes que poblaban el territorio peninsular en la época de las primeras inmigraciones históricamente conocidas. Por largo tiempo se las creyó de procedencia aria o indoeuropea; mas

después ha prosperado grandemente la teoría de su origen afrosemita, apoyada en la semejanza de sus rasgos sociales y fisiológicos con los de la población establecida al otro lado del Estrecho — cabilas del Atlas, tuaregs, bereberes — y en la sospecha de una antigua unidad continental entre ambos territorios, que vino a romperse más tarde.

Belicosa e indócil, sobria y jovial esa población, no corrió la misma suerte en una y otra parte de los mares. Conservó allí su independencia o se retiró a los montes para resguardarla, mientras aquí hubo de sufrir el aluvión de todos los pueblos colonizadores o conquistadores: fenicios, griegos, cartagineses, romanos. Y, no obstante, aun sometida a las más duraderas y vigorosas dominaciones, aun atacada y trabajada por los más activos disolventes de la historia, esa acción corrosiva no llegó nunca a su meollo. Pulió la corteza; dulcificó sus aristas más exteriores, espiritual y geográficamente consideradas; reblandeció el borde marítimo o litoral, pero dejó inmune o casi inmune todo el resto.

Inextinguible tendencia al *clan* primitivo; hostilidades fronterizas y de vecindad, de unos grupos geográficos contra otros; repugnancia a la coordinación y solidaridad del conjunto; fiero espíritu de independencia, pero localizado y comarcal; heroís-

mo inaudito para defenderla, con la temeridad más que con el valor y con el valor más que con la cautela inteligente o reflexiva; ineptitud para los grandes esfuerzos que exigen concentraciones supremas: he aquí unos rasgos que se exacerban o se atenúan pero que no se borran jamás a través de nuestra historia. La formación de un verdadero patriotismo español ha luchado y lucha todavía con irreductibles sedimentaciones milenarias. En algún momento pareció que iba a conseguir la unidad orgánica por la cual ha suspirado siempre: mas entonces se trató de un principio exterior y ajeno a la raza misma, como es el principio religioso. Rota esta cohesión al influjo del espíritu moderno, apareció nuevamente la índole fragmentaria y de cosa inconstituída, que se había propuesto disciplinar y regir. Después de lo cual España ha vuelto a ser, poco más o menos, la España «sin pulso» de que hablaba Silvela o la «tribu con pretensiones» a que, en horas de desaliento, se refería, con irreverente amargura, un publicista agriado también.

Despojando a esa frase de todo su sabor de blasfemia o denuesto, transportándola a la región del puro conocimiento científico, nos daría tal vez la justa noción del fenómeno peninsular a través de

las épocas: un pueblo, un conjunto de pueblos que oscila constantemente entre la *gens* primitiva y la nación organizada, entre las solicitaciones de su atavismo y las de una plena civilización, de la cual adquiere las formas, los atributos exteriores, la capacidad y la elevación de los individuos, mas no acaba de admitir definitivamente y de una vez la estructura orgánica y total, ni ha alcanzado hasta ahora poder bastante para universalizar lo propio y convertirlo a su vez en plena civilización, en corriente europea.

Por algo estuvo esta raza dotada como ninguna de una fuerte acentuación de rasgos y de una resistencia a perderlos que desconcierta todavía a los más perspicaces observadores. Basta comparar lo que acaba de escribir el doctor Schulten acerca de los campesinos de la meseta central, con lo que escribieron más de veinte siglos antes Estrabón y los demás geógrafos, historiadores y poetas de la antigüedad. A través de dos mil años, aquel fondo o estrato primitivo se conserva casi intacto todavía. En las grandes crisis, como acontece en el orden telúrico después de las grandes avenidas o sacudimientos, descúbrese y aparece descarnada a flor de tierra, la granítica raigambre secular. Una levadura acre y violenta, transmite, a lo largo de

tantas centurias, la identidad substancial del tipo indígena; y sus modalidades más preeminentes resurgen también con insólita tenacidad.

Las supervivencias

Quiero llamar vuestra atención acerca de algunos de estos casos. — Las historias más elementales divulgan en todos los países el recuerdo de Sagunto, el de Numancia. Son como dos concreciones o formas específicas del patriotismo férvido pero limitado y local, del heroísmo *sui generis* de nuestros ascendientes remotos. Contra Aníbal los saguntinos, contra las invictas legiones de Roma los de Numancia, ofrecieron el espectáculo de su resistencia indomable, de su temeridad que no vacila ante el poder, el número, ni la gloria, de su bárbaro y sublime apego al tosco recinto en que se guarecen y guarecen a sus mujeres, a sus niños y a sus ancianos. Con ellos se sepultan entre llamas y bajo los escombros que aparecerán un día, calcinados, a la mirada atónita del investigador en la sorpresa de las excavaciones. Y esto ocurre doscientos diez y nueve y ciento treinta y siete años antes de Jesucristo. Pues bien: dos

mil años después — ya lo observaba así el malogrado hispanista Martín Hume — ese patriotismo *sui generis*, esa extraña y fiera pugnacidad celtíbera rebrotan, con todos sus horrores, atributos y sublimidades, de entre los muros de Zaragoza y Gerona, cercadas por las huestes de Napoleón. Y si, de los caudillos que fueron nervio de aquellas resistencias o pesadilla de Roma — pastores como Viriato, régulos como Indíbil, y hasta romanos iberizados como Sertorio — trasladamos bruscamente la atención a ayer, a hace cien años, para fijarla en «guerrilleros» tales como Mina y *el Empecinado*, la identidad substancial que señalaba hace poco tendrá que pareceros evidente.

Sin duda que, muchos de vosotros, para completar la utilidad del viaje, no saldrán de España sin haber pasado por Madrid, ni de Madrid sin visitar el Museo del Prado. Entrando en la primera sala un gran lienzo, a mano izquierda, atrae la mirada con hórrida, indeclinable atracción. Me refiero a *Los fusilamientos del 2 de mayo*, de Goya. En este lienzo, ante el piquete de ejecución, se destaca a la izquierda, entre cadáveres y heridos de las descargas anteriores, la figura emocionante y crispada de un hombre — el clásico *chispero* — con los brazos abiertos, el rostro dilatado por ho-

rrible mueca, el pecho ofrecido a las balas, las guedejas en desorden y como chamuscadas por el fogonazo. Y, no obstante, esa figura no revela miedo ni terror: esa figura es la más enérgica reducción pictórica que yo recuerde de la intrepidez, del fanatismo patriótico, de la rebeldía salvaje al yugo extranjero. La mano del artista, guiada por no sé qué revelaciones infusas, dejó allí un trasunto a la vez psicológico y plástico, a la vez actual y eterno, de todos los caracteres y fierezas ancestrales. Y en esa expresión del odio contra los invasores de 1808, en ese ceño inolvidable, en esos cabellos copiosos y alborotados, parecen revivir, con misteriosa supervivencia, el odio, los rasgos y la acentuación étnica pronunciadísima de los que Tácito había descrito ya como *colorati vultus et torti plerumque crines.*

Posible es también que, a guisa de observadores que desean documentarse, algunos de vosotros se interesen por otro orden de manifestaciones: el baile, el canto, los espectáculos indígenas. Si la casualidad os pone una noche ante el tablado, en presencia de alguno de esos ejemplares selectos y representativos de la juglaresa o danzatriz española — digamos, por ejemplo, Pastora Imperio — bajo las adulteraciones y convencionalismos de

empresa, bajo las combinaciones y caprichos del moderno «género español», descubriréis algo esencial, que viene de más lejos y, como un violento perfume de civilizaciones ya olvidadas, despierta en nosotros la reminiscencia de no sé qué ritos sexuales perpetuando a través del tiempo el enigmático enlace de la muerte y la voluptuosidad. Esa mujer tipo es también una alta revelación de estirpe. En sus pobladas cejas de ébano, en los carbúnculos de sus pupilas, en la leve tinta de azafrán disuelta bajo su piel, en sus flexiones de pantera elegante y elástica, en la túrgida trepidación de su carne pesando sobre el coturno sonoro, se advierte el producto de una de esas razas de fuerte graduación espirituosa, resistentes a la fusión, al desgaste y a la amalgama. No penséis en *Carmen* ni en Merimée. No penséis siquiera en *Esmeralda* ni en Cervantes. Podéis remontar hasta Roma el río de lo pasado y buscar en los poetas y satíricos del Imperio, en Ovidio, en Juvenal, en Marcial, el cuño anticipado de tan vigorosa medalla, con el chasquido del crótalo y el crujiente espasmo de las bailadoras ibéricas:

Nec de Gadibus improbis, puellæ
vibrabunt sine fine prurientes
lascivos docili tremore lumbos...

Y así otra porción de rasgos y supervivencias, con los cuales se puede constituir una verdadera serie. Oyendo no ha mucho al ilustre profesor de Tolosa, M. Cartailhac, la explicación de esas sorprendentes pictografías y dibujos rupestres, del tipo de los de Altamira, admiraba en la proyección las líneas del *toro* primitivo, asunto principal de no pocas escenas y alegorías de caza, poco a poco transformada en juego. Por la bravura y el ímpetu, dijérase que el bruto estilizado en las rocas hace miles de años, acababa de saltar a la arena, en una de nuestras modernas plazas. Y si acudís a ellas para satisfacer una invencible curiosidad de viajero, fácil es que el toreador de nuestros días os explique el renombre de los *bestiarios* ibéricos, llamados con preferencia a Roma para el execrable esplendor de los juegos del circo.

Tradición espiritual

Pero aun en órdenes mucho más elevados obsérvase idéntico poder de retención, la misma permanencia de caracteres básicos, nazcan de la supuesta raza primitiva o procedan del factor geográfico, del ambiente. Durante la época de la ro-

manización, España dió al Imperio algo más que el abyecto tributo de esos bestiarios. Dióle — todos lo sabéis — no sólo grandes césares, sino también famosos oradores, escritores y poetas, hasta el punto de poderse hablar de una escuela colonial o latinohispánica, como ahora se habla de la hispanoamericana, o de la angloamericana. Recordemos los nombres más conocidos: Séneca, Marcial, Lucano, Quintiliano... Pues bien: los historiadores de la literatura latina señalan en ese grupo la facundia, el conceptismo y la verbosidad que tantas veces será reprochada a los ingenios castellanos del siglo XVII. El desorden de su fantasía, el tumulto de su lenguaje, alteran la vieja mesura y majestad romanas. Una filiación crudamente estoica, acentuada todavía por rasgos nativos de dureza y frugalidad en oposición al epicureísmo de la metrópoli, viene a dar al *sustine abstine* de la escuela, vislumbres de resignación y ascetismo precristianos; como si en esos escritores España se denunciase a la conquista de la Iglesia futura, como si ya guardasen en germen las doctrinas de renuncia y maceración que encendieron más tarde su espíritu en llamas devoradoras, como si fuese imposible descifrar lo que había en Séneca de anticipación a Quevedo o lo que hubo en Que-

vedo de reencarnación de Séneca. De Córdoba, por ejemplo, había salido Lucano, con toda la exuberancia y colorismo de su fantasía, y de allí surgieron más tarde Góngora y su famosa escuela.

Basta con las precedentes observaciones para dejar fijado y conocido el primer lecho de la psicología española, la cual recibe su coloración casi exclusivamente y por partes iguales, de ese remoto atavismo y del nuevo matiz que tomó España al consolidar su unidad en tiempo de los monarcas austriacos. El período visigótico y la dominación árabe, no obstante su importancia o sus materiales vestigios, déjannos el concepto de una desviación o de una mera superposición. Es principalmente en la España antigua o en la España moderna, mucho más que en la medieval, donde deben buscarse a mi juicio los elementos psicológicos que nos interesan directamente. El alma *popular* española que el mundo conoce, con sus violencias pasionales, sus danzas espasmódicas, sus espectáculos sangrientos y sus amores trágicos, forjada viene de muy lejano origen. El alma *nacional*, española, tal como se nos revela actualmente, con su herencia de hidalguías y su menosprecio de las cosas utilitarias, con su instinto de imposición y su intransigencia dominatriz que resiste o se rompe, pero no

se doblega, cristalizada quedó hace cosa de cuatro centurias.

La reconquista, la formación de condados y pequeños reinos independientes, no hace sino corroborar la índole atómica y fragmentaria que parece ser ley de nuestra península y aun con ellos se presenta un nuevo elemento de complicación: las incursiones francas o carlovingias en el nordeste, que refuerzan la diferenciación de una gran parte del litoral mediterráneo, desde Rosas hasta más allá de Valencia, donde predominan un elemento y un espíritu notoriamente ligures. De modo que, en forma de Iberia y de Celtiberia, de España Citerior y Ulterior, de España Bética, Tarraconense y Lusitana, de conventos, marcas y condados, se perpetúan las tres grandes divisiones que correspondieron después a Portugal, Castilla y la confederación catalano-aragonesa y flotan, imprecisas en sus bordes o límites extremos, pero firmes y perennes en los núcleos de agrupación, a través de miles de años, hasta que semejante mosaico de pueblos adquiere su actual y todavía no bien consolidada estructura.

La España moderna y el siglo XVII

Resumiendo lo dicho hasta aquí, repitamos que nuestra psicología en cuanto a *pueblo* tiene sus raíces en las capas más hondas y obscuras de la prehistoria, y en cuanto a *nación* se redondea, funde y reacuña de una vez al salir de la Edad Media, en la época imperialista, desde los comienzos del siglo XVI hasta la mitad del XVII. Esta reacuñación o fase última es la que esencialmente se mantiene hasta los días del desastre, hasta 1898, sin que apenas la hayan arañado en la superficie transformaciones del mundo tan profundas como la Revolución francesa y los grandes inventos del siglo pasado, y transformaciones interiores de tanta apariencia como el triunfo del régimen constitucional.

En el período imperialista a que voy a referirme pueden señalarse tres etapas o momentos: un prodigioso impulso ascendente, un alto, una caída. La primera etapa empieza con los Reyes Católicos, después que hubieron reducido el caos espantoso de Castilla, herencia de Enrique IV. La unión de las dos coronas, la conquista de Granada, remate de la lucha contra los agarenos, el descubrimiento

del Nuevo Mundo y las victorias de Italia, constituyen el magnífico preludio de tal leyenda. Y el naciente esplendor se agranda en los reinados de Carlos V y Felipe II, con el imperio, la hegemonía en Europa, la anexión de los Países Bajos, las conquistas de Méjico y del Perú, la incorporación de Portugal.

Desde Pavía hasta Lepanto la gloria se cobija a la sombra de nuestras banderas, España impone la ley, y el sol, realmente, no se pone en sus dominios. Pero con la suerte de la Armada Invencible y con el tratado de Vervins (1598) comienza la segunda etapa: no mengua, no retrocede todavía, pero su impulso queda detenido; conserva sus posiciones sobre el mapa continental, pero a trueque de convertir en defensiva los antiguos extraordinarios arrestos.

Con Rocroi, por último, se inicia la tercera etapa: España retrocede y decae desde entonces casi con la misma rapidez que ascendió. Pierde los Países Bajos, se le desmembra Portugal, se traslada a Francia la hegemonía y empieza a dibujarse y toma vigor el formidable poder marítimo de Inglaterra. Antes de terminar el siglo XVII, de tanto lustre y de tanta grandeza no quedan ya más que gloriosos harapos. El sol se pone en aquellos mer-

mados confines; y los celajes cárdenos y siniestros que pesan sobre el fondo escurialense de las efigies de los últimos Austrias, en los retratos de Velázquez, expresan con más verdad y emoción histórica que libro alguno, la lobreguez de esa puesta trágica.

Concreción del carácter

Veamos ahora cómo salió el carácter español de esa reacuñación última, que ha durado hasta nuestros días. — Guicciardini, embajador de la Señoría de Florencia, que vino a España en los últimos años de Fernando *el Católico* (1512-1513), sorprende ya entonces, con su triple penetración de diplomático, de historiador y de humanista, casi todos los rasgos esenciales y definitivos de esta nación «que ha estado obscurecida — dice — hasta nuestros tiempos y hoy, no sólo la vemos libre de servidumbre, sino que comienza a mandar a las demás». Extractemos ligeramente: los hombres son de carácter sombrío, de color moreno, adustos, de baja estatura (*colorati vultus...* etc.). Son orgullosos y creen que ninguna nación puede compararse a la suya. Agrádanles poco los forasteros.

Muéstranse inclinados a las armas acaso más que ningún pueblo cristiano y son muy aptos para su manejo, a causa de su agilidad y soltura. Estiman en mucho su honor, que anteponen a la muerte. Son más *guerreros* que *militares*, y les faltan hombres especialmente entendidos. A pesar de esto, la infantería castellana es reputada de excelente, y «ahora empiezan a organizarla como los suizos», con lo cual no se sabe si perderá, pues acaso formando muralla no podrá valerse de su destreza.

Hombres sutiles y astutos, no se distinguen, sin embargo, en ningún arte mecánico o liberal; casi todos los artífices que hay en la corte del rey son extranjeros. No se dedican al comercio, considerándolo vergonzoso. Prefieren la milicia con mil estrecheces, o servir a un grande con mil humillaciones. Ahora se introduce algo de comercio y en varias poblaciones se tejen paños o lienzos, pero *la nación, en general, es opuesta a la industria.* Los artesanos son intermitentes: trabajan cuando la necesidad les obliga. Los campesinos les imitan y labran menos terrenos de los que pudieran. La pobreza es grande y, a su juicio, no tanto por culpa de la tierra como de los pobladores. Prefieren enviar al extranjero las primeras materias para readquirirlas elaboradas. Viven con mezquindad y todo

lo que tienen se lo ponen encima. No son aficionados al estudio; entre los nobles, sobre todo, escasean los conocimientos. A pesar de ser reino tan belicoso, ha sufrido muchas dominaciones, acaso porque tenga *mejores soldados que caudillos* o por su gran fraccionamiento. No obstante, ahora — dice al final, — reducida toda España a la obediencia y al orden la gloria del país se ha aumentado con el recobro del Rosellón, con la adquisición de Nápoles, con la conquista de buenas plazas africanas y las islas del mar Océano, de las cuales viene oro abundante. «De manera que va adquiriendo lustre en la actualidad.»

Tal es el cuadro, tales las grandes líneas que, según Guicciardini, ofrecía España en 1513, es decir, veinte años después de coronada su unidad con el remate de la reconquista y el descubrimiento del Nuevo Mundo. No se dirá que el retratista adule a su modelo. Acaso no vé o pasa en silencio algunas altas condiciones que estaban fuera de la órbita de comprensión de un político imbuído en las doctrinas de su tiempo; pero, ¿cómo negar que muchos de esos rasgos viven y perduran todavía, y que, al liquidar el pasado, en la pérdida de las últimas colonias, nos hemos vuelto a encontrar con ellos?

Este cuadro dulcifica, a pesar de todo, el que, setenta años antes, en 1445, trazaron de su viaje el caballero bohemio barón de Rosmithal y algunos de sus acompañantes, cuadro curioso principalmente por la fuerte sensación geográfica en él perpetuada. Esa sensación, esa pintura viene a coincidir todavía, *mutatis mutandi*, con la presente distribución productiva de nuestras regiones: una zona periférica fértil y de tráfico; una planicie central de grandes extensiones desiertas, con pequeños oasis en las cañadas o a la orilla de algún río, como ahora; leguas y leguas de llanura sin más que jaras y romero, alguna casa de adobes, algún vuelo de cigüeñas, algunos toros que se lidian, las fiestas, en la plaza de la ciudad, convertidos en tribunas los soportales, y que cuestan la vida a uno, dos y hasta cinco hombres, casi como ahora. Así lo había ya observado Cánovas del Castillo, el estadista y fautor de la Restauración, en sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*.

«Hispania Victrix»

La dulcificación que Guicciardini representa respecto de Rosmithal, puede hallarse también en Navaggiero respecto de Guicciardini. Navaggiero

vino a España, como embajador de Venecia, unos doce años después que el diplomático florentino. La ascensión prosigue; al triunfo empiezan a suceder la gloria, el esplendor, la conciencia de nuestra superioridad. El césar dispone de Europa; y la admiración, la fascinación por este nuevo semidiós, su poder y sus estados, se transparentan en cada página y cada línea, no obstante la poca fortuna que obtiene su autor en las negociaciones de la embajada. De los demás extranjeros que entonces siguen a nuestra corte o divulgan cosas de España se desprende la misma luz: Pedro Mártir de Anglería, Marineo Sículo, Baltasar de Castiglione, autor de *Il cortigiano.* Dos imperios inmensos en las Indias se añaden a la corona cesárea. López de Gómara decora el frontispicio de su *Historia de la Conquista de Méjico* con este arrogante lema: *Hispania victrix.* La embriaguez de la dominación rebosa del mismo lenguaje castellano, que se hincha para proclamar la fórmula inflexible de su cesarismo teocrático:

un monarca, un imperio y una espada,

y palpita bajo las corazas de los arcabuceros del duque de Alba, camino de Flandes. Son los famosos, invencibles infantes castellanos: la flor de los tercios de Milán, de Nápoles, de la Goleta. Pedro

de Bourdeille, señor de Brantôme, vuela en posta a Turena para ver pasar esa tropa gentil que deslumbra al mundo: *tous vieux et aguerrys soldatz, tant bien en poinct d'habillements et d'armes, la plus part d'orées et l'autre de gravées, qu'on les prenoit plustot pour capitaines que soldatz... Et eussiez dict que c'estoint des princes, tant ilz estoint rogues et marchoient arrogamment et de belle grace.*

La moda sigue al poderío, y la imitación de costumbres y letras a la victoria de las armas. El castellano se convierte por un momento en la lengua elegante por excelencia, y la aprenden y enseñan en París las gentes más distinguidas y los profesores o humanistas más expertos. Pícase todo el mundo de hablar un poco *à la cavallière,* por reflejo de la gloria española, y se tiñen de españolismo los hábitos y los caracteres. La tradicional ojeriza literaria de nuestros vecinos de la otra parte de los Pirineos — aquella ojeriza que el mismo Morel-Fatio hace arrancar de las narraciones de los peregrinos que iban a Santiago de Compostela por el «camino francés» y aun de los primeros monjes de Cluny venidos para la reforma eclesiástica — ofrece entonces una tregua, y la diatriba se convierte en influencia y en imitación. Al españolismo de Brantôme en el siglo XVI, co-

rresponderá todavía el de Corneille en el XVII, y aun el de Lesage en el XVIII. Y hasta las mismas *rodomontades* y *espagnolades* de los satíricos y parodistas, tendrán más de simpatía que de acrimonia en aquel instante.

La arrogancia nacional

Pero acontece que el énfasis y el orgullo nacional, efecto de las victorias y de las conquistas increíbles, suelen presentarse y exacerbarse a medida que amenguan las causas efectivas de ellos. La apoteosis sobrevive al triunfo y la pompa al poderío y la majestad. Las edades heroicas son, en cierto modo, estados infantiles, de ingenuidad e inocencia, que se ignoran a sí mismas, con divina ignorancia; mientras que las generaciones siguientes extraen de ahí su alcurnia, sus blasones, su vanidad de raza. Basta comparar, por ejemplo, las canciones de gesta primitivas con los poemas épicos de gabinete, y las crónicas de los cronistas directos con las historias compuestas según arte. Basta poner las páginas de Bernal Díaz del Castillo al lado de las de Solís. Así aconteció también con toda la mentalidad y sensibili-

dad españolas, cuajadas, podríamos decir, en la segunda mitad del siglo XVII, dentro de los moldes de una grandeza eventual, en el momento en que empezaba ya a disiparse y disgregarse como una sombra.

El alma y la civilización españolas, en su aspecto predominante de alma y civilización castellanas, quedaron entonces constituídas tal como han durado substancialmente hasta nosotros. El régimen y, más que el régimen, el espíritu político de esa España, se consolida en torno de dos o tres principios simplistas, inflexibles, que se rompen, en todo caso, pero no se doblegan jamás: dominación, asimilación, uniformidad, simetría rectilínea. O sea, como indiqué antes: «un monarca, un imperio y una espada». A un español puro siempre le parecieron, y le parecen todavía, cosas heréticas e inconcebibles los sistemas expansivos, particularistas y de *self-government*.

En Portugal como en América, en los Países Bajos como en Cataluña, se fué aplicando siempre la ficción de la homogeneidad, considerándolo todo como dominio perfecto y extensión del suelo patrio, sin diferencias, especialidades ni oportunismos. El axioma político: *defenderla y no enmendarla,* formulado por Guillén de Castro en

Las mocedades del Cid, fué aplicado inexorablemente. Y sólo en el último instante o, como si dijéramos, en trance de muerte, se encargó a un Requeséns que dulcificara y liquidara la herencia del duque de Alba en Flandes, o pretendió un Oñate oponer la política de atracción a la política de hostigación que el conde-duque realizaba en nuestro Principado. De la misma manera más tarde, cuando en tiempo de Carlos III algunos varones prudentes trataron de constituir bajo forma autonómica los virreinatos del continente americano, adelantándose al futuro movimiento de emancipación, y, por último, ahora, hace cincuenta años, hace veinte, cuando Prim propuso abandonar bajo honrosas condiciones la soberanía de la isla de Cuba, o Maura intentó inútilmente su reforma de la Administración colonial.

Espadas y golillas

También en esa primera mitad del siglo XVII aparecen los rasgos sociales y los abusos que han de perdurar hasta nuestros días: *parasitismo*, militar o civil; voracidad de un cuerpo que parece reproducir el mito de Saturno, ya que engendra un

Estado para devorarlo después y vivir a sus expensas; *abogadismo* y papeleo, es decir, tiranía burocrática. Felipe II, el «rey papelista», viajaba, y le seguían carros y más carros cargados de expedientes. No hace muchos años todavía que el Tribunal de Cuentas censuraba escrupulosamente, con admirable rigor jurídico, las de hace un siglo y exigía responsabilidades a los malversadores. El atraso ha disminuído, pero no lo bastante para dar eficacia a la función. Espadas y golillas lo llenaban todo, entonces. La corte no era más que una gran covachuela, con sus nubes de pretendientes, con sus continuas pragmáticas y órdenes mandando extrañar a los mendigos, a los postulantes, a los forasteros; con su abandono o menosprecio de las profesiones útiles, con su famoso trío de *iglesia, mar o casa real,* en que las familias nobles e hidalgas, y el mismo pueblo a imitación de ellas, compendiaban todas sus aspiraciones y anhelos en este mundo. Ahora mismo hallaríais en muchos hogares de nuestra clase media, fuera de Cataluña, un libro siempre consultado, *Las carreras oficiales en España,* que denota y perpetúa esa hereditaria propensión. Una familia que se estima busca ante todo para sus hijos una posición oficial (milicia, magistratura, administración, ha-

cienda, aduanas), y sólo en último término acude a las profesiones libres y a la iniciativa particular. En las Vascongadas y aquí en Cataluña, estos términos suelen invertirse y sólo se acude a las posiciones oficiales cuando se ha fracasado en las otras, en el campo de la producción y la iniciativa libre.

Entonces también apareció organizada y completa la literatura castellana, y a dicha época y condensación se refieren los rasgos y generalizaciones bajo los cuales es conocida en el mundo. Esa literatura ofrece a la atención del psicólogo tres puntos de vista principales, según se la considere: como expresión de la realidad contemporánea, como expresión de la idealidad nacional y como ejecución o manera artística en sí misma. Y de todos modos y en los tres sentidos indicados, ninguna se hallaría más diferenciada ni de mayor color de localidad, ninguna más nacional y aparte.

Lo caballeresco y lo picaresco

Como expresión de la realidad contemporánea presenta, especialmente en la novela y el teatro, una extensa visión que comprende desde la España

de hierro de los días de Carlos V, con sus ventas, sus molinos, sus cuadrilleros de la Santa Hermandad, sus cuerdas de galeotes, sus cómicos de la legua, su heroísmo y su dureza, hasta la España de justillo de los días de Felipe IV y Villamediana, con sus fiestas del Retiro, sus dómines famélicos, sus dueñas, sus tapadas, sus alguaciles y sus cintarazos nocturnos. Todavía es el *Quijote*, en este sentido de mera representación o copia de lo exterior, algo así como una gran vista panorámica de la España trashumante del siglo XVI, más próxima del engrandecimiento que de la decadencia y libre aún de la afeminación *sui generis*, entre palaciega y culterana, de la centuria siguiente. En cambio Tirso de Molina y Moreto corresponden ya al momento de una sociedad que se ha fijado definitivamente, que se ha hecho sedentaria y cortesana, que ha escogido para siempre una capital y que, a las antiguas andanzas y aventuras de las posadas, los caminos, las galeras, los corsarios y las mazmorras de Argel, substituye las aventuras más muelles y menos peligrosas de los cenadores cubiertos de enramada junto al río, de los galanes vergonzosos y las damas audaces, cuando el «discreteo» en la literatura erótica, como el encaje y los guantes perfumados de ámbar en la in-

dumentaria, vienen a substituir la sangre y el nervio de los antiguos diálogos y el acero de las viejas corazas milanesas. Un contraste continúa; un juego de luz vivísima y de sombra: grandeza y mendiguez, maravillas del espíritu y horrores de la carne, el sumo idealismo emparejado con el sumo realismo. ¿Dónde podríamos hallar reducidos a más violenta oposición esos dos polos de la vida humana y de la historia que en las dos grandes concreciones castellanas de *lo caballeresco* y de *lo picaresco?* Ellas nos presentan, codeándose, lo noble y lo bellaco, el paladín y el rufián, Suero de Quiñones y Estebanillo González; y aun a veces, refundidas en una sola persona, como, por ejemplo, aquel famoso Alonso de Contreras «que de marmitón llegó a caballero de Malta», comprobaremos esa dualidad en la cual alternan las proezas y generosidades del héroe con las más viles asechanzas del forajido, dentro de una absoluta amoralidad o inconsciencia.

Como expresión ideal y sentimental de un pueblo, pródigas son las letras castellanas en notas diferenciales y de insólita energía: — espíritu de aventuras a lo *humano* y a *lo divino*, que se derrama por igual en la acción y en la contemplación, en las vírgenes soledades de América y en las in-

teriores soledades del alma, que engendra a la vez un Pizarro y una santa Teresa, un Vasco Núñez y un Iñigo de Loyola, un Hernán Cortés y un fray Juan de los Angeles o un Malón de Chaide; — *ascetismo* y *maceración,* por medio de los cuales las visiones de la edad media se prolongan y extienden al mundo moderno (mientras la sensualidad pagana ha invadido ya los demás países con la irrupción del renacimiento), y se producen aquí imaginaciones atormentadas y terribles visionarios de la muerte y su corrupción (mientras la vida y la carne se revisten de todos sus esplendores en Italia, en Francia, en Holanda); — *honor* y punto de honra quisquillosos, casuística intrincada y convencionalísima, sobrepuesta a la moral pura del Evangelio, pero dentro de la cual respira el teatro castellano y en la cual alienta el último resabio de la feudalidad, con su venganza de las afrentas, su sumisión absoluta de la mujer a los caprichos masculinos, y sus grandes crímenes o fechorías que no tienen valor ni sanción en el espíritu social, al lado de insignificantes molestias que se lavan con sangre y se retribuyen con la muertè; — *fanatismo e intolerancia,* en suma...

La sombra del Santo Oficio

Y llego, señores, con esto, al punto culminante y vidrioso. Para apreciarlo con exactitud conviene revestirse de cautela. Entiendo que ni los pensadores ni los historiógrafos han analizado hasta ahora, con la debida profundidad, lo que España debe a la Religión y lo que la Religión debe a España. En otros términos: falta investigar si la fe religiosa hizo fanáticos a los españoles o si ellos fanatizaron la religión, con la violencia esencial y originaria de su carácter, de la misma suerte que han fanatizado por turno el amor, los celos, el sentimiento de patria, la moderna idea de libertad y cuantos principios o ideas dominantes van pasando por su alma. Yo me inclino a ver en aquel fenómeno, exagerado sin duda por algunos detractores de nuestro país, un efecto, mejor que una causa de su psicología. No creo que el catolicismo, la unidad católica, la Inquisición, nos hicieran así como nos pintan; sino que, en todo caso, nosotros hubimos de crearlos a nuestra imagen y aun, si bien se mira, los estamos creando a todas horas, con la consiguiente atenuación del tiempo, aplicándolos y tras-

ladándolos a otros objetivos, así sean tan radicalmente contrarios como la misma emancipación de la conciencia. Y, para verlo claro, bastaría una atenta observación de los métodos seguidos en sus propagandas y en sus actos por determinadas izquierdas españolas.

Como ejecución o manera artística, por último, la literatura castellana no es menos interesante así en sus excelencias como en sus defectos. Raza de grandes improvisadores y de inagotable facundia, las súbitas caídas suceden en su producción a los más puros aciertos. La facilidad suple, cuando ellas faltan, a la habilidad o la inspiración. Los mayores ingenios escriben casi sin plan, por instinto, sin insistencia ni retoque. Su característica es la genialidad y la desigualdad, opuestas a la perfección sostenida. De ahí tantos dramas y comedias del teatro clásico mal construídos y como abocetados o en *maquette,* sin el sentido lógico del desarrollo de caracteres, con súbitas precipitaciones de situación y larguísimos desmayos puramente verbales, pero a lo mejor con escenas relámpagos que iluminan todo un abismo, todo un mundo, y salvan la obra. La viveza, la espontaneidad, la «chispa» lo conducen todo, desde Lope de Vega hasta Zorrilla. Comparada esa literatura con

el método, la lucidez y la regularidad de la francesa, es como una selva enmarañada y bravía al lado de un jardín de Lenôtre. La misma índole sonora y magnífica del castellano inclina al cultivo del idioma por el idioma y presta como un eco y expresión musical al énfasis y a la hipérbole nativas. La arrogancia de dicho romance, desviada en el siglo llamado de oro de su prístina sencillez y viveza, viene a ser como la correspondencia lingüística de la misma arrogancia marcial de nuestros abuelos los conquistadores.

Revisiones y valoraciones

Pero al lado de esta *expresión* de sí mismos que los españoles dejaron en su arte y su literatura: en el drama, la novela, la mística y la poesía popular, surgió otro movimiento de *estudio* de sí mismos, reflexivo, deliberado, auto-psicológico en gran parte. Dicho análisis ha tenido tres o cuatro momentos característicos y de mayor actividad, pero nunca ha cesado del todo. Tomemos como punto de referencia el más próximo: lo que se ha llamado «literatura del desastre». Alrededor de 1898, un poco antes, un poco después, por presentimiento o por

remordimiento de la catástrofe nacional, se forma una bibliografía copiosa, de la cual citaré como representativos de esos dos instantes, *En torno al casticismo,* de Unamuno, y el *Idearium español,* de Ganivet, por lo que afecta al presentimiento; *El problema nacional,* de Macías Picavea, y *Regeneración y europeización de España,* de Joaquín Costa, en cuanto concierne a la expiación y la enmienda. Un centenar más de libros y opúsculos de segundo y tercer orden se agrupan junto a los primeros, sin contar lo que por extravasación o «capilaridad espiritual» ha pasado de ese mismo tema a la lírica y a la novela contemporáneas. Toda esa actividad intelectual se concreta al estudio del «caso español», a investigar los orígenes y desarrollo de nuestra decadencia, a fijar nuestra posición en el mundo y los motivos de nuestro relativo fracaso, de nuestra inactualidad, por nuestro despego a la vida moderna.

Pues bien: el fenómeno dista mucho de ser nuevo, por más que la incorregible petulancia de toda generación novel se empeñe en carecer de precedentes y crea que el mundo viene a empezar con ella. Esa «revisión» de los valores nacionales se viene repitiendo, con rítmica periodicidad, casi desde el reinado de Felipe II. En los comienzos del

siglo XVII, cuando se observaron los primeros síntomas de la decadencia española y la falta de solidez de la vasta pero descosida construcción, en un período también de quince o veinte años, surge otra «literatura del desastre», otra literatura terapéutica análoga, completamente análoga en extensión, intención y objetivo a la de ahora. Se trata de los llamados escritores de «política económica», que llegaron a constituir una verdadera escuela y que no representaban menos que los de ahora el sentido de incorporación, científica y práctica, a la ley de nuestro tiempo, cifrada en el trabajo. Era también una reacción contra los «humos de hidalgo», inseparables de todo español neto, la tendencia a trocar un ideal aristocrático y de conquista en ideal industrialista y de producción, el esfuerzo por reconciliar a Castilla con el mundo, con la corriente de los tiempos, con el imperativo de la necesidad.

Basta pasar los ojos por la *Biblioteca Económico-Política*, de Sempere y Guarinos, o por el «Inventario Bibliográfico» que Menéndez y Pelayo incluyó en el tercero de sus volúmenes sobre *La Ciencia Española*. Basta recorrer algunos de los libros más representativos o principales de esa producción. — Los Pérez de Herrera, los González

de Cellorigo, los Sancho de Moncada, los Fernández de Navarrete, dicen y proclaman entonces, substancialmente, lo mismo que acaban de proclamar los Costa, los Picavea, los Alzola, los Graells en nuestros días. — España perece y se despuebla; — el oro y la plata de América no hacen sino pasar por ella como por una canal que los vierte en el extranjero; — mientras monopoliza en el mundo la extracción de metales preciosos, nuestro cambio está tan bajo, es decir, la peseta se halla ya tan «enferma» como la tuvimos en 1897 y 98; — los gabachos nos sacan el dinero con «sus tijeras, sus trompetillas y sus bujerías»; — los «Pierres y Jacques», buhoneros y vendedores, constituyen una obsesión y un tópico en estas páginas; — los genoveses se encargan de absorber el resto, más en grande, con su banca; — el nombre, la sombra de los Fúcares se proyecta durante más de un siglo en la vida y en las letras españolas.

Literatura terapéutica en el siglo XVII y XVIII

El cuadro general es, punto más punto menos, el mismo que representaba España a últimos del siglo pasado: despoblación, desnacionalización económica, producción insuficiente, un pueblo que

vive de espaldas a la realidad. El ánimo de los escritores es el mismo: los de entonces como los actuales tratan de regenerar, de restaurar, de curar a España, de empujarla definitivamente por la vía moderna. *Restauración de la república de España,* titúlase la obra de Cellorigo en 1600; *Restauración política de España,* la del doctor Sancho de Moncada en 1619; *Conservación de Monarquías,* la de Navarrete en 1622; *Carestía y despoblación* (1627) o *Restauración de la abundancia antigua* (1631), las de Caja de Seruela; *Cinco excelencias del español que* DESPUEBLAN *a España,* la de fray Benito de Peñalosa; *Remedio universal de España,* la de Jacinto de Alcázar; *Despoblación, pobreza y esterilidad de España,* la de Martínez de la Mata; *Defensa, unión y restauración de la Monarquía,* la de Alvarez Ossorio... etc. Y ahí, en ese conjunto bibliográfico que pasa revista a toda la psicología de la nación, rectificado, retocado, reducido a sus justos términos, pero confirmado en suma, hallamos el mismo balance que se desprende de las relaciones debidas a los embajadores italianos posteriores a Guicciardini y Navaggiero, a los visitantes de España que sucedieron a Rosmithal. Así, por ejemplo, Donato, Morosini, Soriano, madame d'Aulnoy y una porción de

diplomáticos y viajeros, el extracto de cuyas opiniones, por somero que fuese, la premura del tiempo me veda en absoluto.

Durante el siglo XVIII, en los reinados de Fernando VI y de Carlos III, la revisión retoña otra vez y aun se hace extensiva al genio literario indígena, ante el cual se había detenido anteriormente. Con el benedictino Feijoo y su *Teatro crítico* — especie de transición ortodoxa entre *El Espectador* de Addison y la futura *Enciclopedia* de d'Alembert — empieza la revisión de valores filosóficos, morales y científicos, en sentido experimentalista, contra el ergotismo de nuestras aulas y la superstición que había llegado a engendros tales como *El ente dilucidado*, del P. Fuente de la Peña, y a épocas como la de Carlos II. Con la *Poética* de Luzán empieza la reforma del gusto literario en sentido clasicista o, mejor dicho, francés, pronto extendida al teatro y sus famosas unidades, que tanto contrastaban con la anarquía de la dramaturgia española tradicional. Ustáriz, Ulloa, Arriquíbar, Campomanes, reanudan la obra de los restauradores y arbitristas de la centuria precedente, de la cual parecen un eco, como los comentadores del «desastre» en nuestros días parecen el eco de ese eco. Entonces la «europeización»,

lo que hoy llamamos europeización, no queda en pura hipótesis: los «reyes filósofos» de la nueva dinastía de Borbón la ensayan sobre el cuerpo vivo de España y sobreviene aquel período constructivo, que diríamos ahora, y de relativo avance material, de reformas económicas, de apoyo al comercio, de introducción de industrias y cultivos, de protección y dignificación del trabajo, de proyectos atinados unos y descabellados otros, factibles o utópicos, a la manera de Ward, de Olavide o de Cabarrús, pero que en conjunto caracterizaron el único ensayo en grande que se haya hecho de política substantivo-cultural en oposición a la política verbalista, incorpórea y gárrula que distinguió al constitucionalismo del siglo XIX hasta sus postrimerías.

Estas son, señores, las más culminantes vicisitudes que los pueblos españoles, entregados a sí mismos o en contacto con el exterior, ofrecen al estudio del psicólogo. Una leyenda de oro ha tenido por largo tiempo a esos pueblos vueltos de cara al pasado; una propensión aristocrática e ideal llevóles a menospreciar las bajas necesidades de la existencia, aunque ellas tomaran la forma del progreso moderno, de la invención, del maquinismo contemporáneo. Sus mismos defectos no son más

que exageración de grandes cualidades. La fe con que vivieron su vida les llevó al extremo de imponerla a todo el mundo. La sublimidad de esa fe les condujo a la violencia, al estrago, al abuso del poder, que ellos a su vez han sufrido amargamente en los dos últimos siglos de *capitis diminutio* que les ha deparado la historia, durante los cuales — así se reconocerá algún día, — España ha sido uno de los pueblos más benévolos de la tierra, comparando veraz y sinceramente sus guerras, sus revoluciones, sus reprensiones, y todo su espíritu y toda su actuación de esos doscientos años últimos, con los análogos de los demás países. No en vano tiene, a pesar de todo, el derecho a la simpatía universal y el don de atraerla. Su libro más grande lo proclama; y su genio mayor, el insigne Cervantes, es el verdadero genio de la misericordia y el maestro de cuantos espíritus balsámicos y consoladores se han dedicado en la época moderna, no a enfurecer sino a templar y serenar el hombre.

No olvidemos, sobre todo, el aprecio del factor «geografía», del factor «fatalidad» en ese nuestro problema español. La civilización es, sin duda, obra de los hombres y viene conducida y actuada por los hombres, dentro de las apariencias de un libérrimo albedrío. Pero si dirigimos una mirada

al mapa terrestre, si consultamos la historia, si nos fijamos en las localizaciones sucesivas de ese fenómeno de la plena civilización a través de todas las épocas, si observamos, en fin, sus rutas y caminos en el aspecto territorial y cronológico, ¡cuán mermado quedará el campo de nuestro orgullo y cuán sujeto a inexorables restricciones! Veremos de continuo, en dirección de sudeste a noroeste, una zona escogida, brillante y bañada de lleno por la luz; la zona-foco, la zona de plenitud, el eje o centro de la superioridad humana, que corresponde casi enteramente al hemisferio septentrional. Veremos que esa luz se va amortiguando a medida que nos apartamos de la bisectriz, y hallaremos países centrales, países inmediatos, países periféricos, países fronterizos o sólo tangentes a la faja privilegiada. Entonces habremos de pensar forzosamente en que algo ajeno a la simple determinación de los hombres rige y condiciona esa gradación, como rige la de los climas, la de la flora y de la fauna. Y acabaremos por comprender que la lucha contra las fatalidades exteriores, esencia del progreso, distintivo de la dignidad del hombre, tiene su campo de acción y posibilidad, pero tiene también su límite y que, de la misma manera, al esfuerzo sigue una distinta eficacia o se le opone una difi-

cultad o resistencia diferentes, según se acerquen o se separen de aquella línea misteriosa.

El problema en pie: dualismo peninsular

Y ahora, señores, antes de poner fin a mi conferencia, séame permitido exponer en dos palabras el concepto del *dualismo peninsular* o español a que me parece haber aludido antes o que en todo caso se desprende de anteriores observaciones. He hablado de la España castellana, del núcleo predominante. Pero la Península, en la historia y en la actualidad, dista mucho de ofrecer un todo homogéneo. Sus diferencias y variedades, múltiples son, pero es posible reducirlas a dos grandes direcciones y de ahí el *dualismo* de que hablo por comodidad de nomenclatura. Este *dualismo* de aspiración, de psicología colectiva, ora se presenta difuso por toda la masa social, ora se localiza en concreciones geográficas o territoriales. En el sentido más amplio puede observarse una distinción general entre periferia y centro, distinción que ya vieron los antiguos geógrafos e historiadores: un ánulo de fertilidad, de lozanía, de pulpa, envolviendo un hueso descarnado, con algún oasis en los valles, entre las cordilleras o en la margen de algún río.

A la periferia corresponden, por lo común, la actividad e intensión de cultivos e industrias. A ella descienden los ríos, formando sus vegas y deltas crasos. En ella el trabajo del hombre es más perseverante. Sobre ella han trabajado sin cesar la historia, las razas, las invasiones. Pero, en otro sentido más estricto, esta diferenciación se acentúa y localiza en dos focos principales: uno al norte y otro al nordeste, o sea, las Vascongadas y Cataluña. De esta diferenciación geográfica, de la de Cataluña principalmente, nace también una diferencia de ideal político. Aun sin especialidad de razas, de historia, de tradición constitucional largo tiempo conservada, de lengua, de derecho y de costumbres — que de todo eso proviene el problema del regionalismo o nacionalismo catalán —; aun sin tales motivos de divergencia, el conflicto de que hablo se hubiera planteado también por el mero hecho de la distinta densidad económica, por gravitar la sociedad catalana hacia el tipo del «Estado productor» antes que del militar, conquistador o burocrático. Es el conflicto, semiespiritual, semiterritorial, que dió nombre y asunto a mi libro *Entre dos Españas:* una España activa y otra inerte, una España actual y otra inactual (y entiéndase que no hablo de superioridad, porque el

problema no es de superioridad sino de adaptación o mejor de concordancia con la ley de la época), una España congestionada y otra España débil o anémica. En suma: un verdadero caso de *hemiplejía nacional.* La mitad más robusta y viva tira con fuerza, a veces con rabia, de la otra mitad, no tanto para desprenderse de ella en forma de ese «separatismo» que acaso hayáis oído mencionar o execrar, como para arrastrarla definitivamente y hacerla seguir, mal de su grado si conviene, en sentido de las leyes y sanciones inexorables de la vida moderna, de la incorporación a la corriente universal, y de la franca y plena aceptación de las fatalidades económicas que rigen el mundo moderno y con las cuales no cabe más que un dilema: transigir o sucumbir.

Y esto, señores, significará a la larga para nuestra gloriosa Península un traslado del centro de gravitación que en ella ha regido desde la edad media; un cambio lento, pacífico, secular tal vez, de *hegemonía,* que va correspondiendo cada día más a los mediterráneos y septentrionales, no a título de superiores — ya lo he dicho — sino simplemente de más adaptados o resignados a la prosaica ley de nuestro tiempo.

Discursos acerca de la Historia de España [1]

(PRIMERA SERIE)

I

Historia y Prehistoria

Es el hombre el único ser de la tierra que no limita su vida a la rotación de las funciones fisiológicas. El animal, estrictamente considerado, no conoce ni practica lo *inútil*: se mueve en el campo de lo necesario, de lo indispensable. No obedece más que a dos exigencias: nutrición y reproducción o, como decía el maligno arcipreste de Hita,

---

(1) Estos discursos fueron escritos exprofeso para la *Historia de España*, magníficamente ilustrada y publicada por el editor don Miguel Seguí, del cual constituyen la propiedad exclusiva y a cuya generosa deferencia debo el favor de poderlos reproducir en este volumen. Sirva esta nota de expresión, la más sincera y cordial, de mi gratitud por el delicado proceder del señor Seguí, que ha permitido completar el tomo de *Ensayos* con materia que le es en extremo congruente.

«mantenencia» y «ajuntamiento con fembra plasentera». El animal busca su guarida o se la fabrica toscamente; acecha su presa y la devora; escoge su pareja y la arrebata o la defiende contra el rival; descansa y se prepara otra vez para la nueva agresión, siempre con el mismo objeto de saciar su hambre o de asegurar la perpetuidad de la especie. Incluso cuando parece que se explaya, que se refocila, que «juega», no hace otra cosa que ensayar su agilidad, mantener su destreza o afilar sus dientes y sus uñas, siempre en vísperas de un eterno combate.

El hombre, no. Porque, ¿dónde reside la *humanidad*, la condición de lo humano por excelencia y en oposición a las groseras necesidades nutritivas y genésicas del bruto? Allí empieza lo humano propiamente dicho, donde empieza lo inútil; el reino del hombre *es el reino de lo superfluo.* La parte más elevada de su existencia radica, precisamente, en el despilfarro, en el lujo, en el sobrante de sus energías consagrado al «recreo»: esto es, al placer semidivino de explicarse la creación y explicarse a sí mismo, de recrearse o crearse de nuevo, lentamente, en su conciencia y en sus obras. Ese conjunto de actividades innecesarias a la mera continuidad material de la especie, es lo que forma

nuestro orgullo y, por definición, el tesoro del progreso humano, de todas las civilizaciones que se han sucedido sobre el planeta.

Pues bien, entre tales atributos de la nobleza del hombre y de su rango aparte en la escala de los seres vivos: memoria, raciocinio, lenguaje, arte, ciencia, religión, se destaca en lugar preeminente la facultad o preocupación de lo histórico, bajo forma activa unas veces y, en otras, bajo forma pasiva. Únicamente el hombre se afana en dejar memoria de sí mismo a los venideros o en recoger y conservar la de sus antepasados. El niño y el pueblo en la infancia se sienten sobrecogidos de veneración meditabunda ante el árbol añoso que les precedió y ha de sobrevivirles en la sucesión de los años; y un obscuro prurito de perpetuidad les lleva a grabar en su corteza o en la superficie de un peñasco, el signo, el enigma, la huella que acredite su paso por el mundo. Diríase que fluctuamos entre la doble solicitación de nuestro origen y de nuestro destino y que, en el punto de arranque o fuente primera, la aspiración histórica es nada más que una fase de la misma aspiración religiosa, bien así como desterrados que recogen con avidez todos los restos de los naufragios anteriores, o como náufragos nosotros mismos que

arrojamos al mar la botella de las revelaciones.

Maestra de la vida, antorcha del género humano, viene llamándose comúnmente a la ciencia de lo que fué; mas esa concepción restringe la historia a la estrechez de un servicio de moral práctica y obscurece la más alta dignidad de su procedencia. No fué por ninguna razón utilitaria ni docente por lo que los hombres empezaron a recoger los dispersos testimonios de lo pasado y a dejarlos de sí: fué por innata curiosidad o por anhelo místico de reincorporación a su causa primera. Nada tan fecundo, nada tan prodigioso como esta *curiosidad desinteresada* y de más puro abolengo que el utilitarismo, al cual no es aventurado afirmar que precedió también cronológicamente, como el adorno precedió al vestido. Más que al ansia de comodidades o a la sed de oro ha obedecido el progreso del hombre a su instinto natural de curiosidad, al mero impulso filosófico y poético, que al abrir los ojos a la luz, hace que nos maravillemos y nos interroguemos. Saber por la sola recompensa de saber, fué, sin duda, el primero de nuestros estímulos y continúa siéndolo aún ahora, no obstante los portentos de la aplicación industrial.

De tal estímulo procede la porción más delicada y escogida del trabajo humano; las verdades pri-

marias, la ciencia pura, el cálculo sublime, el estudio de la mecánica celeste, todo aquello, en fin, que a juicio del vulgo o de los materialistas de hace cuarenta años «no ha servido nunca para nada». Para nada han servido tampoco, en el sentido expresado, las grandes epopeyas, los mayores monumentos, las construcciones más asombrosas. La humanidad hubiera podido vivir ampliamente su vida fisiológica y prosperar y multiplicarse, sin las Pirámides y sin el Partenón, sin los poemas homéricos y sin las catedrales de la edad media, sin Shakespeare y sin las sinfonías de Beethoven. Pero, en virtud de una extraña, aparente contradicción, todas esas manifestaciones de lo redundante y de lo superfluo, sobreviven a las de estricta necesidad, descollando sobre las edades largo tiempo después de haber desaparecido las organizaciones poderosas y las razas mismas de donde surgieron.

Volviendo, pues, a la historia y a sus primeros vagidos, concretándonos a la de España, sobre la cual han de versar nuestras meditaciones, conviene que reflexionemos, ante todo, acerca de la formación o aparición sucesiva de esta misma historia. La perspectiva de lo pasado en el tiempo obedece a una ley semejante a la perspectiva de la distancia

en el espacio: suponiendo que nuestro campo visual sea de diez metros en el primer término, será de diez, de veinte, de treinta kilómetros en el último plano; veremos con intensidad y precisión extraordinarias los más insignificantes pormenores de este primer término, hasta el punto de que su misma abundancia y prolijidad ahoguen las líneas de conjunto, mientras que en el último confín se estrecha la confluencia, los pormenores desaparecen, la intensidad se apaga y todo llega a esfumarse en las brumas de la imprecisión, del misterio, del enigma lejano. Y esto es así por dos razones: en primer lugar, por el «hecho» mismo de la historia, que no se organiza sino en épocas muy distantes de los orígenes y que no tiene medios de conservación y transmisión hasta que se inventa la escritura, y, luego, por un fenómeno de psicología colectiva análogo al fenómeno individual de la limitación de la memoria y la expulsión de unas nociones para dar lugar a otras más próximas, recientes y vivas.

La historia, pues, vino a ser sucedánea de la escritura, del alfabeto, aunque hubiesen precedido a este último los relatos orales, los cantos religiosos o patrióticos confiados a la tradición, de suyo movediza y oscilante hasta que se dispuso

del medio de fijarla en un texto inmutable. Por mucho tiempo lo histórico supuso necesariamente la existencia de la escritura y dependió de ella, aun cuando la escritura en sus primeros momentos — momentos de siglos alguna vez — y en sus más tempranas aplicaciones, no se limitara a recoger cosas veraces y directamente sabidas o investigadas, sino también la herencia anterior, nebulosa y mítica, el legado de las generaciones prealfabéticas. Tiempos históricos fué sinónimo de tiempos acerca de los cuales quedan vestigios escritos, considerándose como fabulosos e indescifrables los demás. La historia era concebida como algo unido indisolublemente al documento literal, y sólo a este documento literal se consideraba vinculada la noción científica, la certeza, la adquisición de la verdad.

Así, por ejemplo, las nociones más antiguas de esa índole que han llegado hasta nosotros acerca de los primitivos pobladores de España, esto es, las nociones escritas, no se remontan más allá del siglo VI a. de J. C.; y con este siglo se ha entendido que empezaba nuestra historia propiamente dicha, la cual, por razones de método y comodidad, admitió también las divisiones universalmente aceptadas de *antigua* (hasta el siglo V de J. C.),

media (hasta fines del siglo XV), *moderna* (hasta fines del XVIII) y *contemporánea,* según quieren algunos, para los tiempos más cercanos a nosotros, es decir, hasta nuestros días. Mediante dicha distribución es posible apreciar prácticamente el fenómeno de la perspectiva histórica comparable al de la perspectiva óptica, que antes indicaba. Como jalones de la división — y de las subdivisiones, conocidas de todos, que fuera ocioso repetir aquí — se adoptan no ya fechas equidistantes, sino acontecimientos de trascendencia: la Revolución francesa, el primer viaje de Colón, la invasión de los pueblos del norte, que separan unos períodos de muy diferente extensión cronológica.

Pero, desde el siglo XVIII y en todo el siglo pasado, fué tomando cuerpo un interesante grupo de estudios, señoreados y en cierta manera resumidos por la *geología,* la cual es también, en cierto modo, una «historia de la tierra». Investigando la estructura del planeta, leyendo en sus entrañas abiertas por los cataclismos, por los grandes trabajos de ingeniería o con mero propósito de exploración intelectual, determinó los períodos de la formación terráquea, desde el arcaico y fundamental, anterior a la vida orgánica o sin restos de ella,

hasta el terciario o neozoico, anterior a la aparición del hombre o sin restos que la acusen, según la creencia más respetable y más extendida. A contar de este punto, después de la gran alteración del régimen de temperaturas a que se ha llamado período glacial y entrando en la época cuaternaria, la geología empieza a hallar vestigios de la vida humana primitiva, restos esqueléticos y objetos toscamente labrados por mano del hombre, donde antes no había registrado más que vestigios estrictamente zoológicos o vegetales.

Entonces se entrevé y comienza a desarrollarse un nuevo método o , mejor dicho, un nuevo campo de indagación de lo pasado; y la historia, que no había hecho sino gravitar exclusivamente hacia la literatura y las humanidades clásicas, busca un nuevo punto de apoyo en las ciencias de observación a estilo moderno; en el dato geológico y en sus derivaciones y afluentes de la paleontología y la etnografía. Al mismo tiempo, otra disciplina, la filológica, dejando sus viejos empirismos y su secular adscripción al grupo de las humanidades, tiende a constituirse metódicamente como ciencia del lenguaje; y remontando las centurias, no ambiciona menos que establecer la genealogía de los idiomas, sus grandes familias, sus precedentes y

sus raíces últimas, como afanosa de llegar algún día a la confluencia de lo natural con lo sobrenatural, de los verbos históricos con el sumo Verbo increado, del cual sienten aquéllos confusamente la participación y la nostalgia.

II

Prehistoria Ibérica

Tierra de promisión para tales estudios fué, desde el primer instante, la Península Ibérica. Con el incentivo de obscuras reminiscencias o alusiones en la Biblia, en Homero, en los textos que pudiéramos llamar de la aurora del mundo; con la interrogación de una lengua primitiva, en inscripciones y monedas, que permanece indescifrada; con los relatos de antiguos historiadores y viajeros que mucho más promueven la duda que satisfacen la avidez de los curiosos, con todo eso junto ha venido a coincidir la mayor variedad y abundancia de descubrimientos paleontológicos, en los cuales se hallan representadas todas las formas sucesivas, ordenadas hasta ahora por la clasificación.

Gran solar de la *prehistoria,* el territorio hispánico ofrece cada día a los investigadores nuevos elementos de compulsa, unas veces para confirmar y otras para rectificar o extender sus conclusiones interinas.

Aquí los vestigios del primer período cuaternario, es decir, del paleolítico o del *mamut,* con testimonios de la raza humana primitiva — o casi primitiva — de Neanderthal y de Cannstadt y con el aditamento de utensilios rudimentarios, correspondientes a los dos tipos *chellense* y *musteriano,* a que llaman en conjunto «amigdaloideos» los arqueólogos de España: objetos de cuarzo, de sílex, de jaspe, tallados a golpes; hachas toscas, piedras erizadas de dientes o arrojadizas a modo de balas, raspadores, sierras y perforadores de forma romboidal, según los hallazgos de la Pradera de San Isidro y de la cueva de las Perneras en Murcia. Aquí la tercera raza paleolítica o de Cro-Magnon, con variadas muestras de sus dos períodos de Solutré y de la Magdalena, con el desarrollo sucesivo de sus industrias, hasta la aparición de la cerámica y la entrada en la época del pulimento. Aquí, en fin, los centros de producción o talleres, los depósitos de restos de cocina o *kiokenmodingos,* los monumentos de toda la serie megalítica (dól-

menes, menhires, cromlechs) hasta la edad de los metales (cobre, bronce, hierro) y su enlace con los tiempos históricos propiamente dichos.

Pero, ¿qué valor atribuir a estos datos sin violentar su propia índole? ¿Podremos pedirles la substitución de las narraciones escritas, esto es, ordenarlos de suerte que nos ofrezcan, ahora o más tarde, con perfecta ilación, con rigorismo cronológico, con particularización de nombres o de sucesos, un equivalente de los viejos anales? No. El campo de actividad de la prehistoria y el de la historia pura no son los mismos; sus métodos no coinciden; su materia es irreducible a la misma fórmula. Entre lo histórico y lo prehistórico media una separación infranqueable, una distinción esencial que varía todo el procedimiento, cuando no todas las posibilidades de la pesquisa; y esta distinción es la presencia o ausencia de la palabra. Sólo por el intermedio de la palabra puede definirse lo concreto, lo individual, lo determinado: acciones, nombres, personas o fechas. Allí donde no media la palabra, no puede rebasar nuestro conocimiento una cierta línea de indeterminación, la misma que separa la historia natural de la historia propiamente *humana*, la descripción de las especies y sus cambios evolutivos, de la descrip-

ción de los actos y vicisitudes del hombre como ser racional, más allá de lo zoológico.

Así, pues, por una serie de pacientes inducciones podrá llegarse a reconstituir un momento, *un estado de la vida* primitiva del hombre, sin determinación de fechas ni de acciones individuales, estudiando esos restos de la industria antigua. De la presencia constante de determinados objetos — armas, adornos, alimentos—en las tumbas de un mismo grupo podrá inducirse la creencia en otra vida y el culto a los muertos; de la aparición del molino a brazo, podrá inducirse el tránsito a la vida agrícola y al cultivo de los cereales; la presencia de agujas o alfileres de hueso nos conducirá a suponer el uso de los vestidos o de las telas. Comparando alguno de aquellos restos o vestigios indescifrados, con lo que practican actualmente determinados pueblos de Africa, de América, de Oceanía, que se encuentran en el mismo grado de civilización, se iluminará por ventura lo que fué a la luz de lo presente. Mas ¡qué cautela o parsimonia no hay que poner en todo ello! ¡Cuánta limitación para la certeza y cuánta amplitud para la conjetura y el extravío!

Copioso es ya, como inventario y catalogación, el acervo de los estudios prehistóricos; de las más ricas y sorprendentes, la contribución de España.

Gracias a ellos conocemos una serie de formas sucesivas de la vida primera, pero nada más que estados genéricos, de incierta duración y, a veces, de prelación no muy clara entre sí. La misma nomenclatura sigue denunciando esa vaguedad e indeterminación al tomar sus designaciones y sus puntos de partida, no de un pueblo, ni de un caudillo, ni siquiera de una invasión o conquista, sino de rasgos puramente materiales o aleatorios: el modo de labrar la piedra, el uso de un metal, el sitio donde casualmente vino a descubrirse un tipo nuevo de estación prehistórica o un esqueleto primitivo. De aquí el período «neolítico», los restos «magdalenienses», la raza de «Cro-Magnon». Mas, en cuanto de la descripción ordenada y austera de estos materiales todavía insuficientes e inconexos ha querido pasarse al sistema propio de la historia y suplir las narraciones escritas, la polémica y a menudo la confusión más delirante no se han hecho esperar gran cosa.

Por ello hubo de decir Menéndez y Pelayo, en una de las últimas páginas salidas de su pluma: «Un incurable escepticismo me hace mirar con recelo estos aparatos sistemáticos que sobre pocas, obscuras y deficientes noticias, y con el deleznable apoyo de una filología aventurera, pretenden dar-

nos la clave de un mundo cuyos misterios apenas comenzamos a entrever». La lengua de las inscripciones ibéricas continúa siendo un enigma; ningún hallazgo como el de la Rosseta ha venido a darnos la traza de su interpretación; el éuscaro o vasco carece de monumentos escritos de alguna antigüedad, y en su actual estado es instrumento muy imperfecto para las comparaciones. De la misma suerte y por idénticos motivos, Pierre París, en su *Ensayo sobre el arte y la industria de la España primitiva,* escribió que de la historia de los iberos antes de la conquista cartaginesa y romana sólo podemos afirmar tres hechos: la colonización fenicia, la colonización griega y la inmigración céltica, y aun estos, confusos y sin cronología irrecusable.

Ello no quiere decir que todo ese cúmulo de armas y enseres de pedernal, de cráneos trepanados y restos de cerámica reunidos en los museos como primera fase de la vida de nuestros antepasados; que todo ese mundo remoto y desconcertante de los hallazgos fúnebres y las grutas decoradas por artistas de intuición maravillosa; que los dibujos rupestres, y las construcciones ciclópeas, y las lápidas y monedas ilegibles, merezcan, a título de materiales científicos todavía inorganizados,

una reserva afectada o no inciten poderosamente la curiosidad y la veneración. La reserva, en todo caso, no rezaría con ellos, sino con las conclusiones prematuras y temerarias, porque el mismo enigma, el propio misterio y la suma antigüedad de tales despojos, lejos de repelernos, atráennos con irresistible fascinación. A medida que aumentan la distancia, la tiniebla, la incertidumbre; a medida que remontamos la gran corriente del tiempo, nuestra simple curiosidad histórica se convierte en un sentimiento más profundo, en una emoción más grave y como religiosa. Nos acercamos al origen de los orígenes y nos sentimos turbados por la proximidad de lo divino.

III

Tiempos históricos. — Iberos y colonizadores

Como ya se indicó, hasta el siglo VI a. de J. C. no empiezan para España las referencias históricas propiamente dichas. Existen, sí, vehementes indicios de relaciones guerreras con los egipcios en el siglo XVII; es probable en el XI la fundación de Cádiz por los fenicios; el Span o Ispan de ciertos

relatos bíblicos puede presumirse que sea nuestra Península. Además, Homero, o quien fuese el autor, habla en la *Odisea* del mito de Atlante, «el que conoce todas las profundidades del mar y sostiene las columnas del cielo y de la tierra». Hesíodo, en la *Teogonía*, localiza el propio mito, el de Gerión tricípite y el de las Gorgonas, aquéllos delante y este último «más allá del ilustre Océano, en los confines de la Noche, donde están las Hespérides de voz sonora». Píndaro habla de las *puertas garídidas*, término de los viajes de Hércules. Y Estesícoro de Himera, insistiendo en el tema de Gerión, supónele «nacido enfrente de la ínclita Eritia, junto a las fuentes inmensas, de raíz de plata, del río Tarteso...».

A tan poca y tan confusa substancia se reducen todas las referencias anteriores a la sexta centuria. Mas desde este punto comienzan ya los datos geográficos e históricos, con los *periplos* o derrotas de los navegantes fenicios y griegos, con los cronistas y *logógrafos* del tipo de Scylax, de Hecateo de Mileto, de Herodoto de Heraclea, que hallan su confluencia en Herodoto de Halicarnaso, el padre de la historia. En Scylax aparece por vez primera la designación de *iberos*, aplicada al fondo primitivo o permanente de los pobladores de España

(por diferenciación de los colonizadores e invasores sucesivos) tomándola del río *Iberus* o Ebro, en cuyas riberas vivían. Herodoto de Heraclea nos informa de que esta gente ibérica del litoral, aunque una en conjunto, recibía varias denominaciones. Y Herodoto nos da las primeras noticias conocidas acerca de las navegaciones históricas de los griegos: de entre ellos fueron los focenses quienes, surcando el mar en sus *petenconteras*, descubrieron el Adriático, el Tirreno, la *Iberia* y *Tarteso*. Continúa esa actividad de los historiadores en el siglo siguiente y, sobre todo, en el VI antes de J. C., con Éforo, Filinto y Teopompo, y empieza entonces a sonar el nombre de los *celtas* como un componente nuevo de la población de España que, tras un incierto período de fusión con los indígenas, determina la aparición de los *celtíberos*, matiz central de aquellas dos razas y coexistente con ellas.

Tenemos, pues, en el milenio anterior a Jesucristo, una colonización fenicia, una colonización griega una invasión céltica, y muy luego otra colonización cartaginesa. — Salen los fenicios de sus lejanas metrópolis del Asia Menor y extienden sus viajes hacia Poniente, dejando factorías a lo largo de su ruta en ambas riberas del Mediterrá-

neo. Se establecen en Gadir o Cádiz (probablemente desde el siglo XI antes de J. C.) y ocupan otros puntos al este y oeste de la Península. Esas fundaciones o factorías principales, además de Cádiz, son *Erythia* (Sancti Petri), *Melckarteya* (Algeciras), *Malaka, Hispalis, Ebusus*: dependen de la metrópoli, le pagan su tributo, participan de su derecho y del culto de sus dioses; están situadas a orillas del mar, en islas o alturas de fácil defensa, con un reducto y un templo. Y desde ellas comercian los advenedizos con la población indígena, antes por permuta, introduciendo después la moneda, el alfabeto y una porción de elementos de la civilización oriental. — Cuando el poderío de Fenicia sucumbe a la dominación asirio-caldaica (573), Cartago, la más egregia de sus filiales, recoge la hegemonía; para auxiliar a sus aliados y parientes de la Península, en el siglo VI, vienen tropas cartaginesas, y una dominación empieza a substituir a la otra. — Al propio tiempo, los griegos focenses inician su expansión marítima, y teniendo por base a Masalia (Marsella), descienden por el golfo de Rosas, en sentido inverso a la expansión fenicia, se establecen en *Emporion* o «mercado», la actual Empurias, y llevan sus fundaciones hasta la región valentina.

Para concebir acertadamente el proceso de esa remota colonización, conviene no perder de vista otro gran proceso histórico más cercano y perfectamente conocido: el descubrimiento y repoblación de América. España en el milenio anterior a Jesucristo, como América dos milenios después, era el último confín del mundo. *Span* o Ispan valía tanto como oculto, desconocido, distante; sobre las columnas de Hércules supusieron los antiguos el lema de *non plus ultra*. El último cabo de la costa atlántica era el remate del globo: *Finisterre*. La atracción del misterio, la fama de un paraíso y unas riquezas inagotables llamaron a los exploradores hacia ese remoto Span, que era entonces lo que después fueron Cipango y Catay para los discípulos de Marco Polo; el mar baleárico representaba para aquellos lo que el «mar tenebroso» para los castellanos y portugueses del siglo XV. La historia antes se repite que crea; y, de esta suerte, los navegantes antiguos seguían la costa, anclaban en donde la situación les parecía favorable, «tomaban lengua» con los indígenas, intrigaban su curiosidad y candidez con el brillo de las armaduras y los primores de una civilización harto más adelantada; proponíanles *rescates* de sus baratijas por oro y productos preciosos, y acababan estableciéndose a fin

de comerciar con los naturales, poco más o menos como Cristóbal Colón y sus sucesores. Ora en paz, ora en guerra, unas veces traicionados y otras veces traidores, para suplir su escasez numérica en la dominación pacífica o en el ataque, aprovechaban hábilmente la rivalidad de unas tribus con otras, aliándose con las sojuzgadas, ni más ni menos que Hernán Cortés se valió de los totomacos y tlascaltecas contra los aztecas. Y, en suma, bautizaban con nombres de su patria de origen, por efectiva semejanza o por tributo sentimental, las calas, los promontorios, las poblaciones donde se establecían. Los fenicios fundan a Cartago en el norte de Africa; los cartagineses fundan a Cartagena o Nueva Cartago en España, y los españoles fundarán, cerca de dos mil años después, en corroboración de esa ley de continuidad histórica, su Cartagena de Indias en el continente americano.

Así vino a caer la civilización oriental sobre el fondo de las poblaciones primitivas, que, contempladas desde el exterior, fueron reducidas a unidad convencional y recibieron el nombre genérico de *iberos.* No por subdivididos y fraccionados en infinidad de matices y denominaciones subalternas, dejan de ofrecérsenos como un conjunto efectivo. Su fuerza racial no se ha desvanecido aún y

forma como la base y el primer asiento de la psicología española. Belicosa e indócil, sobria y jovial, esa población resistió a las más duraderas y vigorosas dominaciones sin deformarse en lo íntimo. Atacada y trabajada por los más activos disolventes de la historia, la acción corrosiva no llegó nunca a su meollo; pulió la corteza, dulcificó sus aristas, reblandeció el borde marítimo o litoral, pero dejó inmune todo el resto.

Decíalo ya en mi conferencia sobre la *Psicología del pueblo español:* Violencia pasional extremada y pronta; incorregible gravitación hacia el régimen de tribus incoherentes; hostilidades fronterizas y de vecindad; resistencia a las grandes coordinaciones; fiero espíritu de independencia, aunque limitado y de comarca; valor temerario y a menudo sublime, pero imprevisor y sin cautela ni dirección competente: he aquí unos rasgos *ibéricos* que se exacerban o atenúan, pero que no se borran jamás a lo largo de nuestra historia. Basta comparar las observaciones de Estrabón en su lejana época con las que acaba de escribir el doctor Schulten acerca de los campesinos de la meseta central; basta comparar los sitios de Sagunto y Numancia con los de Zaragoza y Gerona en la guerra de la Independencia; basta recordar a

los «guerrilleros» antiguos — pastores como Viriato, régulos como Indíbil, romanos iberizados como Sertorio — y ponerlos junto a los guerrilleros recientes de la condición de Mina y *el Empecinado*, para que resalte la unidad substancial del tipo indígena...

IV

Cartago y Roma

Unos cuatro siglos duró la dominación de los cartagineses en España, como doce años su lucha con los romanos, que vinieron a substituirles, poniendo pie en la Península el 218 a. de J. C., para lograr la completa expulsión de sus rivales en el 206. Pero casi todas las noticias históricas que han llegado hasta nosotros acerca de dicha permanencia, se contraen a esos doce años postreros o fueron reunidas y exhumadas entonces, a guisa de precedente, por los historiadores latinos que relataron las guerras púnicas. No sabemos, en realidad, si tal permanencia fué una dominación en el sentido que hoy damos a esta palabra; no sabemos de qué índole, con qué fijeza, con qué

mudanzas, con qué extensión territorial y política pudo ser y manifestarse el acontecimiento que nos ocupa, durante los cuatrocientos años a que se prolongó. Los testimonios escritos son harto inconexos para pedirles una noción ordenada y continua; saltan sin concierto de un suceso aislado a otro suceso aislado; iluminan con intensidad un lustro para dejar a obscuras la centuria que le precedió o la que le sigue. Y lo que los documentos no conceden — esto es, la cronología, la sucesión exterior y pragmática — menos puede pedirse a los hallazgos arqueológicos, por otra parte tan interesantes bajo el aspecto espiritual, y tan ricos y multiplicados en estos últimos tiempos. La arqueología corrobora y a menudo explica el documento, pero no lo suple, como a la vez no sea documento en sí mismo, por su valor epigráfico, sus fechas, sus inscripciones.

De esta suerte, limitada la posibilidad del conocimiento y puesto en cautela el espíritu de generalización, podemos preguntarnos cómo concebimos ahora, a través de aquellas referencias parciales y fragmentarias, el contacto de los cartagineses con los antiguos pueblos de Iberia. ¿Como un dominio completo? ¿Como una invasión? ¿Como una conquista que alcanzase a la totalidad

del territorio y según el sentido de unidad que daríamos actualmente a tales conceptos, o mejor, como una serie restringida de hechos locales y como una relación más o menos fluctuante y movediza que no pasó del borde marítimo, en sus contadas factorías o estaciones de comercio? Forzoso es inclinarse a esta interpretación. El régimen fué substancialmente mercantil, no militar ni político. como lo fué el de Roma más tarde. Valiéronse de las armas sólo como un medio de augurar su tráfico y de despejar, con lo que ahora diríamos una acción de policía internacional, el ánulo exterior de sus poblaciones y establecimientos; y sólo vino a pensarse en la ocupación o la conquista en regla durante los últimos años de su poderío, después de la primera guerra púnica y la expulsión de Sicilia.

En efecto: al comenzar el primer milenio antes de Jesucristo, dispútanse la supremacía del Mediterráneo los griegos, que a poco empiezan a decaer, con los cartagineses y etruscos, así como antes se la habían disputado los iberolibios con los egipcios y tiriosidonios. Pero desde el siglo VIII despunta en Italia un nuevo poder, que ya en el siglo IV constituía algo muy poderoso y que amenazaba convertirse en formidable. Así Roma

fué absorbiendo, por incorporación o por hegemonía, a los tirrenos y prolongó su autoridad o su protectorado a las antiguas colonias griegas de Occidente, que, por afinidades de raza y de espíritu, quedaron dentro de su órbita, tanto como habían caído en la de Cartago las viejas fundaciones fenicias. De unas y otras existía en España notoria porción: y la convivencia entre ellas y entre las dos potencias que vinieron a absorberlas o ampararlas, se confió al régimen de tratados y demarcaciones de penetración, por el estilo de los que dos mil años después regularon los descubrimientos y apropiaciones de América, entre diversos Estados de Europa. Este régimen no implicó, ni mucho menos, la armonía perfecta: violaciones, perfidias, manejos para sublevar a unos naturales contra otros o contra el dominador rival, de todo hubo antes de estallar la segunda guerra púnica, que tuvo su principal teatro en nuestra Península y comenzó mediante uno de tales episodios o pretextos de protectorado.

No es de este sitio el relatar de nuevo cómo, ocho años después de arrojado de Sicilia, vino Amílcar a España (236 a. de J. C.) para buscar el desquite de tal desastre y el substitutivo de la perdida dominación, cerrando el camino al pro-

bable empuje imperialista de Roma, con la total sumisión del primer país destinado a padecerlo. Entonces conoció España el primer intento de conquista en grande y, al choque de la agresión, pudo, por primera vez, tener conciencia de su unidad geográfica. Entonces empezó también el largo, interminable período de sus invasiones y dominaciones extranjeras con carácter plenamente político, de sus luchas incoherentes y desesperadas por la independencia, del lento y secular trabajo para fundir en homogeneidad de acción y de estructura los impulsos constantemente centrífugos de sus tribus y la disgregación molecular de todos sus elementos, siempre reacios a integrarse en un cuerpo de nación. Siglos de guerra y de sangre ha costado el reducir a los españoles a una ley de coordinación, en todo momento quebradiza e insegura, y aun esa obra no surgió de dentro, sino de fuera; no se debió a la tensión interior tanto como a la compresión y la violencia ejercidas por los pueblos dominadores o circunstantes. Fué preciso estrujar y prensar durante seiscientos años en el molde romano el conjunto amorfo de la civilización indígena para solidificarla en un bloque de aparente uniformidad; fué preciso que la espada de los bárbaros pasase como

un rasero sobre la descomposición y la anarquía para mantener la artificiosa regularidad de los grandes terrores históricos. Y, no obstante, ningún pueblo de la tierra ha luchado, a su modo, como el español: con intermitencias, con dejaciones, sin disciplina ni jefaturas extensas o permanentes, pero hasta el fanatismo, la desesperación y la locura cuando llegó el caso, en defensa de la ciudad o pedazo de territorio que acotaban por inviolablemente suyos.

He aquí, por ejemplo, las campañas de Amílcar. En ellas se revela de golpe la indomable pugnacidad ibérica y surgen todos los rasgos que ya entreveíamos en el anterior discurso: resistencias inconcebibles, por lo heroicas y desatinadas, junto a deserciones arteras y a tratos con el invasor contra los hermanos y afines de dentro; táctica de movilidad, de sorpresas, de «guerrillas»; caudillajes improvisados y con frecuencia gloriosos, pero siempre efímeros, en los cuales el instinto suplía la preparación, y la bravura o el furor ciego hacían las veces de un plan metódico y de un pensamiento sostenido. Así Istolacio entre los turdetanos o celtas; así Indortes entre los lusitanos; así Orisson, el de la estratagema de los bueyes con las astas embreadas y encendidas, lan-

zados en terrible desorden sobre el campamento cartaginés, en el cual introdujeron la desbandada, si es que el propio Amílcar no perdió la vida en ella. Y luego, tras el mando conciliador de su yerno Asdrúbal — que fué el momento de oro de la dominación de los Bárcidas y cuando empezó a esbozarse un imperio militar sobreponiéndose a las viejas oligarquías republicanas de la metrópoli cartaginesa — el meteoro de Aníbal, cuñado de Asdrúbal e hijo del primer dominador, con la segunda guerra púnica y el sitio de Sagunto, episodio central y representativo de la gran epopeya donde viene a revisión definitiva por las armas el régimen de tratados a que antes nos hemos referido.

De los textos latinos se desprende, en efecto, la noción de una política tradicional entre Roma y Cartago que podríamos comparar a la del «equilibrio mediterráneo» antes de la actual conflagración europea. Sagunto sería, según unos, colonia fundada por los griegos de Zazintos; población indígena, según otros, pero de todos modos acogida a la protección romana, bien por herencia histórica, bien por estipulación convencional. Háblase de un tratado del año 348 que fijaba la región de Mastia (Cartagena) como divisoria o lí-

mite de las correrías de los cartagineses, estableciendo lo que llamaríamos su zona de influencia, según el moderno tecnicismo de cancillería. Esta divisoria experimentó flexiones importantes, de avance o de retroceso según la presión militar o diplomática de los Estados que la mantenían y muy probablemente según la orientación de las poblaciones ibéricas respecto de uno y otro. En tiempo de Asdrúbal, por ejemplo, la línea de partición parece haber subido hasta el Ebro, suponiéndose comprendida a Sagunto en la faja reservada al «control» de los cartagineses, si ya no proviniera esa inclusión de un convenio particular con Emporion, de la cual dependería aquella ciudad por ignorado vínculo.

El hecho es que, retando a Roma en uno de sus protegidos, o considerándose ella agredida por convenirle, puso Aníbal sitio a Sagunto, por causas o pretextos de obscura explicación; y con el sitio de Sagunto se desató la segunda guerra y el duelo final entre las dos Repúblicas. Envió Roma embajadores al joven caudillo cartaginés, enviólos también a su metrópoli, sin más provecho; y defendiéndose, entregados a sus propias fuerzas, los saguntinos ofrecieron el tipo clásico de las resistencias españolas, como Numancia después,

como Gerona dos mil años más tarde, a sangre y fuego, con dientes y uñas, convertidos los supervivientes en espectros de demacración y la ciudad en una pira, en un montón informe de brasas y escombros. Conocido de todos es el desenlace de la titánica contienda: la venida de los romanos a España, en son de conquista, con Cneo y Publio Escipión; la invasión de Italia por Aníbal después de su marcha asombrosa a través de los Pirineos y los Alpes; las diversas alternativas de la guerra peninsular; las resonantes victorias del cartaginés, y, finalmente, la total extinción de su poderío en tierras ibéricas a que no tardó en seguir la de la misma metrópoli en Africa, pasando definitivamente a la historia, como una sombra y un recuerdo, una de las mayores organizaciones políticas que se han conocido y a cuyo nombre parecía temblar la tierra.

Escasas y no profundas huellas de su paso dejó esta dominación en nuestra patria, sobre todo en lo que se refiere a la estructura social y a la psicología del pueblo, o por ventura no alcanzamos a descubrirlas ahora, faltos de elementos de comparación con tiempos anteriores. Las referencias documentales y los hallazgos arqueológicos dejan una sensación de mero contacto antes que de amal-

gama, de yuxtaposición antes que de fusión. Se trata de bagatelas, de objetos sueltos, de chucherías, mejor que de una riqueza monumental arraigada y uniformemente distribuída, símbolo a su vez de un gran arraigo, de un gran injerto de civilizaciones o de razas. Abundan la cerámica, los adornos femeniles, las monedas; se habla de la transmisión del alfabeto a los indígenas; pero escasean, por no decir que faltan en absoluto, los edificios, y nada inclina a pensar que la materialidad de dicho alfabeto fuese vehículo de un nuevo sistema de ideas o de una remoción moral de aquellas que desafían el tiempo y promueven el asombro de las posteridades más apartadas.

No así la huella de Roma, gente nacida a someter y organizar el mundo, a informar una larguísima edad y a constituir, al lado del cristianismo, uno de los pilares maestros, sobre que descansa todavía la sociedad de Europa: *tu regere imperio populos, Romane, memento...* De los seis siglos de su dominación, casi por igual repartidos entre la sumisión por las armas y la asimilación por las costumbres y las leyes, salió España trabajada, vuelta, revuelta y fundida, hasta donde podía alcanzar una masa tan dura y de elementos raciales tan persistentes y heterogéneos. Prodigios

de valentía, de tenacidad y de genio; sacrificios invalorables en hombres y recursos de toda especie hubo de costarle al orgullo romano esta presa. Las más altas capacidades militares y políticas de la historia estuvieron a punto de estrellarse en tan costoso empeño, que exigió la nunca vista riqueza y variedad de componentes del «pueblo rey» para ser alcanzado: legiones inagotables, ciencia profunda, alternativas de atracción clemente o de represión exterminatoria, elegancia de la cultura y del lenguaje, solidez de las construcciones jurídicas y, en suma, todo el ascendiente de aquella majestad, indefinible e incomparable, que flotaba y flota todavía en torno de su nombre y de su recuerdo.

La furia celtibérica, aguijoneada por los romanos, hubo de continuar en grande la serie de los alzamientos patrióticos y de las resistencias increíbles, antes de quedar uncida para siempre a su carro la victoria. De las provincias del Imperio fué «la primera invadida y la última dominada». Indíbil y Mandonio continúan contra los romanos las emboscadas y proezas de Istolacio e Indortes contra los cartagineses; Viriato culmina después como dechado inmortal de los guerrilleros y hay que vencerle a traición y por el asesinato, cuanto

no se pudo en años de lucha a campo abierto. Ante esa rebeldía montaraz decae el ánimo de las cohortes; el servicio de España infunde espanto a los veteranos más curtidos y para mantener los contingentes hay que aumentar en diez años el término del compromiso militar. Fracasan bruscamente los caudillos que inspiraban mejores esperanzas, o se gasta su prestigio en la dilación defensiva, adoptada para evadirse de fulminantes reveses. Numancia contesta, antes de un siglo, al clamor de Sagunto; ha cambiado el invasor, pero el cuadro es el mismo, como la desesperación, la bravura y la cólera. Aquel glorioso campamento de las orillas del Duero, más arriba de Soria, concentra por dos veces y en dos épocas a los sublevados; es su emblema y su foco, y llega a merecer el nombre de *terror respublicæ*. Para domeñarlo en definitiva hay que enviar contra él al propio Escipion Emiliano, el debelador de Cartago, quien, mejor que sitiarlo, cércalo de recios muros y lo acosa por asfixia, para no hallar a la postre, en el inviolado recinto, más que cadáveres entre calcinadas ruinas.

Ni queda asegurada con esto la sumisión estable. Cuando los indígenas no se mueven por propio impulso, acuden a soliviantarlos desde Roma

los fautores y proscritos de las discordias civiles, que convierten a la Península en principal teatro de ellas. Así Sertorio en su lucha desesperada contra la dictadura de Sila; así Pompeyo y después Julio César en los días del triunvirato, precursores del advenimiento imperial. Hábilmente atraen a la causa de su ambición a los descontentos de las pasadas dominaciones o el espíritu belicoso de las tribus, empleándolos en servicio de Roma; porque las guerras civiles que se ventilaron en España hasta que Octavio les puso término, fueron a la vez guerras de conquista para la metrópoli, a la cual revertieron, finalmente, todas las adquisiciones territoriales de los sublevados junto con las bases mismas de la sublevación, integrándose en unidad de dominio político la simple unidad geográfica de los pasados tiempos. Entonces, es decir, con el Imperio, se acelera en formas sistemáticas y definitivas la romanización de España, a la cual coadyuvaron elementos de todo orden, materiales y morales, de coacción y de atracción o simple influencia: el ejército permanente, las colonias fundadas por los veteranos, los pobladores venidos de Italia para el laboreo de las minas, los matrimonios mixtos, las escuelas, la difusión de la lengua del Lacio, las instituciones jurídicas y,

en suma, el esplendor y superioridad de la cultura importada por los dominadores, que al cabo de unas centurias acabó en asimilación perdurable. Testimonio viviente de esa extraordinaria saturación son todavía el municipio, el derecho civil y las tres lenguas hispánicas que se desprendieron de la latina, en el sentido de la misma división peninsular en España Bética, Lusitana y Tarraconense, impuesta por los vencedores. Nuestra familia, nuestra estructura mental, conservan el cuño poderoso de Roma, y por Roma quedamos incorporados eternamente al honor, a la gloria y a las adversidades del grupo latino.

Pero si la romanización fué tan intensa, ella se ejerció sobre unas razas de fortísima acentuación nacional, de rasgos indelebles e indestructibles, que pronto se comunicaron a la propia cultura superpuesta, en un proceso de *iberización* paralelo y simultáneo. España dió al Imperio algo más que el tributo de sus danzatrices, de sus crótalos o de sus abyectos bestiarios. Dióle emperadores y príncipes eminentes; dióle también famosos oradores, escritores y poetas, hasta el punto de haberse podido hablar de una escuela colonial o latinohispánica, como ahora se habla de la hispanoamericana o de la angloamericana, en cuya definición

no insisto por haberla intentado en mi ya citada conferencia sobre la *Psicología del pueblo español.*

V

La Monarquía visigoda

El espectáculo de la formación, grandeza y caída del pueblo romano es uno de los mayores, si no el mayor de la historia y, entre todos, el más ejemplar. Subir de la nada al sumo poderío; ascender desde una villa de labradores — cuyo perímetro, según la expresiva tradición, un arado bastó a trazar — hasta el dominio del mundo; levantar aquella asombrosa construcción, sin semejante entre todas las empresas políticas de que ha sido capaz el hombre, y ver después cómo se desmorona, deshaciéndose en ruinas y en polvo: he aquí un cuadro inmenso por sus proporciones, sublime por sus enseñanzas, que ha tentado a los más egregios entendimientos y a las plumas de mayor poderío. Roma es la lección clásica de esas alternativas según las cuales crecen, decaen y sucumben las aglomeraciones humanas, ya que no por única en el pasado, cuando menos por más insigne y mejor conocida.

Para comprender el gran suceso histórico de ese derrumbamiento y la correlativa *invasión de los bárbaros,* convenga tal vez recordar las teorías más plausibles y admitidas acerca de las grandes conmociones geológicas por las cuales ha pasado nuestro planeta. No se trató tanto de fenómenos súbitos, de catástrofes impensadas que en un momento cambiasen de raíz la forma de los continentes, la estructura interior de la tierra y el régimen de los climas, como de un proceso lento y gradual que, *a posteriori,* ha sido posible clasificar en «períodos» de indeterminada duración, dentro de los cuales las erupciones, las inundaciones, la desaparición de mares o de tierras y, en suma, todas las fases de la modificación telúrica, se realizaron paulatinamente y en forma evolutiva, como un perpetuo «devenir», ignorado casi siempre de los contemporáneos, que nunca se paraliza del todo, que a estas horas continúa y cuya manifestación actual será clasificada a su vez algún día, cuando se haya cerrado el ciclo correspondiente y se tengan acumulados todos los elementos de comparación.

Así también, por analogía, la caída del Imperio de Occidente, asediado, cercado, envuelto por aquel conjunto de pueblos seminómadas y circunstantes que la historia ha venido a abstraer bajo la deno-

minación común de «bárbaros del Norte». Acaso deberíamos invertir los términos según los cuales aparece formulado ese gran suceso en la tradición general de los escritores: tal vez fuera más propio hablar de «disolución de Roma» que de «conquista germánica». Porque, si bien se mira, el equilibrio de las edades históricas y la subsistencia de los imperios vienen representados por una ecuación constante entre fuerzas y resistencias, de orden material y, principalmente, de orden psíquico; entre la presión de fuera a dentro, ejercida por las razas circundantes, y la tensión de dentro a fuera, mantenida y desarrollada por cada núcleo sobre los núcleos vecinos. Cuando esa tensión nace de las fuerzas de la juventud, como de una recia musculatura y un gran aliento vital, entonces vence a la presión externa, dando lugar a los períodos imperialistas y de expansión; cuando el aliento disminuye en potencia expansiva, pero resiste todavía con firmeza, tenemos los períodos de estabilidad; cuando la línea externa cede y hace flexión bajo el empuje de las actividades envolventes, esos elementos penetran poco a poco unos en otros, en sentido del más débil y según la ley de la menor resistencia, y lo suplantan o lo aniquilan, medio por infiltración, medio por derrumbamiento.

Y, ¿no fué éste el caso de Roma ante el movimiento emigratorio, comparable a una «marea de razas», que supone el desparramamiento de los bárbaros por todas las provincias y hacia todas las fronteras del pueblo rey? La dominación ha cegado de soberbia a los dominadores; porque siempre vencieron, se consideran para siempre invencibles. La riqueza los ha enervado. La voluptuosidad y la molicie los han conducido a la afeminación. Un horror hacia todo esfuerzo, una cobardía para toda suerte de dolor, una incapacidad de sacrificio, llámesele ciudadanía o espíritu militar, han acabado por suceder a las antiguas heroicas virtudes. El temple de las almas se ha relajado por completo, pasando del patriotismo al escepticismo, del escepticismo a la vileza. El lujo, los goces de la carne, la bestialidad, devorando los patrimonios y las costumbres, convierten poco a poco la corrupción en degeneración, la degeneración en aniquilamiento. Los ciudadanos desertan de sus funciones públicas, las matronas ciegan las fuentes de la maternidad.

En vano una serie de preceptos que la historia registrará bajo el nombre de leyes *suntuarias* y *caducarias* trata de contener esa disolución, poniendo trabas al despilfarro, estimulando la fecun-

didad, restringiendo la limitación voluntaria de nacimientos. En vano otra serie de disposiciones, muchas de ellas contradictorias entre sí, trata de resucitar el antiguo ardor por la cosa pública y de combatir el abandono de los cargos, bien ensayando en las provincias una organización representativa y autonómica en torno de los legados o procónsules, bien haciendo personalmente responsables de los tributos a quienes desempeñan los puestos edilicios y colegiados, o declarando hereditarios tales puestos y adscribiendo a ellos determinados hombres libres, cuando no siervos y esclavos. En resumen, puede decirse que Roma ha perdido el principio vital de su coherencia y ha entrado en una fase caracterizada por la más inmensa dejación de funciones de que haya memoria, sosteniéndose por inercia, viviendo de las riquezas acumuladas, entregándolo todo (administración, defensa militar, gobierno y elección cesárea) al arbitrio de mercenarios e intrusos. Han llegado los tiempos a la madurez y, en el fondo de sus selvas pobladas de exóticas y feroces divinidades, relinchan ya de impaciencia los caballos de Alarico y de Atila.

Así, la corrupción de Roma, disociando sus elementos, cuarteando sus muros de sostén, esponjando y enrareciendo toda la trama, abrió mil vías

de penetración a los pueblos bárbaros — germanos o eslavos — que la tenían en asedio desde antes del siglo II. El Imperio resiste a sus vecinos tanto como puede y hasta donde puede; cuando no, pacta y se acomoda con ellos o los admite a su servicio, ahora como colonos en sus *latifundia*, ahora como esclavos o libertos en las urbes más populosas; unas veces a título de «cohortes provinciales» en el ejército, otras como auxiliares o «federados» de ocasión, y otras señalándoles territorios para que los ocupasen con permanencia, mediante un reconocimiento de soberanía más o menos efectivo o nominal, según el ejemplo de los godos, que vinieron después a enseñorearse de España.

Explicado en la parte narrativa todo el proceso de esa invasión y de la de los suevos, alanos y vándalos que les precedieron hasta verse arrojados o sojuzgados por los nuevos invasores, es ocioso repetir aquí un resumen de los acontecimientos y de sus fechas, con la correspondiente lista de reyes, caudillos, batallas y asesinatos. Nuestro objeto primordial, después de descrito el mecanismo de la «substitución» de los romanos por las hordas germánicas, se reduce a explicarnos qué fué y significa en la historia el reino fundado por los visigodos en España, cuyas vicisitudes ex-

ternas damos por suficientemente conocidas. Para ayudar a esa comprensión, nada más recomendable que acudir a los testimonios directos, prescindiendo de los extractos de tercera y cuarta mano, de las copias de copias y las adulteraciones de adulteraciones que suelen llenar los libros corrientes. Todo lo que podemos saber de aquella época, está contenido en historias o crónicas contemporáneas, en los epistolarios de carácter religioso o monacal, en los monumentos legislativos y en las actas conciliares. Orosio, Próspero de Aquitania, Idacio, nos inician en el conocimiento de los orígenes de la invasión, comunicándonos la sensación del primer choque entre el elemento bárbaro y el elemento romano, o romanizado, de las provincias de Occidente. Y por lo que se refiere a España y a la dominación visigótica en concreto, tenemos a Juan de Biclara, a san Isidoro de Sevilla y su *Historia de los godos,* la *Vida de Wamba* o historia de la rebelión de Paulo, por san Julián, y, en suma, los cronicones de Vulsa y del Pacense.

De esa apreciación directa, nuestro concepto histórico sale como transformado y rejuvenecido. Diríase que entonces abarcamos el espectáculo en toda su extensión y complejidad: el derrumbamiento, la disgregación, el naufragio del mundo

antiguo y la primera tentativa de reorganización en grande, anterior en más de tres centurias a la de Carlomagno, que la monarquía visigoda de España representa en la historia de la civilización. Ese comienzo de la edad media española ofrece un interés extraordinario, por el contraste de los elementos en lucha, por la multiplicidad de sus problemas, por la coherencia relativa del esfuerzo, por la superioridad de los nuevos conquistadores sobre las demás razas germánicas.

En las entrañas de esa sociedad revuelta se agitan los conflictos de soberanía, de religión, de raza, de idioma y de derecho, los más complicados que puedan presentarse. Tenemos de un lado a los conquistadores, del otro a los romanos e iberorromanos, del otro a los judíos. Tenemos también la dualidad o coexistencia de cultos, la dualidad o coexistencia de legislaciones. Dentro de esos cultos luchan las sectas y las herejías, como en la masa general de la población coexisten los elementos más variados y heterogéneos, cada cual con su impulso de segregación e independencia: municipios semiautónomos, tribus montaraces, bandas guerreras, residuos de invasiones pasadas o de nuevas invasiones, como la de los bizantinos en el sudeste de la Península: un verdadero caos, en

suma, que hay que reducir a la posible unidad, primero en forma de dominio territorial y después por asimilación de costumbres, de leyes, de cultura y de fe religiosa.

Así, dentro de la anarquía en que cayó el mundo al desaparecer el Imperio romano de Occidente (476), los visigodos de España inician la reorganización con mil dificultades e imperfecciones si se la juzga en absoluto, pero con inmensa ventaja de calidad y de tiempo si la comparamos con los demás países. Para ello aprovechan su espíritu guerrero, que viene a ser una reacción contra la afeminada molicie de la decadencia romana, y su espíritu religioso, que representa, no obstante sus errores, una reacción de austeridad y pureza contra las relajaciones del paganismo. Para ello aprovechan también la estructura o molde imperial de la vieja Roma, reavivándolo con sus excelencias positivas y con sus inconvenientes y vicios de antaño, con su fuerza de cohesión, cifrada en la robustez del principio monárquico, y con su debilidad íntima, nacida del principio electivo, que condena el reino a constante inestabilidad y que reproduce en gran escala las intrusiones, las vergüenzas y los crímenes del pretorianismo. De esta manera, mientras surgen monarcas como Eurico,

que consolidan la dominación y fijan casi definitivamente sus fronteras materiales, el predominio de la herejía arriana es motivo de continua perturbación, durante más de un siglo, hasta la conversión de Recaredo (587), que viene a representar para la Iglesia católica en España algo como la paz de Constantino y el edicto de Milán. Mientras a la sombra de la creencia unificada y restaurada se acercan los diversos componentes de la monarquía a la fusión, mientras se refunden poco a poco las leyes, se adopta la lengua latina como instrumento de expresión litúrgica y oficial o se favorece la alianza de las familias por medio de matrimonios cruzados, aquel carácter electivo de la monarquía sigue condenándola al azote de las facciones, de las conspiraciones, de los «pronunciamientos», de tal modo que la historia de los reyes visigodos no es más que un tejido inacabable de destronamientos, asesinatos y parricidios; un inmenso laberinto de intrigas, rivalidades y crímenes, que mantienen siempre viva la guerra civil y acaban por provocar, con la intervención extranjera en favor de uno de los bandos, el desmembramiento de la patria y la pérdida de su independencia, de la misma suerte que había ocurrido la desmembración de Roma. Los árabes llamados del norte de

Africa en auxilio de una de aquellas facciones se encargaron de suplantar a los visigodos, según el mismo proceso por el cual los bárbaros habían suplantado a los romanos aprovechándose de sus escisiones y luchas intestinas.

Pero aun así, aun en medio de tanta inestabilidad y confusión, puede decirse que la España visigoda representó un papel preeminente antes de Carlomagno, en cuanto al esfuerzo para organizar la nueva sociedad cristiana sobre las ruinas del mundo antiguo, no menos que en la conservación, en la salvación de cuantos restos de la cultura humana pudo tener a su alcance. «En España, dice Guizot a este propósito, es otra fuerza la de la Iglesia, quien ensaya el recomenzar la civilización. En vez de las antiguas asambleas germánicas, de los *mals* de guerreros, el elemento que ahí predomina es el concilio de Toledo.» Pero en esos concilios, aunque los señores laicos tienen asistencia y representación, son los obispos el elemento que dirige. Véase la ley de los visigodos: no se trata ya de una ley bárbara; evidentemente se trata de algo informado por un método, por un sistema, por una filosofía. Abundan en ella los principios; a cada paso se descubre una teoría por completo extraña a las costumbres bárbaras propiamente

dichas. Ha desaparecido el carácter personal de la legislación; ya no es la ley romana para los romanos ni la germana para los germanos la que se aplica, sino un código real fundado en el territorio. Romanos y visigodos, han sido sometidos ahora a la misma ley, mirando a su sola condición de hombres; la igualdad alborea en Europa.

Ni son éstos los solos indicios de una concepción filosófica que en esta ley se encuentran. Otros más evidentes nos salen al paso ahondando en su lectura. Cada persona, entre los bárbaros, tenía, según su situación, un valor determinado para las compensaciones pecuniarias: el bárbaro, el romano, el hombre libre, el siervo, no eran estimados según el mismo tipo, la misma tarifa. Y el principio del mismo valor de los hombres, por su pura condición de hombres, queda establecido y consagrado en la ley visigótica. Véase el sistema procesal: en vez del juramento de los *compurgatores*, en vez del combate judiciario, se encuentra fijada y prescrita la prueba por testigos, esto es, el examen racional del hecho tal como debe ser admitido en una sociedad civilizada. En una palabra, la ley de los visigodos o *Fuero Juzgo* ostenta por completo un carácter de doctrina sistemática y denota un espiritualismo y una concepción de la existen-

cia que tardaron muchos años en propagarse a los demás países de nuestro continente.

Esta obra legislativa respondía a un estado de cultura, constituía indudablemente su expresión. Los visigodos habían tenido mayor contacto que sus afines con la civilización romana y se habían dejado influir por ella. En España hallaron una de las más insignes provincias, uno de los grandes depósitos de esa cultura que no tardó en rebrotar penosamente de entre los escombros de la devastación, sobre todo al quedar asegurada la unidad católica. Multitud de prelados y doctores egregios que parecen continuar con una serie española los padres de la Iglesia latina, de la griega y de la africana, presididos por la máxima figura de san Isidoro, fueron el vínculo de unión entre la edad antigua y el mundo moderno. Por medio de sus obras se salvó el legado de los siglos anteriores, en espera de más amplia restauración. Gracias a las *Etimologías* del gran obispo hispalense no se rompió de modo brusco y total la corriente de las ideas que descendían del mundo clásico: durante centurias enteras sirvió de pasto dicho repertorio a interminables generaciones de escolares. Y la crítica moderna sigue apreciándolo todavía como uno de los contados focos de luz que es posible

distinguir en la noche obscura de la primera edad media, entre la caída del Imperio de Occidente y la aparición del Imperio de Carlomagno, como para enseñar las sendas de la civilización a las nuevas sociedades y para proclamar que fué en España donde la nueva cultura cristiana empezó a organizarse y a tomar cuerpo.

VI

Los musulmanes y la Reconquista

El período abierto por la invasión islamita en España, ofrece un doble aspecto y un especial interés a los españoles de ahora. Asistimos al espectáculo de la última dominación peninsular en el sentido de las viejas colonizaciones (cartaginesa, romana, visigótica), es decir, al advenimiento de una cultura más, de una raza más, de una organización política más, superpuestas a los fondos indígenas o permanentes; pero asistimos también al paralelo movimiento histórico de la Reconquista que ya no será obra de una nueva irrupción ni mero cambio de unos conquistadores por otros conquistadores, sino esfuerzo de las entrañas obrando

de dentro a fuera para repeler toda superposición y organizarse en completa autarquía. De este modo considerado el suceso, podremos decir que la conquista de España por los musulmanes cierra la época de las invasiones o conquistas permanentes, prolongada — sólo durante los tiempos históricos — a más de dos mil años, y abre la época de la verdadera independencia española, así territorial como de raza, dentro de la cual vivimos todavía.

Nada, en efecto, tan abrumador, tan estrepitoso, tan fulminante, como el derrumbamiento, no ya de la monarquía, mas también de toda la España visigótica. Nada tan irresistible ni instantáneo como la avenida del islamismo sobre la Península Ibérica, sobre Europa, sobre la cristiandad en los comienzos de la octava centuria. Mirando a la descomposición de aquella monarquía, al tejido de bajezas y traiciones que deshonran sus crónicas como antes habían deshonrado sus palacios, menguado y casi nulo aparece el mérito de sus conquistadores: las victorias que obtuvieron con tal rapidez, son de aquellas para las cuales dijo el satírico que no las gana el vencedor con sus luces, sino que las pierde el vencido con su ineptitud y vileza. Mirando, en cambio, al aliento y bravura de estas

muchedumbres, alucinadas por un impostor de genio que supo recoger su monoteísmo, latente bajo la caduca idolatría, y encauzar sus ansias de dominación en un impulso místico incontrastable, se diría que nadie ni nada era capaz de hacerles frente ni de contener su marcha arrolladora.

Un siglo escaso había transcurrido desde que las tribus de la remota Arabia, perdidas en la disgregación, en el mutuo antagonismo, en la soledad de una península cuatro veces mayor que la Ibérica, no conocían otro ideal que el de persistir en la monotonía de su fatalidad, esto es, en la vida errante o puramente vegetativa. Sin más guía ni otro alimento espiritual, algunas veces, que el de sus *cha-ir* — aedos, vates, adivinos — según suelen presentarse en la infancia de los pueblos; arrullados otras veces por la *hida* o canto del camellero que, en las lentitudes de la caravana, modula el balance adormecedor de la gibosa cabalgadura, «esquife de los desiertos», algo había llegado, no obstante, a los fondos obscuros del alma de aquellos hombres y había penetrado, como un fermento, en la corriente poética confiada a la simple tradición oral. Acaso por el roce con los mercaderes occidentales, o por contacto con los judíos y otras gentes semitas, o por la proximidad de Egipto y sus anacoretas, un

nuevo espíritu, mezcolanza de ideas cristianas y mosaicas, hubo de filtrar hasta aquellas tribus, a modo de una levadura de renovación, precursora del héroe nacional en los grandes alzamientos de la historia humana.

El héroe nacional apareció, y, en menos de una centuria, levantando como un remolino a sus hordas y convirtiéndolas en temibles ejércitos; venciendo en todos lados y arrastrando cada vez dentro de su órbita a los nuevos vencidos, también cada vez más fanáticos y más codiciosos de botín que los propios vencedores de la víspera; ensanchando en prodigiosa espiral la nube amenazante, como hace el viento del Sahara con los torbellinos de arena, el islamismo cubrió un área vastísima, se consolidó en la poderosa fundación del califato y siguió en triunfo el mismo camino de oriente a occidente, por el norte de Africa, que antes siguieran los tirosidonios, los cartagineses, los bizantinos. Como ellos penetró en Europa por la puerta de España, aprovechando las mismas coyunturas, observando el mismo proceso histórico, entrando sus guerreros como auxiliares de las banderías internas para quedarse al fin como dueños definitivos, y continuando, en suma, la serie de aquellas intervenciones provocadas, más aún que por ajena co-

dicia, por las traiciones, infamias y ceguedades de dentro.

Al cabo de otro siglo, cien años después que esa menguada generación del 711, la generación de los don Oppas y el conde don Julián, de don Rodrigo, la Cava y los sucesores de Witiza, liquidara su oprobio en las riberas del Barbate, secularmente confundidas en la historia con las del Guadalete y sinónimas de desastre o expiación nacional; cien años después de todo eso, se dibujaban ya, definitivas y pujantes, sobre el solar ibérico una nueva formidable potencia, una brillantísima civilización — acaso la más brillante en el orden material de cuantas se ofrecieron entre la caída de Roma y el Renacimiento, — cuya cronología y externas vicisitudes, explanadas en la parte narrativa, es ocioso repetir aquí ni siquiera a título de recordatorio. Trátase de la dominación que tuvo su momento culminante en el califato de Córdoba y de la civilización o cultura que florecía en torno de ella, dejando reliquias monumentales, todavía existentes y gloriosas, en las cuatro quintas partes del territorio peninsular, desde Zaragoza a Tarifa, y vestigios poéticos o sentimentales en nuestra propia psicología, en nuestra literatura, en el romancero, en las costumbres. Asombroso, y en al-

gún momento inexplicable, es el esfuerzo que esas dos obras hubieron de exigir a sus fundadores y a la multitud que les secundaba. La conquista material, la sumisión de los cristianos o el acomodo con ellos; la reducción de los invasores mismos a una ley de coherencia rudimentaria, divididos como estaban por mil clases de antagonismos, ahora de origen, ahora de matiz religioso o de interés familiar; la tensión de un incesante estado defensivo, así respecto a los núcleos de resistencia española, como por lo que concierne a la discordia civil entre los mismos afines y correligionarios, por esencia propensos a la secesión, a la fuga, al impulso montaraz; todo ese conjunto de dificultades y conflictos perennes hicieron increíble la simultaneidad del esfuerzo creador de los Abderrahmanes y de Almanzor mismo, si para darle una gran verosimilitud no tuviéramos el ejemplo, tan cercano a nosotros, pero no menos increíble, de Napoleón y sus empresas.

De esta manera surgió aquel florecimiento extraordinario que hizo de Córdoba un emporio universal de las artes y del comercio, con medio millón de habitantes y ciento doce mil viviendas: la ciudad de los veintiocho arrabales, de los trescientos baños, de las tres mil mezquitas, de la mezquita

suprema que apoyaba las colgaduras de piedra de sus dobles arcos sobre mil doscientas columnas y se esclarecía e inundaba de perfume con sus cuatro mil lámparas de plata, ardiendo como en un cielo cuajado de luminares... «Ornamento del mundo» fué, en suma, donde vinieron a transición y tuvieron su enlace la cultura oriental, la clásica antigua y la cristiana de la primera edad media; donde la violencia pasional del árabe y aun del resto de los moros se templó en un baño de nobleza, de tenue melancolía y de sentido caballeresco, mientras la ruda sobriedad indígena se sintió dulcificada por un punto de molicie oriental y de voluptuoso amor a la existencia; donde la misma naturaleza, por artificio del hombre, se contaminó de este hechizo sensual y de esta grata complicidad en el goce reposado de la vida.

Príncipes musulmanes hubo que por contacto con el mundo de occidente y por influencia del espíritu de caballería hubieran podido figurar entre los paladines del ciclo carlovingio; reyes cristianos que moldearon sus costumbres privadas y organizaron sus palacios, sus estancias, sus recreos bajo la imitación, a veces impotente o sórdida, de los del intruso. Las riberas de los ríos, incultas y cubiertas de maleza, convirtiéronse en

«cármenes» deliciosos. Sobre la desnuda austeridad de los viejos castros y recintos ibéricos, empezaron a correr los parrales umbrosos, a perfumar los mirtos, a cantar las fuentes, discretas y escondidas, contestando a los ruiseñores en claras noches de luna y sirviendo de espejo a rosales y alhelíes. El arabesco estilizó sobre el muro de los camarines, repitiéndola hasta lo infinito, esa leyenda simbólica y tan disonante en España: *felicidad*... Corrieron los riegos por las vegas, chirriaron las norias crujieron las almazaras, las huertas arrobaron de fragancia y de lozanía. Renovóse la flora o se enriqueció con matices predominantes en una completa restauración agrícola, como se habían renovado en parte la sensibilidad y el concepto del mundo. El olivo, la higuera, el granado, el nopal; los árboles de ilustre o de humilde prosapia en el sagrado oriente; los espléndidos frutos almibarados y licorosos de Arabia, de Siria, de Palestina, que aplacan la sed como por milagro, crecieron sobre la aridez púnica de los jarales, de los acebuches, de los brezos. Y, en fin, una grata y calmante emanación de frescura, que parece desprenderse todavía de los rincones arábigos que han sobrevivido a su época o de los mismos anales que la reseñaron, suavizó como un rocío la tórrida sequedad de la

España primitiva, reverberante de sol, demacrada y severa.

Con semejante transformación del suelo patrio coincidió una transformación paralela de la arquitectura, de las artes, de las industrias, de las enseñanzas, o sea toda una civilización, presidida, mejor que realizada, y dirigida, más bien que creada, por los invasores. Mozárabes y renegados cristianos en su mayor parte, judíos en otra parte más exigua fueron los obreros de esa obra a la cual los musulmanes aportan la coordinación inteligente y el estímulo de sus gustos delicados, de su riqueza ostentosa, de sus necesidades nunca saciadas. Acaso en algunos aspectos no hicieron más que provocar la granazón de gérmenes aquí aletargados — visigóticos, bizantinos o indígenas, — dando empuje decisivo a su desenvolvimiento. Cueros, cerámica o talabartería, joyas, armas y muebles preciosos proclaman todavía en los museos esa colaboración incesante y difícil de fijar entre vencedores y vencidos, no sólo en la agricultura y las artes suntuarias, sino también en la literatura, la filosofía y la medicina, muchos de cuyos cultivadores, incorporados a su historia bajo nombre musulmán, fueron renegados o muladíes, de los que siguen en todo tiempo el buen éxito y la

fortuna, como habrá ocasión de especificar en otros discursos.

Todo ello atestigua cuánto hubo de convivencia y enlace entre las dos castas, no obstante la famosa pugna de ocho siglos y la final expulsión de los invasores, en que vino a resolverse el grande y singularísimo hecho histórico de la Reconquista. En un abrir y cerrar de ojos, en cosa de algunos años, las huestes de Muza y de Tarik corrieron a estrellarse en formidable oleada contra la rompiente montañosa de Asturias y de los Pirineos, donde se encastillaron el patriotismo, la fe, la intransigencia nacional. Remontando en triunfo el curso del Guadalquivir, tras la derrota española del Barbate, los musulmanes se apoderaron de Córdoba, de Toledo, de Mérida, último refugio de don Pelayo, de Salamanca, junto a la cual murió en el desastre de Segoyuela, y, finalmente, de Zaragoza. La conquista de España podría darse por terminada en el año 718. Pero en este mismo punto empieza la lucha por la liberación e independencia del territorio peninsular, que un concepto vicioso, un tópico de colegio y de arenga ha convertido por mucho tiempo en algo rígido, inflexible, todo de una pieza, sin tregua ni cuartel desde los comienzos del siglo VIII a las postrimerías del XV, desde Co-

vadonga hasta que la enseña de los Reyes Católicos ondeó en la Alhambra.

La realidad fué no poco distinta, y si por un lado hay que bendecir la constancia de quienes en esos ocho siglos no dejaron prescribir la reivindicación y llegaron a obtenerla, no menos admirable resulta la indolencia de quienes con su deserción, con sus acomodos, con sus disensiones intestinas, con su espíritu secularmente indócil a toda coherencia, hicieron necesarios el transcurso de esos ocho siglos, mientras los francos, comprendiendo el peligro a las primeras incursiones del invasor por la Galia gótica, hubieron de infligirle la derrota casi decisiva de Poitiers, o, aleccionados por la pasajera veleidad intervencionista de Carlomagno en favor de Abderrahmán I y contra sus jeques — a la cual debieron la rota de Roncesvalles y debe el mundo la canción épica de Rolando — descendieron con Ludovico Pío a crear la Marca Hispánica, es decir, el «Estado tapón» como ahora le llamaríamos, conveniente a su seguridad y a la de toda Europa amenazada con ellos.

Así y todo, en medio de ese sistema acomodaticio que llevaba a convivir con los conquistadores, a buscar su alianza contra el propio rival cristiano, a transigir para salvar la vida o el patrimonio, a

darles esposas de real estirpe o a recibirlas, a convalidar con el trato afectuoso la usurpación combatida por las armas; a pesar de todo ello, repetimos, el momento es grande, solemne, único. ¿Nos maravillaremos de que el conde don García se case con una hija de Muza; que doña Sancha, hija del conde Aznar Galindo, sea la esposa del rey moro de Huesca; que una nieta del heroico Iñigo Arista contraiga segundas nupcias con el príncipe cordobés Abdallá para ser abuela de Abderrahmán *el Grande;* ni que el propio Almanzor, el espanto del mundo cristiano, el Atila de los musulmanes,cuya desaparición consignó un cronista monacal diciendo que «pereció y fué sepultado en los infiernos», se enlazara por dos veces con princesas españolas?

Son claudicaciones perentorias, hijas de la necesidad o de la flaqueza humanas; son acaso astucias y rodeos de la historia, que sigue su camino según la línea de la menor resistencia. Pero el genio de la raza es más fuerte que las prevaricaciones circunstanciales y oportunistas, y ese genio trabaja, como una violenta levadura, allá arriba, en los núcleos de resistencia de los montes astures y pirenaicos, en los castillos roqueros, alrededor de las nacientes abadías románicas, en Oviedo, en Sobrarbe, en la cuenca del Ribagorza, en Ripoll,

en todas las breñas de donde descienden las mesnadas de la Reconquista, y dan su primer vagido las nuevas nacionalidades hispánicas, y tienen las lenguas romances su primer balbuceo, su primera transcripción documental, su primera crónica, su primer grito de esperanza confusa. Es decir, donde se forja realmente la España de ahora, la nuestra, la que sin solución de continuidad ni alteración de signos esenciales, raza, idioma, espíritu, creencia, literatura, sentimos vivir en nosotros y alrededor de nosotros: la que cierra el ciclo de las invasiones extranjeras y se consolida en formas de absoluta independencia territorial y espiritual con un todo viviente, a despecho de la disgregación antigua, herencia del régimen de tribus de los iberos: el mismo régimen de «taifas» por el cual sucumbió al fin el brillante poderío de los musulmanes.

VII

Fernando III y su siglo

Poco a poco la historia se desenreda de los orígenes dinásticos, enmarañados y obscuros, de los tres primeros siglos de la reconquista española, que tanta similitud parecen guardar con el curso

de los grandes ríos peninsulares. Brotando en lo más abrupto de los montes astures y cántabros, de las cumbres pirenaicas, descienden en cascadas o en arroyuelos, encuentran un momento de confluencia y se separan una y otra vez o vuelven a juntarse vertiente abajo en sucesivas dispersiones o confusiones del caudal, hasta dar con su lecho definitivo y grande... Así también, aquellas apariciones rudimentarias de la soberanía y el intrincado laberinto genealógico de la monarquía leonesa, de la castellana, de la castellano-leonesa, de las de Navarra, Cataluña o Aragón. Confúndense a menudo por medio de entronques o con reconocimientos de infeudación y vasallaje, para separarse de nuevo y volver a reunirse siguiendo un ritmo alterno y cada vez más amplio de concentración y de disgregación, de sístole y diástole, vacilando cada príncipe, cada reino, cada raza entre el impulso vital que les impelía a extender el dominio, y la perniciosa tendencia de disiparlo después en divisiones testamentarias y en repartos de familia desatinados e insostenibles. De esta suerte, al morir Fernando I en 1065, deshaciendo con su última voluntad el resultado de sus grandes conquistas, para que se separasen de nuevo Castilla, León, Galicia, Zamora y Toro y se resolviera el fraccio-

namiento en debilidad contra el invasor o en incentivo de discordias y de fratricidios. De esta suerte, cuando el matrimonio de Urraca, viuda de Raimundo de Borgoña, con Alfonso I de Aragón. De esta suerte, tras el reinado de Alfonso VII *el Emperador,* que retracta sus aspiraciones y su título separando las dos coronas de Castilla y de León para dejarlas a sus hijos Sancho III y Fernando II como un legado patrimonial de rivalidades y de enconos, agravados por las banderías de Castros y Laras a que se afilió la nobleza rebelde. De esta suerte también, en mayor o menor escala, a cada sucesión y en cada reino, en cada señorío, en cada ciudad, en cada foco de poder, así fueran independientes como de vasallaje.

A pesar de todo, en ese movimiento pendular entre la disgregación y la concentración, la curva se hace cada vez más amplia, se extiende a un área cada vez mayor y más definida del territorio, obra con más fijeza y energía, y, a despecho de caídas y retrocesos, aumentan paulatinamente la extensión y la autoridad para sujetarla. La controvertida batalla de Calatañazor (1002) había sido como una señal de declinación para el islamismo en España o, cuando menos, establece la fecha histórica de su crisis. Desde entonces el mundo cris-

tiano recobra lentamente su preponderancia y la iniciativa en todos los órdenes: en el militar, en el político, en el de cultura. La conquista de Toledo por Alfonso VI de Castilla en 1085 constituye otra efeméride considerable que deprime el ánimo de los musulmanes, cuyos reyezuelos han de llamar a los almoravides para detener por algún tiempo el ímpetu de los castellanos, a trueque de aumentar la confusión del régimen de taifas mediante nuevos gérmenes de virulencia y de discordia civil, como la aumentaron también los almohades, llamados con el mismo objeto de vigorizar el temple decaído de sus correligionarios de la Península. Pero a los desastres de Zalaca y Uclés no tardan en responder las bravas incursiones y conquistas de Alfonso VII; y a la derrota de Alarcos, la última gran batalla que se decidió a favor de los agarenos, habrá de suceder muy pronto la de las Navas de Tolosa (1212), que ya no marca la declinación, sino una decadencia completa, sin retorno posible para los invasores, sirviendo de ingreso triunfal a la más gloriosa centuria de la edad media en España y a los grandes monarcas representativos que se llamaron Fernando III de Castilla y Jaime I de Aragón.

Quiere decir que hemos llegado al siglo XIII,

memorable entre todos los siglos por sus grandes hombres y sus grandes empresas, ilustre y fecundo entre todas las épocas por la acción, por el pensamiento, por la actividad creadora, por sus instituciones perdurables. Al llegar a sus umbrales diríase que penetramos también en el mundo moderno, que arranca de allí y ofrece desde entonces, sin interrupción, la continuidad de espíritu dentro de la cual nos sentimos todavía. Arden con ardores de cruzada sus comienzos: cruzada reunida en Venecia por Enrique Dandolo, cuarta de las que se promovieron en rescate de Palestina; cruzada contra los albigenses en la Galia meridional; cruzada española contra los musulmanes, triunfante en las Navas. Entonces despunta como la aurora de la civilización contemporánea y, tras larga incubación, empiezan las muchedumbres a mostrarse agrupadas orgánicamente por nacionalidades definidas, por lenguas romances autónomas y ya desgajadas del latín, por instituciones políticas que sirven de piedra fundamental a los sistemas modernos, por códigos que ahora mismo continúan su vigencia, por fundaciones religiosas y universitarias que hasta nuestros días han venido conduciendo el espíritu humano. Es el siglo de la *Carta magna*, de Juan *Sin Tierra*, de las Franquicias de Aragón

y Cataluña, de las *Siete Partidas*. Desplégase la monarquía popular, y el régimen representativo florece en cortes y municipalidades: una savia pujante circula por la sociedad cristiana, rejuveneciéndola en la acción y en el pensamiento, en la caridad y en la filosofía. Es también el siglo de santo Tomás de Aquino y del *Poveretto* de Asís, de la gigantesca *Summa* y de las órdenes mendicantes que tienden a restaurar la pureza primitiva del cristianismo. Siete idiomas, expresión del respectivo genio de otras tantas razas, preludian el coro de las modernas literaturas nacionales, mientras empieza a dibujarse y afirmarse, como un hecho nuevo, la personalidad de Europa y su hegemonía sobre las demás partes del mundo que en ella la precedieron o hubieron de disputársela.

Pues bien: con este siglo XIII y dentro de ese marco inmenso adquieren fijeza definitiva y obtienen su máxima extensión los reinos peninsulares, señalándose en Castilla como instrumento poderoso de la reintegración nacional el hijo de doña Berenguela. Igualmente ilustre por sus memorables conquistas y por el numen político con que supo afianzarlas y retenerlas, correspondió con su figura relevante a la grandeza del tiempo en que hubo de vivir y fué uno de los mayores artífices que

colaboraron en la preparación de nuestro mundo moderno, poniendo los cimientos de la máxima Europa. Paralelamente a su futuro consuegro el rey de Aragón, con paralelismo de cronología, de magnitud y de eficacia, condujo esa obra formidable de la restitución de España a los españoles y la restitución de los españoles al plano superior de la historia, desde el subalterno que por tantos años y siglos venían ocupando. Por ello merece ser colocado entre los grandes fundadores y organizadores de pueblos; las fronteras que alcanzó su dominio son las que hallaron poco menos que intactas los Reyes Católicos; la estructura que imprimió a sus estados conservó visibles sus líneas generales, a despecho de ampliaciones, demoliciones y revoques, hasta el advenimiento de la casa de Borbón. En su época viene a cerrarse por manera definitiva el período de las dominaciones extranjeras y se consolida para siempre el de la independencia nacional; León y Castilla, separadas de nuevo y por centésima vez con motivo de la disolución del matrimonio de sus padres, acaban por reunirse bajo un mismo cetro y ahora para no separarse nunca, mediante arreglo con sus hermanas, hijas de un matrimonio anterior de Alfonso IX, que retuvieron y le disputaron la corona leonesa.

Y, en suma, sus campañas distinguiéronse entre todas las de la reconquista española por lo certeras y fundamentales, tanto en su ejecución militar como por haber sacado de la victoria los debidos frutos, contra el achaque nacional de malversarla por inconstancia o de satisfacerse con la brillantez infecunda de los golpes de efecto.

No se trató de incursiones vistosas, pero efímeras y sin rastro. Desde 1225 hasta 1248, es decir, desde la expedición contra Andújar hasta la capitulación de Sevilla, su reinado vino a constituir una cruzada permanente y de mayores y más sólidos provechos que las de los Santos Lugares. «No faltan musulmanes en mi tierra», contestó alguna vez a su ilustre pariente Luis IX de Francia, que requería su concurso para esa otra empresa tradicional; y semejante contestación nada tuvo en su boca de pretexto diplomático para eludir el compromiso, antes bien demostró su patriótica sinceridad con toda una vida militante y sin descanso de la cual surgió completa y ya indestructible la gran corona de Castilla. Dueño con Andújar de buena parte de la región cordobesa, no vacila en enviar al Africa un ejército para reponer en el trono a su amigo el emperador Almamún, quien, agradecido a esta ayuda, permite a los castellanos

establecerse en Marruecos, fundar un arrabal, construir una iglesia y organizar, en suma, una colonia que ya tenía precedentes en siglos anteriores y que trató de rehabilitar Fernando III, obedeciendo a su certera intuición de que había que intervenir en Africa y llevar allí la ofensiva tanto como fuese posible, para asegurar de un modo radical la dominación y el predominio de los cristianos peninsulares. Acrecentado su poder militar con la unión definitiva de los dos reinos, emprendió su segunda campaña contra Córdoba; y la antigua capital del califato, la «joya de los creyentes», se incorporó para siempre también (1236) al territorio castellano y al influjo de la cruz; la gran mezquita, en cuya construcción se emplearon nuestras muchedumbres vencidas, los materiales y restos preciosos de nuestros templos románicos devastados, fué consagrada iglesia de Cristo; las campanas de Compostela, que Almanzor había hecho transportar a Córdoba, aparatosamente, en hombros de cautivos cristianos, restituídas fueron a su venerable sede, como por una réplica de la historia, tres siglos después, en hombros de cautivos agarenos. En 1241 el rey moro de Murcia le rendía vasallaje y las tropas castellanas entraban en aquella ciudad; en 1246 apoderábase

de Jaén, declarándosele tributario Alhamar de Granada; y sometida de este modo toda la Andalucía septentrional, resuelve atacar a Sevilla, sitiándola desde tierra y por el río, con ayuda de la primera armada de Castilla al mando del ínclito Bonifaz. A la rendición de la capital en 1248, sigue la de Medina Sidonia, Cádiz, Sanlúcar y, en suma, toda la parte meridional de El-Andalús, paraíso de los musulmanes. Cuanto acaba de conseguir el rey de Aragón por el este de la Península y en las islas del mar baleárico, obtiénelo Fernando de Castilla en el centro y sur de España. No queda del dominio islamita más que la reducida mancha de Granada y un rincón en Huelva; menos de lo que poseían los cristianos en las montañas de Asturias y en los Pirineos, después de la derrota del Barbate y aun en el primer siglo de la invasión.

La historia de España entra entonces en sí misma, de un modo pleno, así territorial como espiritualmente considerada, por haberse cerrado el período de las grandes inmigraciones extranjeras a que aludía poco ha y que hemos debido registrar sucesivamente durante veinte siglos de esta historia, desde el siglo IX a. de J. C. al siglo VIII de la era cristiana, desde los fenicios a los árabes, pasando por los griegos, los cartagineses,

los romanos, los bárbaros y los bizantinos. Desde este punto nos pertenece por entero; no tiene que dedicar sus páginas a los anales del cautiverio y la dominación; no ha de consagrarse al relato de ajenas empresas ni a la memoria de los intrusos. Concéntrase, por el contrario, en historia nacional propiamente dicha, esto es, aplicada a los pueblos españoles autóctonos y libres, a unas razas independientes actuando sobre un territorio independiente también, con el esfuerzo de su propia organización y desenvolvimiento, mediante el cual van creando todos los signos de su personalidad, de su poder y de su grandeza. Idiomas, legislaciones, cultura, todo brota desde entonces por impulso íntimo, de dentro a fuera y de abajo arriba, apareciendo también esa perdurable unidad de conciencia mediante la cual los hombres de hoy nos reconocemos ya unos mismos con los hombres del siglo XIII, no por simple razón de continuidad cronológica ni por el hecho material y fortuito de habitar un mismo pedazo de tierra, según acontece respecto de las épocas anteriores, sino por vínculos espirituales, más sutiles y profundos, de parentesco y sensibilidad común que se conservan definidos y ostensibles, aun al cabo de ochocientos años, en la cadena de oro de la tradición verbal o literaria.

Vimos ya como al preludiar el siglo XI de nuestra era los términos de la lucha entre el mundo cristiano y el musulmán se equilibran y acaban, al poco tiempo, por invertirse: la ofensiva corresponde, cada vez con más energía y decisión, a los núcleos de la reconquista española, y son los árabes quienes han de pasar desde la agresión a la defensa, no sólo en lo militar, mas también por lo que toca a los restantes órdenes de la vida pública. El genio cristiano, desde la caída del imperio visigodo, había enmudecido en España, o poco menos; y puede afirmarse que después de la época isidoriana, fueron los invasores extranjeros los encargados de alimentar y conducir el pensamiento, de mantener la corriente de la civilización. Cuando callan san Isidoro y sus discípulos o continuadores, no son los indígenas, sino los recién venidos quienes toman la voz y les substituyen en la filosofía, en la ciencia, en las bellas letras. Trátase de árabes y con frecuencia de muladíes o renegados españoles, frecuencia que es una prueba de primacía y una confesión tácita de rendimiento en favor del intruso. El papel que el gran obispo hispalense y su escuela habían asumido como mediadores entre la cultura antigua y la nueva, entre el mundo clásico y el mundo cristiano, pasó en los

primeros siglos de la edad media a manos de los semitas, es decir, de los musulmanes de España y de sus auxiliares los judíos. Los grandes nombres de esa época no son ya españoles, no son siquiera cristianos, en todo lo que va del siglo IX a los preludios del siglo XIII. Son islamitas como Ben Tofail, Averroes, Avempace; son hebreos como Ben Gabirol, Daud de Toledo o Maimónides, y aun toda la filosofía y toda la ciencia española que despuntan en el siglo XIII, de ellos vienen influídas por imitación o por reacción, por estudio o por polémica.

Mas a contar de este siglo todo varía: a la victoria material de las armas sucede la del espíritu, que obtiene también el principio de su liberación mediante otra arma insubstituíble, la lengua propia y viva como instrumento de independencia mental, creador y fecundo *per se.* Aunque el latín, lengua oficial de ambas curias y única lengua cultivada literariamente, se presentaba hacía tiempo llena de palabras rústicas o pertenecientes al lenguaje hablado, que la atacaban y descomponían, sólo a mediados del siglo XII aparecen los primeros documentos en romance. Y al poco tiempo, cosa de cien años después, ese romance, adoptado ya para el arte y para la vida pública, ha dado de sí

un florecimiento copioso que va desde las leyes, como la traducción del *Fuero Juzgo* y dentro de poco las *Partidas*, hasta la canción de *gesta*, desde la imitación de la escuela provenzal hasta el *mester de clerecía*, desde Gonzalo de Berceo hasta las *cantigas* del Rey Sabio, en un preludio magnífico de una de las mayores literaturas del mundo por la duración, el número, el carácter y la jamás interrumpida continuidad.

Así vino a consolidarse la existencia de Castilla bajo el cetro glorioso de Fernando III *el Santo*, como lo hicieron Aragón y Cataluña, contemporáneamente, bajo el cetro de Jaime *el Conquistador*. A los triunfos materiales de entrambos acompañó una obra política equivalente, y sus reinados brillan, en las abstracciones y en las perspectivas de la historia, como una época de esplendor y como un doble símbolo de grandeza nacional y de civilización cristiana. Así correspondió España al estado general del mundo y a las auras primaverales que soplaron en aquella afortunada centuria. Y así se explica que el eminente Quadrado, en su continuación del *Discurso* de Bossuet sobre la Historia Universal, pudiese cerrar la pintura de tal período con estas sintéticas y profundas palabras: «Al contemplar el nunca visto concierto que al

frente de tres grandes naciones producía la simultaneidad de monarcas como Fernando III, Luis IX y Jaime I, compréndese mejor que, elevando a teoría lo que vió en sus días practicado, el *Doctor Angélico* escribiera tan admirables páginas sobre el origen del poder, sobre la justicia y el derecho, sobre régimen de príncipes y deberes y garantías de súbditos, sobre el ideal de la monarquía aristocrático-popular, resumen de las excelencias de todos los gobiernos.» Así lo reconoce también la conciencia humana agradecida.

VIII

Jaime I el Conquistador

En el discurso anterior saludábamos la entrada en el siglo XIII como la época culminante de la edad media española, por sus grandes empresas y por sus grandes hombres, por la consolidación de los dos grandes Estados de la Península, por los gloriosos monarcas que la llevaron a término. El primer día de febrero de 1208 vino al mundo uno de los príncipes más portentosos de nuestra historia, uno de los más completos y señalados de

toda la cristiandad. Grande no sólo por sus personales alientos y proezas, sino por la representación emblemática de todo un pueblo que vino a asumir y por el prestigio que acompaña a su memoria después de setecientos años; grande por lo que hizo y por lo que cifra en su recuerdo la conciencia popular, así fué Jaime I de Aragón, en cuya figura lo legendario coincide con lo plenamente histórico y los resplandores de la poesía heroica emanan de la realidad más pura y concreta. Testimonio de tan inusitada y noble popularidad es el aroma de gratitud que sube de una y otra generación en los pueblos que rigió un día, por él agrupados y sometidos a la confederación catalano-aragonesa.

Reinar póstumamente sobre el inmenso rebaño de las almas obscuras; proyectarse sobre ellas después de siete centurias la imagen luminosísima del gigante desaparecido; presidir en espíritu a esas remotas descendencias al modo de un numen tutelar que guarda los destinos de su raza, todo eso quiere decir que el grande hombre estableció con sus contemporáneos una corriente de simpatía fervorosa y que realizó y encarnó su ideal hasta tal punto que la popularidad póstuma es repercusión y supervivencia de aquella primitiva compene-

tración de afectos, aspiraciones y entusiasmos. No pocas veces me llenó de emoción oír en boca de rústicos pastores de Mallorca el nombre del *Rey En Jaume* como el del monarca por excelencia, palpitando en esa evocación aquel misterioso e instintivo respeto reservado a los patriarcas y fundadores de estirpes después gloriosas, a los organizadores de una civilización, a los que acertaron en dar a sus pueblos la estructura social y política más estable.

De la misma suerte vive ahora su recuerdo en Aragón, en Cataluña y en Valencia, que lo reputan por especialmente suyo, porque su impulso fué omnilateral y lleno de armonía. Tuvo que empezar desde su misma niñez por sacudir el yugo de los rivales y adversarios de su familia, que le tenían casi en secuestro, y por aplacar las turbulencias e insurrecciones de la nobleza feudal. Y conseguido todo esto en plazo y edad inverosímiles, «húmedas todavía sus sienes del santo crisma del bautismo», quedóle tiempo para la caballerosa empresa prometida por Pedro *el Católico,* su padre, de restituir el condado de Urgel a doña Aurembia, antes de pasar a Mallorca y conquistarla (1229), como conquistó, nueve años despues, el reino de Valencia. Con estas dos incorpo-

raciones, que fueron definitivas, y con el tratado de Corbeyl, quedaron fijadas para siempre las fronteras y dominios peninsulares de la corona de Aragón, tal como los entendemos ahora mismo; y con el fuero de Mallorca (1231), los de Valencia y Huesca (1250 y 1247) y la institución del Consejo de Ciento en Barcelona, dió la planta de la constitución política de sus Estados, libre en todos, en todos diversa, municipalista, popular y franca, que por cerca de quinientos años y con diversas vicisitudes y retoques, aunque siempre conservada y defendida en sus líneas generales, debía sobrevivirle hasta los comienzos del siglo XVIII.

Al mismo tiempo, por el matrimonio de su hijo el infante don Pedro con doña Constanza de Sicilia quedaba iniciada la política de Cataluña en el Mediterráneo, motivo de las proezas, a veces bárbaras, pero estupendas y como fabulosas de que estará lleno el siglo XIV, y empezó a revelarse la fascinación de aquel Oriente o *Llevant* de los viejos cronistas, en la cual se confundían el espíritu de aventuras, la codicia mercantil, el ardor religioso de las Cruzadas y la sugestión imaginativa de los recientes viajes del veneciano Marco Polo, los cuales no sólo abrían la puerta a la visión de maravi-

llosos países, sino también a inexplicables incitaciones de vida nueva y como a la vaga comezón de una segunda pubertad del mundo, que se anunciaba y vino a ser, poco después, el Renacimiento. Insaciable e insaciado con esta exuberancia de iniciativas y deseos, acomete la definitiva conquista de Murcia, al otro lado del Biar, en las fronteras de Valencia, cediéndola a su ilustre yerno Alfonso *el Sabio* de Castilla, en testimonio de sincero afecto más que de prelación por los avances de los castellanos en aquel territorio; y cuando, años después, volvió a pasar por allí y vió cómo se poblaba e iba en auge el novel Estado, no pudo menos de sentir y expresar aquel delicioso contento que palpita en la *Crónica* por la prosperidad de dichas tierras, *car havíem tan gran alegria del llur bé com si fossen nostres.*

De su esfuerzo civilizador deponen la fundación del *Estudi general* o universidad de Lérida, la largueza con que acogió a musulmanes mudéjares y a judíos españoles que descollasen en artes, en ciencia, en talento político; el famoso libro del Consulado de Mar; la agremiación de oficiales y artesanos siempre en aumento; la aparicion de los prosistas catalanes y de una escuela poética nacional ya desprendida del provenzalismo; la crea-

ción de la orden de la Merced, los nombres de san Ramón de Peñafort, de Arnaldo de Vilanova y de Ramón Lull que aparecen durante su reinado, que llenan todo su siglo y que, como el solitario de Miramar, escriben aquellos libros candorosos y llenos de hechizo, obras del amanecer de una cultura y un idioma, que se llaman *Félix* o *Blanquerna;* la aparición de la verdadera crónica en lengua nativa, gran vínculo y corroborante de la nacionalidad, por el estilo de la que lleva su nombre y relata sus propios hechos, como una transición del cantar de gesta al relato histórico propiamente dicho y con la veracidad del uno y el encanto poético del otro; el paso del estilo románico al ojival que triunfa y, en fin, todo un conjunto de manifestaciones que indican el tránsito de la sociedad catalana a un tipo superior y ya, en cierto modo, perenne de existencia. Diríase que desde la dureza férrea del castillo o de la abadía fortificada pasan las gentes a una relativa y mayor suavidad de costumbres, y al tumulto burgués de las municipalidades cada día más florecientes y más poderosas contra el feudalismo rural preponderante en la época anterior, como si Jaime I inaugurara la vida normal y estable de las ciudades y villas y con él empezara a gravitar su reino hacia el tipo

mercantil y económico que hubo de caracterizarle más tarde, saliendo de la estructura señorial y militarista.

Todo eso flota alrededor de su nombre y palpita, todavía en la conciencia de los que fueron sus pueblos, en el sentir de todos los españoles cultos. La memoria de aquel gran rey, purificada de sus debilidades privadas, redimida de alguna venganza atroz como la que consumó en el obispo de Gerona, se ha incorporado al alma de las muchedumbres, porque fué rey de todos y para todos; porque no se consideró el primero de los funcionarios o magnates, sino el primero de los ciudadanos de su corona; porque a su corazón esforzado llegaron todos los latidos y sintió en él todos los amores y dolores de su tiempo, hacia Aragón, hacia Cataluña, hacia Mallorca y Valencia, hacia la misma Castilla, independiente entonces como su propio reino; porque infundió a su obra de estadista y de príncipe cristiano un sentido integral en que las empresas económicas no estorbaron a las militares, antes bien sirvieron para acrecentarlas y abrirles camino, ni éstas fueron obstáculo para las primeras, sino que las iniciaron a menudo, con práctica lucidez, como lo demuestran las insinuaciones de Pedro Martell

en el convite de Tarragona, que tanta parte tuvieron en la empresa de la «Isla Dorada», y, en suma, porque dentro de su gran espíritu hallaron cabida todos sus reinos, todos sus súbditos y todos los intereses e ideales de estos súbditos.

Desde entonces existió la Confederación catalano-aragonesa; desde entonces existió nuestra Cataluña propiamente dicha, y una civilización una cultura, un espíritu y un órgano caracterizado de este espíritu que tomó su voz y alternó gloriosamente en el coro ilustre de las lenguas latinas. En tiempo del *Conquistador*, como en el de Fernando III para Castilla, vinieron la plenitud de cohesión y de poderío, la unidad de conciencia, la estabilidad. Para los catalanes la lucha contra los infieles había terminado por completo; los pueblos de nuestra estirpe y de nuestro idioma quedaban rescatados íntegramente; no permanecía fuera de nuestro dominio ni siquiera una mancha como la de Granada. Había acabado la época de la reconquista y comenzaba la del imperialismo y la expansión.

Santa Teresa de Jesús

El siglo XVI, y Castilla en este siglo, constituyen uno de los mayores espectáculos de la historia. La herejía protestante en Europa; la sublimación de la creencia en el seno del catolicismo; el Renacimiento, que transforma las artes y las letras, que se bifurca en corrientes tales como la humanística y bienhechora, tan fecunda en España con los secuaces de Erasmo, y la francamente pagana y corrompida; un impulso general de purificación y defensa de la fe respondiendo al de destrucción y de libre examen; un pueblo que desde los oprobios y vilezas del reinado de Enrique *el Impotente* se encumbra con pasmosa rapidez, alcanzando su unidad territorial con la rendición de Granada, su unidad espiritual con la expulsión de los infieles, su ensueño de unidad ibérica con la reunión de los tres reinos peninsulares, su utopía de unidad planetaria con el descubrimiento de las Indias... No por jactancia, si no con toda verdad

y razón, pudo López de Gómara escribir en el frontispicio de su *Historia de la Conquista de Méjico* este lema de triunfo: *Hispania Victrix,* proclamando que, después de la Creación del mundo y de la Pasión y muerte de Aquél que lo crió, ningún suceso mayor habían presenciado las edades que ese del hallazgo y conquista del Mundo Nuevo. Con no menos verdad y razón pudo cantar Acuña, poniendo como una cúpula de cesárea grandeza, en el tono y en las palabras, al breve momento del imperialismo y la monarquía universal, estos memorables versos:

> Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
> la edad gloriosa en que promete el cielo
> una grey y un pastor solo, en el suelo
> por suerte a nuestros tiempos reservada.
> Ya tan alto principio en tal jornada
> os muestra el fin de vuestro santo celo
> y anuncia al mundo, para más consuelo,
> un monarca, un imperio y una espada.

Y como actores, conductores o sostenes de esa fugaz, pero magnífica y deslumbrante epopeya, una legión innumerable de caudillos, soldados, aventureros, doctores, místicos, poetas, humanistas, dramaturgos: una verdadera nación de teólogos armados y militantes, de gentes que con la espada o con la pluma, en la acción o en la contemplación

y el ascetismo, defienden, custodian y ensanchan, material y espiritualmente, las fronteras de ese imperio, nunca conocido. Y en medio de ese estruendo y de ese bullir de unas generaciones todo intrepidez, osadía y virilidad; descollando sobre las murallas vivientes de los famosos tercios, surgiendo entre los hierros afilados de las alabardas y las picas, entre el fulgor de acero de los mosquetes y las corazas, aquellas flores femeninas, aquellas rosas de pasion, blancas y moradas, emblemas de martirio y pureza, todas miel en el cáliz, que a la manera de santa Teresa de Jesús, su más ínclito ejemplo y representación, comunicaron a la santidad una gracia mujeril imperecedera, templando aquel fragor y aquel acre y violento heroísmo con un arrullo de tórtolas celestiales.

Acerca de esta mujer extraordinaria voy a discurrir sucintamente. Si pudiera aplicarse un lenguaje puramente secular al estudio de tan insigne figura, despojándola de su indefectible significación religiosa, eso fuera lo que me propondría en primer término, porque, aun limitada a lo humano, aun substraída a la aureola de la santidad y al honor de los altares, había de descollar como una de las más elevadas y excelsas apariciones de su

sexo sobre la tierra y en cualquier siglo o nación en que la encontrásemos.

Se ha dicho, acertadamente, que todos los escritos de santa Teresa giran alrededor de sí misma. No sólo en sus *Cartas* y en su *Vida,* mas también en las *Fundaciones,* en el *Camino de perfección,* en las *Moradas,* en dondequiera, no hallaremos sino historia personal suya, externa o íntima, de su acción en el mundo y en medio de sus contemporáneos, o de las vicisitudes de su espíritu sediento de Dios y levantándose a las mayores alturas del éxtasis, del vuelo seráfico, de la comunicación con lo absoluto. Pero, con tratar siempre de sí propia y de sus cuitas, de sus penalidades, de su sequedad y tibieza o de los favores insólitos con que el cielo acude a rendirla y anonadarla, nada menos empalagoso ni menos petulante que su producción, la cual a fuerza de sinceridad, modestia, acaba por parecernos plenamente objetiva. Modestia he dicho, y no es esa la palabra adecuada. Modestia puede suponer conocimiento de la vanidad y santo temor de incurrir en ella, mientras que lo que nos sorprende en tales libros, autobiográficos todos, lo que nos seduce y arrastra a proseguir en su lectura es algo superior a esa virtud y al vicio que se le contrapone, algo anterior a la modestia y la

vanidad mismas; como que cae más allá de ellas y es sólo inocencia o pureza de espíritu magníficamente aliada con la discreción.

Nada ciertamente tan enfadoso en las letras profanas como el achaque de hablar de sí mismos los autores, bien en formas ostensibles y directas, bien bajo el velo de alegorías o personajes adrede introducidos para satisfacer, a un tiempo, hipócritamente, las exigencias del vicio y las de la virtud. Aun entre las mayores categorías del entendimiento, esa exhibición personal y egolátrica acaba por hacerse insoportable. El tino que se requiere para tal suerte de confidencias y limpiarlas de todo resabio de afectación es cosa a muy pocos concedida; y el lector no sabe qué preferir a veces: si la franca ostentación y endiosamiento en unas memorias a la manera de Chateaubriand y los demás románticos, o el esconderse con aires de reserva maligna según las mixtificaciones de los stendhalianos, o las apoteosis bajo seudónimo a estilo de D'Annunzio. De esto que se llamó con razón el *narcisismo* literario, ha surgido en las almas austeras, en los espíritus serios y amigos de la naturalidad, una comprensible ojeriza contra todo género de literatura personal y anecdótica, de la misma suerte que el abuso de la fotografía la está

produciendo contra el retrato, ni más ni menos que como una alarma del pudor ante esa verdadera liviandad del talento.

Claro que no se trata aquí de aquellas memorias o libros de recuerdos en que la personalidad de quien las escribe se anula y desaparece engolfada en la realidad exterior que toma como asunto a manera de los antiguos cronistas. No se trata de esos hombres que vivieron una vida o una época interesante y la describieron, no por amor de sí mismos, sino en obsequio de la verdad y para dejar a los venideros el trasunto de las grandes escenas y de los personajes famosos que presenciaron o conocieron, como hizo, verbigracia, el duque de Saint-Simon. Me refiero a esos otros el objeto de cuyos libros es la propia apología o el relato de sus aventuras, sus triunfos, sus pasiones y sus adversidades. Pocas se salvan del escollo de la egolatría o la simulación si no es cayendo en el del cinismo, unas veces trascendental, como en Rousseau, otras inconsciente y sin norma de virtudes o de crímenes, como en Benvenuto Cellini y Casanova, o, para buscar ejemplos nacionales y contemporáneos de Teresa, en un Alonso Contreras o un Miguel de Castro, flor de los aventureros y desalmados de su época.

Pero ante el caudal autobiográfico de la insigne abulense nadie titubeó hasta ahora ni pudo sentir asomos de aquella contrariedad. Un mismo recuerdo y un mismo nombre vinieron instantáneamente, por comparación, a los labios o la pluma de quienquiera que lo comentase; y habréis adivinado, sin duda, que me refiero a san Agustín y a sus imperecederas, inefables *Confesiones*. ¿Cómo será que de ellas, lo mismo que de los escritos de nuestra Santa, desaparece toda sospecha de vanagloria aun con no tratarse más que de recuerdos personales? El secreto de esta inmunidad no puede ser más obvio: lo que las hace limpias y exentas de todo prurito de exhibición, de todo afán de renombre, es que sólo externamente y en los episodios que les sirven de punto de partida tratan de la criatura y persona del autor. En medio de su aparato subjetivo y de su continua introspección anímica son esencialmente ontológicas y objetivas, como que su asunto y su verdadero personaje se reducen a Dios, y la busca de Dios, y el hallazgo y presencia de Dios en el centro del alma. Lo divino llena, pues, esas páginas, desde la primera a la última, y las redime de toda intención profana de deslumbrar a las gentes con el espectáculo de una existencia gloriosa, o de captar sus

simpatías con el relato de patéticos infortunios, o de despertar su envidia impotente con el de grandes éxitos artísticos, amorosos, mundanos. En ellas, por el contrario, el autor se deprime continuamente, no con falsas protestas de pequeñez ni con el estudiado propósito de que resalten sobre esa humildad aparente las regias mercedes que recibe de lo alto, sino con todo el fervor de un alma atribulada que tiembla de no merecerlas y que quisiera borrar de su existencia y extirpar de su carne, con fuego y cuchilla, todo rastro de los años perdidos en la incredulidad, en el pecado y en la tibieza.

Mas al comparar a santa Teresa con san Agustín por lo que tuvieron ambos de historiadores de sí mismos y por la peregrina hermosura de sus confidencias, no llevemos esta semejanza más allá de lo debido. Santa Teresa gustó de llamarse *pecadora* y de tratar una y otra vez de su *conversión*, como si hubiera vivido algún tiempo fuera de la ley de Dios, en paganismo y licencia, como vivió realmente el gran obispo de Hipona, antes de su maravillosa consagración a la doctrina del Crucificado. Sin presumirlo, por sencillez e ingenuidad, ofreció armas al racionalismo indocto y a la literatura basta y de combate para alterar y calum-

niar monstruosamente, soezmente, su noble figura. A fuerza de hablar de pecados, de culpas y de desvaríos, vinieron muchos a identificar su caso con el de las grandes extraviadas que, en el primer momento del cristianismo, pasaron del culto de la sensualidad al de la maceración y la pureza. Sus decantadas prevaricaciones, sus grandes pecados reducíanse a vivir vida secular, pero muy santa, en el seno de una familia honorable, a no haber oído todavía la vocación del claustro y a tener la fortuna o la desdicha de agradar a las gentes y de que los mozuelos la requebraran y bendijeran. Digámoslo sin rodeos: los famosos pecados de la Santa no son más que escrúpulos infantiles, o sólo son pecadillos veniales que la perfección de sus últimos tiempos se complacía en abultar de una manera hiperbólica. Su pretendida época de extravíos o profanidades vitandas no duró, según ella misma confiesa, más que algunos meses y cuando aún no había cumplido los catorce años. Entonces, en esos tres o cuatro meses «comencé — dice — a traer galas y a desear contentar, en parecer bien, con mucho cuidado de manos, cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener por ser muy curiosa». Apelo ahora a mis gentiles lectoras para que juzguen si es cosa tan

grave y materia de tanta abominación y menosprecio de sí misma todo eso de las galas y del cuidado de manos, cabello y olores...

Acuérdome a este propósito de una verdadera maravilla poética de nuestro Verdaguer: es la historia de aquel tierno niño, a quien embelesaba tarde y noche en su *masía* el canto de un ruiseñor, escondido entre los árboles del arroyo. Cierto día, sin saber lo que se hace, coge una piedra, la tira y mata al pequeño cantor. La tribulación y el desconsuelo de aquella pobre criatura, su angustia, sus sollozos y su hipo de lágrimas, yo no recuerdo nada tan tierno ni dulce en poeta alguno de la tierra. La madre no sabe cómo disipar la inmensa congoja del muchacho, que se duerme al fin sobresaltado y convulso; y he aquí que a la mañana siguiente, al despuntar el alba, la una envuelta en su capucha y el otro en su tapabocas y su barretina, como dos figurillas de Nacimiento, emprenden el camino de la iglesia, donde el terrible y angelical facineroso cae a los pies del confesor, y entre llantos y sacudidas confiesa su crimen e implora la absolución. Confortado y regenerado con ella vuelve por el mismo camino a la casa de labranza, mas con una gravedad y melancolía en los ojos, que ya no hubieron de desampararle nunca.

Pues bien: ¿esos espantos de santa Teresa por su vida pasada y por sus pecados y apartamiento del verdadero camino y la verdadera luz, no son del mismo género, de la misma familia, de la misma pureza, que esos otros de la pobre criaturita que «había matado un ruiseñor»? Todo lo confirma esa existencia de mujer tan deliciosa, tan castellana, tan del siglo XVI como que en ella se compendian los rasgos más característicos de su nación y su tiempo. Teresa de Cepeda y Ahumada, nacida, como sabéis en 1515, de familia hidalga y en buen acomodo, aunque no de la primera fortuna, con otras tres hermanas y nueve hermanos, se ofrece como un ejemplo de precocidad y desenvoltura infantil, de agrado, de simpatía y don de gentes, desde sus años más tiernos. Placía a todo el mundo y sentía el contento de ese agrado. A través de su *Vida*, de sus cartas y sus recuerdos, nos parece verla en el viejo caserón avilés o en el de sus parientes, donde pasaba temporadas cortas, llenando esas viviendas castellanas de su propia animación y alegría. Es ella la que dispone el estrado, la que bruñe el velón, la que registra la alacena; ella la que recibe con agasajo a los parientes y por ella preguntan a la puerta los mendigos, los menesterosos, los gañanes que vuelven

de la labor. Es hacendosa y contemplativa, resuelta y prudente, enseñada y trabajadora. Ya desde estos días infantiles siente dentro de sí la fusión de Marta y María, que será la fórmula de su misticismo, peculiar y *sui generis*. Allá en la huerta de su casa — huerta castellana y todavía medieval, como la de Melibea, con unos arriates de flores, unos rosales, unos cipreses — juega con el hermanito predilecto a juego de ermitas y monasterios que construyen con piedrezuelas, sobre montículos y terrones, en disposición de exvoto infantil y primitivo.

Se han familiarizado con las vidas de los santos mártires explicadas en el sermón, en la doctrina, en las veladas junto al fuego. No viven ni reposan pensando en aquellos varones excelsos, en aquellas vírgenes de cabellos de oro, cuyos suplicios compadecen y admiran en estampas y retablos. Urden una escapatoria para abandonar la casa de sus padres y, con divina ignorancia del mundo y aun de la propia topografía nacional y de su comarca, proyectan huir a tierras de infieles, creyendo que a dos pasos se han de hallar en Berbería, en Damasco, o donde unos sayones malcarados y provistos de corvos y afilados alfanjes sieguen sus tiernas cabecitas. En el fondo de sus almas creyentes

palpita también el espíritu de aventuras. La madre de Teresa es en extremo aficionada a los libros de caballerías; devóralos día y noche, de claro en claro y de turbio en turbio, como poco después el famoso hidalgo manchego imaginado por Cervantes a la vista de aquella fiebre general. Cuando su labor no le permite leer por sí misma o sus ojos se han fatigado recorriendo capítulos y más capítulos del *Amadís de Gaula* o de las *Sergas de Esplandián*, encarga a su hija que prosiga la lectura en alta voz. Y tanto puede el contagio, que la niña se atreve a ensayar la composición de una novela de aventuras, muy antes de presumir que Dios había de hacer de ella, aunque por vías diferentes, una escritora insigne.

¿No es verdad que toda esa parte de la biografía teresiana trasciende todavía a edad media y parece enlazarse con los ejemplarios y leyendas del siglo anterior harto más que con las realidades de su tiempo? También en la modalidad de los espíritus y en los textos literarios se advierte, tanto como en la arquitectura, el momento de la transición, y es posible distinguir los elementos arcaicos o góticos de los nuevos y renancentistas formando la deliciosa amalgama de lo plateresco. En esta criatura predestinada, como sedimento de

la edad anterior y como sello de estirpe, perdura el espíritu aventurero de la caballería, casi extinguida ya como institución histórica. Caballeros andantes del pensamiento fueron, y paladines del Señor, los primeros místicos y ascetas de esta centuria; de «aventuras a lo divino» viéronse calificadas sus empresas; en las fundaciones y cuerpos que crearon se les vió adoptar insensiblemente nomenclatura y formas de milicia, a la manera de san Ignacio de Loyola, y hasta cuando ya no se escribían libros de caballerías propiamente tales, se redujo a disposición y argumento de novela de aventuras, de estas llamadas a «lo divino», la vida de nuestro Redentor, el paladín por excelencia.

Este primer fondo o reminiscencia de la niñez, que tanto avivó sus predisposiciones imaginativas, no debía desamparar nunca del todo a Teresa de Cepeda. Breve, muy breve, como hemos visto ya, fué el período en que la graciosa adolescente pudo tener resabios de lo que ahora llamamos una «*romanesque*»; pero esa inquietud ideal que implicaba la caballería militante, ese desbordamiento y consagración de la vida a una obra constante, interna y externa, de perfección propia y de perfección social, que significaba lo caballeresco en su esencia, eso no la desamparó nunca y fué como se-

creto resorte de su prodigiosa actividad, con la fortuna inaudita de haber permanecido siempre mujer. Mujer antes que todo y por encima de todo: mujer, y mujer castellana, cuando emprende la reforma del Carmen, cuando la realiza triunfando de todas las dificultades, obstáculos y persecuciones; cuando por obediencia compone sus libros y nos relata y describe los más inefables coloquios que persona mortal haya mantenido con su Creador y el de todas las cosas; mujer escribiendo, mujer actuando, mujer realizando una de aquellas grandes transformaciones y empresas que se dirían reservadas únicamente a la capacidad varonil de un estadista.

Veámoslo brevemente. La escritora... Cualquiera creería, a juzgar por su celebridad verdaderamente universal, por el número inaudito de sus lectores, por el hecho de estar sus obras traducidas a todos los idiomas del mundo, que se trata de un literato de formación sistemática, producto de academias y universidades, flor de sabiduría. Y sin embargo, santa Teresa no fué un gran escritor femenino: fué únicamente una mujer que resultó grandísimo escritor, sin proponérselo y a pesar de no tener preparación de escuelas, ni de lecturas, ni de estudios, ni de método alguno. Pudiéramos decir que lo fué

a causa de esto mismo. En cuanto a lecturas profanas ya hemos visto cuáles fueron las suyas: unos cuantos libros de caballerías. Por documentos e inventarios de familia, publicados no hace mucho, sabemos, además, que su padre tenía, como la mayor parte de los caballeros españoles de su tiempo y condición, una pequeña biblioteca, mejor diríamos, un estante de libros. Reducíanse, uno más uno menos, al *Retablo de la vida de Cristo,* por Juan de Padilla; a las poesías sagradas de Fernán Pérez de Guzmán; a los *Oficios* de Marco Tulio, seguramente en la traducción de Alonso de Cartagena; a la *Consolación de filosofía,* por Boecio, en su versión sobre el texto catalán de Saplana; a un Virgilio; a la *Gran Conquista de Ultramar,* novela de aventuras del ciclo carlovingio; a los dos poemas de Juan de Mena, *Las trescientas* y la *Coronación*; a un *Lunario*... Tal es el reducido acopio familiar de que pudo disponer Teresa. Pero de todas esas fuentes apenas queda rastro, mejor dicho, no queda ninguno en sus escritos, y es, por lo tanto, muy dudoso que las aprovechara.

En cuanto a las otras, esto es, a las de carácter religioso, un eminente hispanista extranjero, Morel-Fatio, las puntualizó hace algunos años en un estudio irreprochable. He aquí, en resumen,

las lecturas de que se hallan vestigios o referencias en los escritos de la santa. En primer lugar las Escrituras, y éstas no conocidas directamente, sino por divulgaciones y extractos, en los libros de rezo, en los sermones o en manuales como el de *Evangelios y Epístolas*, de Montesinos, porque la Biblia en vulgar fué mirada siempre de reojo y finalmente prohibida por el Indice de 1551. Observemos de paso que entre todos los episodios del Nuevo Testamento la cautivaron especialmente, y volvió sobre ellos infinidad de veces, la conversión de Magdalena, el conmovedor dualismo de Marta y María y el encuentro con la Samaritana. Después de las Escrituras, las vidas de santos, cuya primera y honda impresión en la niñez ya se ha manifestado; y, a continuación de los textos hagiográficos, las *Confesiones* de san Agustín. El efecto que produjeron en su alma fué extraordinario: cuando llegó el instante de la conversión, en la escena del huerto, creyó que verdaderamente el Señor también le había hablado a ella. Y era peculiarmente aficionada a san Agustín, porque el convento donde Teresa estuvo de seglar era de su Orden y además — son sus palabras — porque «fué pecador», y ella se creía también del oficio: una gran pecadora. Alguna de las

ideas matrices y casi la idea central del misticismo agustiniano aparecen repetidamente en la producción de santa Teresa: que hallaba siempre a Dios en su espíritu, después de haberlo buscado en vano por calles y plazas, si bien la fórmula del obispo de Hipona no se halla en las *Confesiones*, sino en los *Soliloquios*.

Y después de san Agustín, san Gregorio el Magno, cuyas *Morales* leyó Teresa durante la terrible enfermedad que padeciera en la Encarnación de Valladolid y que, como se sabe, la obligó a salir de la santa casa. Y después de san Ambrosio, Ludolfo de Sajonia el *Cartujano*; y luego el Kempis o tratado de la *Imitación de Cristo*; y en seguida el *Arte para servir a Dios*, de Alonso de Madrid, y el *Abecedario espiritual*, de Francisco de Osuna, que le enseña la oración de recogimiento, ya explicada por algunos de los místicos alemanes y flamencos; y la *Subida del Monte de Sión*, del lego minorista Bernardo de Laredo, y el *Reloj de Príncipes*, y el *Oratorio de religiosos*, de Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, de tan inmensa popularidad en sus días; y el *Tratado de la Oración*, de san Pedro de Alcántara, y, por último, los libros ascéticos del padre maestro Luis de Granada, especialmente la *Guía de pecadores*,

de cuyo hechizo y deleite no se cansaba nunca la ilustre carmelita, como que se mantiene vivo y eficaz aun a estas horas, no obstante su edad... Cuando el abate Marchena, después de una vida de apostasías y locuras revolucionarias, volvió a España con el rey José, traía en sus bolsillos un ejemplar mugriento de esa *Guía*, inefablemente consoladora. Era el único recuerdo español que no le había abandonado un instante en veinticinco años de peregrinación, acompañándole, inseparable y secreto, en los clubs de Marat, en la trágica huida de los Girondinos y en los calabozos del Terror, mientras esperaba la hora del cadalso.

Perdonad esta digresión y lo pesado del recuento. Y digamos que tales son las influencias, tales las lecturas que expresa y virtualmente han podido ser identificadas y comprobadas en la producción de santa Teresa, tales los elementos de su formación doctrinal. Importa añadir un breve comentario explicativo: todo eso que leyó o conoció fué sin intención ni finalidad alguna literaria. Nada más lejos de su ánimo que convertirse en una mujer sabia ni cultivar sus facultades con una preparación intelectual. Esos libros devotos eran los que leían todas las personas de su condición, mirando sólo a la vida eterna y al cuidado de su alma.

Ni se toma al pie de la letra el título de Doctora con que por antonomasia se la decoró después, en méritos de su doctrina revelada, mas no aprendida en bibliotecas ni en abstrusas investigaciones. Mucho se engañaría quien por tal designación la emparejase con los prodigios femeninos que deslumbraron a sus contemporáneos: con una Beatriz Galindo, con una Oliva Sabuco, si realmente fueron de su pluma los trabajos que corren bajo tal nombre. La santa avilesa nació dotada de un gran ingenio, pero siempre fué el suyo un ingenio lego y jamás ocultó su aversión hacia todo linaje de suficiencia extemporánea o superpuesta, como así lo declaran en las informaciones de beatificación cuantos la conocieron y trataron.

La Madre María de San Francisco recalcaba esa carencia de lectura, como no fuera de libros devotos y al alcance del común de las gentes. El P. Diego de Yepes, uno de sus confesores y su primer biógrafo, dice «que jamás tuvo curiosidad de aprender una palabra de latín como lo hacen tantas monjas que se precian de bachilleras y entendidas». En sus cartas confirma la propia Santa que nunca llegó a descifrar una línea de la Vulgata. Alguna vez trató con visible despego a tal o cual novicia que alardeaba de traer y donar al convento

una Biblia latina. Y recuerdo en este momento el párrafo que dedicó en su respuesta a una carta de la priora de Sevilla: «Muy buena venía —dice— si no trajera aquel latín. Dios libre a mis hijas de presumir de latinas. Nunca más le acaezca, ni lo consienta. Harto más quiero que presuman de parecer simples que es muy de santas, que no tan retóricas...»

De aquí, precisamente, el alto valor literario de santa Teresa, cifrado en producir los mayores efectos y expresar las cosas más profundas, delicadas o inasequibles, con la menor cantidad que pueda darse de ingredientes de cultura y técnica artística. Era un caudal que se ignoraba a sí mismo y que fluía limpio, sosegado y con olvido de toda preocupación de autor. Nunca se han expresado misterios tan recónditos del corazón, ni raptos de la mente tan audaces, ni fenómenos y operaciones del alma tan maravillosos y sublimes, como que implican el contacto de lo natural con lo sobrenatural y divino; nunca se ha expresado ese orden de relaciones inmateriales, diríamos, y de «acto puro», con palabras más llanas, más sencillas, más humildes, más frescas de cuantas atesoraba entonces el lenguaje popular, en los campos y en las ciudades vetustas de Castilla. No hay

pasaje de las *Moradas* o de la *Vida* y el *Camino de perfección* donde no debamos recordar aquel prodigio de la «palabra viva» que, en contraposición a la artificiosa y calculada, constituyó el programa estético del inolvidable Maragall. Las imágenes de la peregrina abulense, sus comparaciones y su vocabulario son los de la rica hembra castellana, hacendosa y de cabeza firme, criada en el señorío, pero entre labriegos y en medio del trajín de las labores del campo o de los quehaceres domésticos, en uno de los interiores cuyo tipo inmortalizó Cervantes, al describir la casa de don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán.

Reinan en ellos la abundancia, la sencillez, la cortesía, la limpieza y aquel silencio que con frase suprema llamó *maravilloso*. En ese noble silencio, en ese ambiente, hubo de crecer la joven todo despejo y simpatía, todo agasajo y efusión zalamera. Su sistema de metáforas y locuciones movidas y vivaces está tomado por completo de la vida familiar y la vida del campo, observadas directamente, no a través de los libros y las tradiciones retóricas. Háblanos de la rueca y del lino, del horno y de la colada, de la huerta y de sus pajarillos. Un vaho salubre, como de lagar y de granero corre por sus páginas. Las hormigas, las abejas,

las cigarras, las mariposas, aparecen en sus símiles, una y otra vez, formando graciosa teoría ornamental, y hay en su prosa una fragancia de santidad evocada por otra de limpieza: de blanca mantelería guardada en el arca entre manzanas y membrillos olorosos. Todo es allí fresco, viviente, casto como el agua; todo es inmediato y directo, traído de la vista a la pluma sin prejuicio alguno, ni deseo de admirar, ni reminiscencia literaria que tuerza la frase o el concepto en sentido de una imitación preconcebida. La idea de escritura desaparece en absoluto, como si sólo se tratase de estenografías con que un fiel discípulo de santa Teresa hubiese reproducido el vuelo de su palabra y de sus confidencias vertidas de viva voz.

¿Cómo no había de enojarse fray Luis de León, en quien se hermanaban el humanista doctísimo y el hombre de mejor gusto que ha surgido de Castilla, contra los primeros editores de santa Teresa, empeñados en pulir y rizar, con ricillos retóricos, ese prodigio de prosa hablada? Porque, y así lo asegura el maestro, «en la forma del decir, en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que

con ellos iguale». Y añade, en otro lugar, caracterizando todavía con más agudeza y precisión esa forma, a ninguna otra referible: «que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía y que se presume le movía a escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras, porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la madre es la misma elegancia. Que aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzado muchas veces con cosas que ingiere, mas ingiérelas tan diestramente, y hace tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura y es como el lunar del refrán, que en vez de afear, favorece infinito...» «Así que yo las he restituído a su primera pureza», — concluye fray Luis de León.

Gracias a esa restitución no ha prevalecido el amaño con que se trató de mixtificarlas y podemos saborear en toda su pureza un texto del cual la femenilidad de la autora no se ausenta nunca. Portento de escritor, de gran escritor, con la menor liga posible de literato, esto es, de lo que ahora diríamos *métier* o cuquería profesional, nada más lejos de santa Teresa que las cultiparlantes de

Tirso en la centuria siguiente, que las preciosas ridículas, o que las *bas bleus* de nuestro tiempo. Su gran distintivo, en las palabras y en las actitudes, es la carencia de toda afectación. Escribe ignorando los secretos y astucias del arte, mejor aún, del artificio, porque arte magnífico es el de hablar escribiendo, y obra también de la misma manera que escribe. De aquí su desenvoltura, su libertad cristiana de respuestas y actitudes: ese algo que desconcierta a los timoratos y a los que no han ahondado todavía en el carácter de la Fundadora. Un sereno y como divino regocijo parece flotar sobre sus facciones y sobre sus páginas. No hay en su porte ni en su lenguaje el más leve resabio de tristeza quejumbrosa ni de esa gazmoñería, huraña o pizpireta, que es algo así como la coquetería de la religión. La pureza, lo mismo que la nieve, es blanca: color de alegría. Nada que recuerde la solemnidad trascendental del pietismo jansenista, por ejemplo, ni otro género de *bigoterie*, ortodoxa o heterodoxa, de cuantas tuvieron su momento de auge. Donosamente se burla ella de los falsos arrobamientos que, a fin de cuentas, resultan ser sólo *abobamientos*, como dice. Disgústanle las novicias ensimismadas y tristes, y en alguna carta se queja de las que no salen del tema

de sus desgracias, calificándolas de *lloraduelos*, invitándolas a no marearla en adelante con naderías y ridiculeces.

Y así como en ella la gran escritora es todo lo contrario de una literata, así su índole religiosa es todo lo contrario de la mojigatería, como que no consiste en remilgos, ni endengues, ni en posturas melindrosas, ni en forma alguna aparente y estudiada, sino en efervescencia y tumulto de la fe, indeficiente en sí misma y en las obras. Obsérvese la llaneza y desenfado con que pasa por el mundo, y a todos aborda, y de todos solicita, y a casi todos rinde y avasalla: clérigos y seglares, varones y hembras, poderosos y humildes. Sabe salvar con una agudeza las situaciones más difíciles; sus salidas — de las cuales se forma después una larga adherencia apócrifa — desarman a menudo la prevención o la incredulidad, y esparce en torno suyo una alegría primitiva y simple como de villancico de Nochebuena, resonancia de albogues y zampoñas pastoriles que a toda hora festejaran en su espíritu el nacimiento del Mesías y la gloria del Señor.

Pero esa mujer, tan mujer, y tan castellana, y tan ajena a toda suerte de orgullo mundanal, vivió una de las existencias más agitadas y fecundas que se

hayan conocido, demostrando aptitudes asombrosas en su sexo y no menos asombrosas en el otro. Nos maravilla este caso de *surmenage*, y no menos que la contemplación y la acción, cada una de por sí, se dieran en grado tan eminente y sublimado en la misma persona, fundiendo el dualismo evangélico de Marta y María. No sé qué deleite, no ya simplemente histórico, sino estético y novelesco, produce la lectura de las *Cartas* o de las *Fundaciones*, — las Cartas sobre todo. Nos es dado seguir en ellas día por día las fases y facetas de esta actividad múltiple en lo temporal y en lo eterno de la «fémina andariega y entrometida», — como el nuncio Sega, mal informado, la llamó, rectificando después; — de esa mujer que durante veinte años corre sin descanso de ciudad en ciudad, y de pueblo en pueblo, y de convento en convento, y de posada en posada, y de mesón en mesón, por Castilla y Andalucía, desde Avila a Valladolid, a Salamanca, a Toledo, a Madrid, a Sevilla, con sus etapas y estaciones intermedias, tanto como el más aventurero de sus contemporáneos, como Cervantes, como el mismo *Don Quijote*.

Sobre la marcha y en los altos del camino contesta y recibe su correspondencia con un verdadero

don de ubicuidad y una lucidez de discurso que sorprenden. Lleva de frente la reforma de una regla que poco a poco se convierte en fundación de una orden, empujando la constitución de innumerables conventos de mujeres y casi otros tantos de hombres, atendiendo a la substancia y a los accidentes complejísimos de esta labor, dominándolo todo. Escribe a sus hijas de religión, a sus parientes según la carne, a sus directores espirituales, a sus colaboradores y adeptos. Cartéase también con prelados, magnates, príncipes, nuncios; con el rey en persona. No descuida a las prioras de sus casas y las entera y se entera de sus dolencias, les dicta los términos de un contrato, y cómo se han de manejar para la redención de un censo, y cómo se ha de conducir tal negocio, y cómo se han de hacer tales reparaciones en el edificio, y dónde se ha de abrir la ventana, y dónde el pozo. Todo lo dispone, todo lo pregunta y todo lo cela, andando de una parte para otra, llena de santo fervor y de resistencia increíble, a pesar de sus achaques. Y cuando ha acabado en una de esas cartas, sabrosas como el pan de trigo, sus puntos de reflexión espiritual, o sus consejos a una novicia, o sus instrucciones para tomar una «freila», o sus mandatos para enfrenar la liberalidad con

personas extrañas, mientras las monjas pasan días enteros sin comer; después de un mariposeo semejante, sóbrale atención para dar las gracias o pedir oraciones, para ponderar los regalillos de la última remesa, para recomendar un jarabe o una untura.

Sería difícil hallar, aun en aquella época de insignes trabajadores y *papelistas*, empezando por Felipe II, una existencia más complicada y que reuniera bajo su mano una red tal de asuntos, expedientes, pleitos, escrituras, deudas, intrigas y dificultades, a que proveer inmediatamente y sin dejarlo para otro día. Sólo pensando en presidentes de Castilla como Covarrubias, en inquisidores generales como el cardenal Quiroga, en secretarios como Mateo Vázquez o Antonio Pérez, podríamos encontrar ejemplos de una correspondencia y despacho de asuntos exigiendo tal variedad y sucesión de resoluciones, aunque nunca lo hallaríamos de epistolario escrito con más gracioso descuido, ni más movido y cambiante de matices, saltos, brincos y revoloteos airosos, en los cuales nada omite de interés, antes bien lo puntualiza y recoge todo maravillosamente, como quien juega.

Aquí es donde resplandece y triunfa su natura-

leza esencialmente femenina. Es una mujer que rige un estado, el de su orden; que levanta de raíz una porción de *casas*, que atraviesa períodos de extrema dificultad, que escribe libros, que se ve denunciada a la Inquisición, que sufre persecuciones, que gestiona negocios tan graves como la autonomía de los carmelitas descalzos hasta formar provincia aparte con ellos, que arrostra con entereza las veleidades y caprichos de la princesa de Eboli, que llega a situaciones para desalentar al hombre más esforzado...

Pues bien: apenada la vemos alguna vez, pero descompuesta o enfurecida nunca, ni nunca perdiendo la serenidad que, por el contrario, cuida de infundir en todas sus súbditas, apartándolas de criterios de violencia contra sus enemigos o delatores, como en el caso de Sevilla, y aun persuadiéndolas de la necesidad de conservar y atraerse a las hermanas díscolas o desleales. Y con todo eso, le queda espacio y memoria para agradecer el agua de azahar o la mermelada, para decir lo a punto que llegaron los últimos confites o el *agnusdéi*, para recomendar que los corporales que pidió se hagan de cadeneta con aljófar y canutillos. Hablará a un jurista de la hipoteca y el juro, pero mandándole de paso la más hermosa trucha del Tor-

mes con que acababan de obsequiarla, o trazará a sus hijas de Sevilla planes de conducta con que defenderse de la desaforada persecución, sin olvidarse de transcribir las últimas gracias y dichos infantiles de su sobrina Teresica, o de participarles que supieron a gloria los brinquillos y las confituras, o de ponderarles el trastorno que ella, la fundadora, la mujer fuerte de los *Proverbios*, sufrió durante el último viaje por habérsele metido una salamanquesa, una lagartija, entre la manga y el brazo...

¡Oh gracia suprema de hacerlo y conducirlo todo de frente, con ligereza, candor y suavidad, pareciendo que no se hace cosa alguna! Sólo ese gobierno concertado y solícito de una vasta república religiosa, combatida por tantas rivalidades o celos intempestivos en una época de ardor teológico y de universal y arrebatada polémica; sólo esa obra estupenda de iniciativa y de régimen, bastaría en lo humano a acreditarla de portentosa capacidad y a colocarla entre los grandes talentos organizadores, que dan forma y estructura a una sociedad, a una nación, a un siglo. Pero con esa capacidad objetiva y esa formidable potencia de trabajo, desconcertante en una mujer, coincidía lo otro, el «portento místico», la riqueza mara-

villosa de su vida interior, la más calificada y excelsa, sin duda, de cuantas descollaron entre los quinientistas españoles.

Qué cosa fué el misticismo y, sobre todo, ese misticismo castellano, no necesita el lector seguramente que se lo explique, ni me atreviera a hacerlo con palabras mías. Basta recordar las de aquel varón irreemplazable, maestro de maestros, a cuya panoplia es preciso acudir, incluso para buscar armas con que combatir sus doctrinas o defenderse de su arrolladora influencia. «Para llegar a la inspiración mística — dice Menéndez — no basta ser cristiano, ni devoto, ni gran teólogo, ni santo, sino que se requiere un estado psicológico especial, una efervescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas, y una metafísica o filosofía primera, que va por camino diverso, pero no contrario, de la teología dogmática. El místico, si es ortodoxo, acepta esta teología, la da como supuesto y base de todas sus especulaciones, pero llega más adelante: aspira *a la posesión de Dios por unión de amor*, y procede como si Dios y el alma estuvieran solos en el mundo. Este es el misticismo como estado del alma, y su virtud es tan poderosa y fecunda, que de él nace una teología mís-

tica y una ontología mística, en que el espíritu iluminado por la llama del amor, columbra perfecciones y atributos del Ser, a que el seco razonamiento no llega, y una psicología mística, que descubre y persigue hasta las últimas raíces del amor propio y de los afectos humanos.»

El misticismo — ha podido añadir un insigne paisano mío, don Juan Maura y Gelabert, obispo que fué de Orihuela, — el misticismo no es una ciencia en la rigurosa acepción de la palabra: es mucho menos y mucho más. Y, en efecto, no sigue los procedimientos privativos de la ciencia, pero logra mayores resultados; no va a Dios por las vías del discurso, pero llega a El por el sentimiento. Porque el místico es al común de los creyentes lo que el genio al común de los mortales. La aridez del razonamiento agosta al hombre genial, la dialéctica lo paraliza; es todo intuición y anticipo, todo vuelo y arrebato de la mente transportada a la visión de las cosas en sí. Y aun pudiera decirse que siempre el genio tiene algo de místico, y viceversa, puesto que sus interpretaciones del mundo y de la existencia son eminentemente cordiales y muy a menudo indeliberadas, pareciendo como una revelación o manifestación de lo divino a través del alma humana por vías de

misterio y subconciencia. *Deus in nobis*, decían, aun los paganos, del estado de agitación del vate, de la energía inspiratriz; de suerte que en su más alto sentido la poesía es un fenómeno de mística y operación de la divinidad en el alma humana, que así se convierte en oráculo de lo eterno y traduce con palabras temporales y a los idiomas históricos esas inefables insinuaciones de la suma Belleza y del sumo Bien.

Y, ¿cómo no pensarlo a la vista de prodigios tales como este de santa Teresa y de todos los ascéticos y contemplativos de su tiempo que, por unos años, hicieron de la lengua castellana, tan sonora y cuadrangular, tan asentada y maciza, algo ingrávido y transparente como una gema luminosa? ¡Qué momento aquel para un idioma terreno: santa Teresa, san Juan de la Cruz, fray Luis de León! Es realmente el castellano un instrumento duro para la poesía en sus manifestaciones aladas y vagarosas, en fuerza de esa misma regularidad arquitectoral, sin ligereza ni contracción posible, que constituye en cambio su magnificencia oratoria. Yo lo he creído así, y lo creo todavía; mas por una especie de magia que no ha vuelto a repetirse, ese idioma grandilocuente, de palabras y oraciones íntegras y rotundas, en manos

de aquellos artistas celestiales se hace translúcido y como inmaterial, a la manera de un éter, y llega a propagar con eficácia las ondas más sutiles del piélago de lo infinito, los arrullos más imperceptibles de aquel silencio en que «siente el alma la respiración de Dios» y todo el pasmo y deslumbramiento del espíritu por donde ha pasado Dios «sin dejar rastro visible, como la saeta que no lo deja en el aire»...

Cuando leo estas maravillas en Santa Teresa o en cualquiera de sus contemporáneos y discípulos; cuando la misma abulense nos declara el misterio de la unión extática con graciosas comparaciones de las dos velas que juntan su luz o del agua del cielo que viene a henchir el cauce de un arroyo; cuando san Juan de la Cruz vierte su embriaguez amorosa en versos de tan penetrante, de tan profunda turbación como estos:

> Quedéme y olvidéme,
> el rostro recliné sobre el Amado;
> cesó todo y dejéme
> dejando mi cuidado
> entre las azucenas olvidado;

y cuando del *Cántico espiritual* o de la *Noche obscura* del carmelita paso a la *Noche serena,* a la oda *a Salinas,* a cualquiera de las estrofas y pasajes

de Luis de León donde se llega a estas claridades pasmosas que parecen alegoría de los seres de la estirpe de santa Teresa:

Alma divina, en velo
de femeniles miembros encerrada...
....
Por todo el delicado
cuerpo como por vidrio transparente
resplandor admirado,
gracia resplandeciente,
divina, se descubre abiertamente...

entonces vacilo en mi convicción antedicha y pienso que en castellano se han podido expresar las cosas más etéreas y suprasensibles que haya expresado lengua alguna, hasta invadir el reino de la música que es el de la emoción en sí, no ligada a términos, ni a días, ni a lugares, ni a figura determinada. ¿Por qué se desvió después de esa dirección y cayó en las hinchazones del énfasis, en la pesadumbre de la expresión material, recortada y concreta? Culpa fué del espíritu, que huyó de las generaciones siguientes y dejó de animar la poesía y hacer de ella una transverberación. Ni el amor de la patria ni el amor sexual han encontrado después acentos de mayor intimidad, dulzura y eficacia.

No; no pudieron ser alucinados ni impostores esos seres que, efectivamente, albergaron a Dios en su alma y comunicaron a la palabra mortal el temblor o pasmo de esa presencia inenarrable. Fuera el artificio todavía más extraordinario que el portento, y más difícil de creer; ni hay tampoco superchería que, por bien urdida y combinada que sea, alcance sobre tiempos y generaciones el señorío que acompaña a Teresa de Jesús, a sus libros, a su memoria. Pero, antes de terminar, permitid que señale una contradicción, una de tantas contradicciones del espíritu moderno, el cual sólo para la mística ortodoxa guarda los rigores de su racionalismo o de su escepticismo, mientras pone sobre su cabeza y erige en golosinas y refinamientos de *snob*, los místicos alejandrinos, o los germanos y flamencos, o aún esas formas de misticismo gnóstico diluídas en la literatura y la filosofía contemporáneas, desde Maeterlink a William James y Bergson. Oro de ley y oráculo indiscutido es cuanto escribe un Plotino o un Tauler, un Proclo o un Ruysbroeck, y todo sabe a maravilla y prodigio en las *Eneadas*, en los *Desposorios espirituales*, en el *Tesoro de los humildes*. Sólo cuando se llega a nuestros místicos, entran en funciones la crítica y el positivismo, y hasta se atreven al-

guna vez con ellos el psiquiatra y el tratadista de patología mental.

Toda la vida de santa Teresa depone de su cordura. Nunca ha habido otra más llena en la acción; no la ha habido más fecunda en las obras, que para ella fueron también, y muy principalmente, «unión con Dios»; no ha habido quien aprovechara el tiempo con mayor espíritu de continuidad ni con enlace de propósitos y actos tan sostenidos, puesto que realizó cuanto anhelaba y un poco más de añadidura. Y, ¿vendríamos a parar en que todas esas sublimidades de la obra y del alma, de la accion y del pensamiento, de la vida externa y de la vida interior no eran más que un poco de neurastenia, o una forma de histerismo a gusto de mediquillos de suburbio anticlerical adulterados por libros de quiosco? Algo más grande hubo allí: talento humano portentoso y santidad o perfección extraordinaria. Un ser que alcanzó las máximas alturas del ascenso hacia Dios; una de aquellas figuras femeniles que ya en este bajo mundo dejan un sendero de claridad cuando pasan y un rastro como de violetas celestiales; una de aquellas almas, en fin, que se convierten en vivos tabernáculos de la divinidad y derraman sobre su siglo y su nación un resplan-

dor de la luz increada, de la «llama de amor viva» en que se consumen. Esa fué la mujer, la Santa española por excelencia: aquella pecadora inconsolable, como el muchacho de nuestro poeta, por... «haber matado un ruiseñor». La cual, corporalmente y según el retrato literario que nos legó el P. Francisco de Rivera, fué, además, «de muy buena estatura, y en su mocedad, hermosa, y aun después de vieja parecía harto bien: el cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción, la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se le encendía, y se ponía hermosísima... Los ojos negros redondos y un poco papujados (que así los llaman y no sé cómo mejor declararme), no grandes, pero muy bien puestos, vivos y graciosos que en riéndose se reían todos y mostraban alegría... Los dientes muy buenos, la barba bien hecha, las orejas ni chicas ni grandes... En la cara tenía tres lunares pequeños, al lado izquierdo, que le daban mucha gracia...»

El hecho y la idea de la Civilización

Traducción del discurso presidencial del Ateneo Barcelonés. Diciembre de 1917

Preliminar

Esta noche, señores, constituye el más grande honor de mi vida. Ninguno comparable a él he recibido antes de ahora, ni podría ya recibirlo en adelante, por años que viviese. Tras de deber al Ateneo un inolvidable período de recogimiento, entre libros que fortalecen y afectos que dignifican, colmasteis la medida de tantos favores con el de llamarme a ocupar este sitio, resplandeciente de la gloria que en él dejaron los primates de Cataluña, y de instituirme sucesor inmediato del hombre dilectísimo, orgullo de la amistad, ornamento de la ciudadanía y de la ciencia, que lo ocupaba durante el último curso. Ved, pues, hasta qué punto vuestra generosidad es de imposible retribución, y si yo podría corresponder a ella

ni con total oblación de mí mismo a la casa hospitalaria que me brindó la paz de su recinto y que nos cobija a todos, como lugar exento, en medio de los combates de la vida y las inclemencias del mundo.

Nunca como en los actuales momentos pudo sentirse la íntima necesidad de un refugio como el que nuestra institución nos ofrece, porque jamás los hombres, no ya de nuestro tiempo sino de todas las generaciones y todas las épocas, habían conocido lo Trágico como lo conocemos nosotros, de tres años acá. El destino nos ha hecho contemporáneos y espectadores del cataclismo mayor de la historia; y es, en estas horas tenebrosas, que los mortales buscan un retiro donde poder departir entrañablemente sobre sus dudas y sus esperanzas. Diríase que el peligro de disolución o los presagios de aniquilamiento y ruina nos hacen más ávidos del comercio social, en sus dos formas posibles: la plática con los vivos y la lectura, que es también una suerte de alta y noble conversación con los ausentes y con los que fueron. Todos sabemos que la de hoy no es una lucha como las pasadas, sino un espanto milenario: la guerra de las guerras, que tiene como frentes de batalla a la humanidad dividida en dos campamentos, y

por arma y por materia vulnerable, todo a un tiempo, el conjunto, el entero conjunto de la civilización.

De eso creí que debía hablaros, en cumplimiento de la prescripción reglamentaria que es para mí un deber ineludible y que de vosotros reclama, cuando no otra cosa, el tributo de la resignación. Un imperativo de sinceridad me llevó a reproducir en esta tribuna la misma honda preocupación que domina en la soledad de las almas y en el silencio de los hogares. La preferí a cualquier otro tema, aunque pudiese parecer más nacional y perentorio, porque ella los resume a todos, y es la clave de todos y a todos los contiene potencialmente y en esencia. Ni me detuvo tampoco, señores, el visible desacuerdo entre la inmensidad del asunto y la pequeñez de las facultades que tienen el atrevimiento de abarcarlo. No vengo a revelaros nada que, de antemano, no sepáis. Pretendo, únicamente que meditemos juntos y por espacio de unos instantes sobre *El hecho y la idea de la Civilización,* revisando la conciencia que de ellos nos formamos, tomándola de nuevo y, si tanto es posible, entregándola a todas las reacciones de la controversia con el fin de depurarla y completarla.

La curva del progreso

Entre el más primitivo de los yacimientos prehistóricos que las excavaciones descubren y una cualquiera de las grandes ciudades de nuestros días, media sin interrupción, una larga cadena de milenios, de generaciones humanas y de transformaciones lentísimas pero maravillosas. He aquí, señores, el bello espectáculo de una de esas metrópolis, a la hora en que el sol va declinando sobre un cielo de delicada finura, y cuando por las avenidas urbanas la multitud desciende como un denso torrente de vida. ¡Qué desvarío de magnificencia! ¡Y cómo, a fuerza de sernos habitual, ese espectáculo nos parece al mismo tiempo el más insignificante, el menos considerable de los hechos! Ruedan con estrépito mil suertes de vehículos; brillan las carrozas y los arneses; las cúpulas de los edificios se doran al resplandor crepuscular. En el fondo de las perspectivas levántanse, con majestad imponente, las columnatas de los templos, de los coliseos y los pretorios. Entre el verdor de los jardines surge la albura de las estatuas, y sobre los arcos triunfales se encabritan en el aire las áureas

cuadrigas de la Victoria. Lentamente, los velos de la noche se abaten; fluye la luz por hilos invisibles y estalla en grandes perlas cegadoras. La ciudad resplandece como un inmenso joyel, rodeado de un halo glorioso...

Pero tanta grandeza monumental no es más que el estuche de otros innumerables prodigios de la materia y del entendimiento. Todo habla de riqueza, de complejidad, de creación: las iluminaciones espléndidas, los establecimientos suntuarios, los brocados, las sederías, las joyas, los armiños. Viajeros de todas las partes del mundo llegan a la ciudad, hora tras hora, como a una feria perenne, atraídos por el comercio de las cosas y el intercambio de las ideas. Es el instante de la exaltación vital. Hay luz en las altas buhardillas de los estudiosos solitarios y en los ventanales de los palacios magníficos, resplandecientes de espejos y lámparas, colmados de íntimas fastuosidades. A esa misma hora se estremecen de elocuencia el foro, el púlpito, el parlamento; en escondidas a· las brota el oráculo de especulaciones sublimes y los encerados se cubren de cálculos y signos enigmáticos, interpretaciones del infinito o reconstitución de idiomas remotísimos por medio de los cuales la historia consigue enlazarse con

la misma eternidad; inclinado sobre sus preparaciones, en el silencio del laboratorio, el biólogo lucha con los misterios irreductibles de la vida orgánica. Cerráronse las fábricas, extinguiéronse los hornos ardientes, pero los escritorios, los anfiteatros y las bibliotecas siguen hirviendo de esfuerzo y de fiebre. Descansan las turbinas y los yunques, pero continúan trabajando el microscopio, el compás y el cincel. De techumbres abajo las más delicadas operaciones de la ciencia y de la conciencia se realizan para servir al hombre, defenderle y mejorar su condición; o, divinamente ociosas, cuajadas de pedrería (como rocío de luz, animadas estatuas femeninas, producto de largos siglos de refinamiento, entran en los vestíbulos de palacios de ensueño y van a presidir las supremas emociones del arte: quiero decir de la suprema inutilidad, que es también la suprema excelencia de la vida.

Tal es, señores, toscamente evocada, la mayor acumulación del trabajo del hombre, en el espacio y el tiempo; en extensión, intensidad y calidad. Es su obra maestra y el compendio de toda labor humana... Y ahora imaginemos los años, los siglos, los milenios, las lentitudes, los avances y retrocesos, las tragedias y la sangre que todo ello su-

pone; representémonos toda la curva, toda la trayectoria del esfuerzo humano, hasta haber alcanzado el sistema de sentimientos, la organización de nociones y de principios, el instrumental inagotable de la vida moderna, de la ciudad moderna. Pues bien: este inmenso, extraordinario conjunto de hechos que van desde la estación prehistórica hasta la gran capital de nuestros días, desde el hombre de Cro-Magnon hasta el miembro del Instituto de Francia — para servirme de un ejemplo terminante, — constituye el hecho magno de la civilización, que me propuse someter a vuestro juicio. Si pudiéramos tan sólo pasar los ojos por un inventario, por el simple inventario nominal de este conjunto, nos asombraríamos y nos asustaríamos, ¡tan grande ha sido el proceso de su complejidad increíble, en el orden moral y también en el de las adquisiciones prácticas: el alimento, el vestido, la locomoción, el adorno personal, lo que los antiguos llamaban «arte cosmética»!

Para cada uno de esos menesteres frívolos y diarios, el peinado, el aseo de las uñas de una dama elegante, se ofrece ahora un catálogo de adminículos cien veces más copioso que la dotación completa del hombre cuaternario para todas las necesidades

de su existencia. Sabido es a qué se reducía, y para renovar visualmente nuestra convicción no hay más que entrar en un museo arqueológico: limitábase a una punta de sílex, tallada en forma de lanza, de flecha o de cuchillo, que era su arma defensiva y ofensiva, instrumento de caza, de cocina y de trabajo, todo a la vez. Han de pasar muchos años antes de que a ese utensilio se añada la cuchara o espátula rudimentaria también de piedra, mediante la cual extraía el tuétano de los rumiantes y solípedos que le proporcionaban alimento. Y así en todos los demás tanteos. De tan miserables orígenes arranca la formidable corriente del progreso humano, y serán necesarios el transcurso de épocas enteras y el paso de infinitas generaciones, para que los hombres comiencen a sospechar, a entrever nada más, la existencia de esa corriente que les arrastra y que ellos mismos empujan hacia un estado mejor, más deseable, más tolerable.

Sentido o filosofía de la Historia

Descubrir que, bajo el desorden aparente de la historia, existe una suerte de dirección, una continuidad y una coherencia determinadas, no

fué cosa de un día, ni es tampoco un hallazgo que pueda reputarse de antiguo. Resultaría interesante, si no se saliera de nuestro propósito, seguir paso a paso las demostraciones sucesivas de ese descubrimiento y ver de qué suerte y por qué derroteros la humanidad ha ido tomando conciencia de sí misma, en cuanto a tal, y del gran hecho solidario que actualmente la sostiene y aúna. Para referirme nada más que al mundo moderno, para recordar únicamente algunas de las primeras y más egregias apariciones de aquel concepto en el mundo moderno, citaré, como ejemplo, el *Discurso*, de Bossuet, y más tarde, *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu, y mucho después, la *Historia de la decadencia y la caída de Roma*, de Gibbon, ya que en tal obra se plantea también una tesis universal y eterna. Mas todos esos grandes libros, que son en sí mismos otros tantos monumentos, corresponden al período puro de la filosofía de la historia y sólo representan contribuciones, aportaciones, perspectivas unilaterales en el estudio de la civilización. Mejor dicho: no representan otra cosa que verdaderas anticipaciones sobre un concepto presentido y todavía inexistente; son grandes aspectos, grandes elementos codeterminantes de la historia, pero que

tomados como términos únicos, conducen a una concepción exclusivamente teológica o a una concepción exclusivamente jurídica de las vicisitudes humanas sobre la tierra.

Hasta llegar al docto y amable Guizot, puede decirse que el pensamiento contemporáneo no entró de lleno en el problema ni le aplicó el nombre que le corresponde; y aun el mismo Guizot, por haber refundido los materiales que encontró preparados, por haberlos impregnado de la prevención ambiente en su época, diríase que convirtió la concepción teológica de Bossuet y la jurídica de Montesquieu, y en parte también la naturalista de la Enciclopedia, en una concepción eclécticamente y principalmente política. Y ¿cómo extrañar, señores, estas vacilaciones de concepto y de límite si el nombre mismo no tenía extensión determinada ni tampoco existencia plenamente reconocida? El ilustre profesor estaba cansado de dar sus memorables cursos de 1828 a 1830 en la Facultad de Letras de París, sobre la *Historia de la civilización en Europa*, y todavía aquel nombre era un neologismo, un verdadero intruso a los ojos de los gramáticos.

La palabra, la esencia, los fines

Se recordará que en torno de la raíz *civis*, de *civitas*, ha ido constituyéndose paulatinamente, en las lenguas neolatinas, una extensa familia de vocablos que marcan cronológicamente la aparición de nuevos estados de espíritu, de matices nuevos de la vida. Cada uno de estos verbos, adjetivos o adverbios supone una previa correspondencia con la realidad anterior. Así, *civil*, *civilizar*, *civilmente*, *cívico*. La última en aparecer, como generalmente ocurre en semejantes procesos lingüísticos, es la forma abstracta; *civilización*. No figura en el diccionario de la Academia francesa hasta la edición de 1835, en el de la Academia española hasta la de 1843; pero algunos oradores y publicistas la emplearon con notable anterioridad. Etimológicamente aparece, pues, enlazada con la idea de permanencia, de vida estable, por oposición a la vida nómada; y no de una manera vaga sino de permanencia en forma de ciudad o de *urbs*, de donde proceden «urbano», «urbanidad», como de *corte* «cortesía» y «cortés», en el mismo sentido primario de «civilidad» y «civil». Civil,

urbano, cortés — y también «político», en una de sus aplicaciones — representan tres líneas verbales del mismo concepto, y expresan la misma condición del hombre refinado mediante el trato, las costumbres y la suavidad de la vida que las ciudades ofrecen y que originariamente crearon. Y, gracias a una extensión de significado que empezó por apoyarse sólo en los derivados de la línea *civis*, esta acepción de mera cortesía o *politesse* quedó gradualmente como abandonada y perdida en el contenido de otra acepción de mejoramiento general, que no se reduce ya a las buenas maneras, sino que abarca además, y en primer término, los sentimientos, el derecho, la dignidad, la cultura.

Pero dejemos, señores, esta ligera disquisición filológica, que sabréis perdonarme, para ir a lo que nos interesa más directamente y lo que nos interesa no es la palabra, ni su historia, sino su contenido. ¿Qué es, entonces, la civilización? Si nos situamos ante esta pregunta dispuestos a contestarla por nuestra propia cuenta, es probable que el primer impulso sea echar mano de las interpretaciones y definiciones ya conocidas, para compararlas con la idea global que aquel nombre despierta en nuestra memoria imaginativa. Es fácil

que de la comparación saquemos, como a mí me ha ocurrido, una impresión de divergencia entre las definiciones dadas y lo que todas ellas trataron de definir. Las explicaciones no coinciden con su objeto ni se adaptan casi nunca a los términos precisos de nuestra curiosidad, porque confunden el fenómeno con sus resultados o consecuencias. El fenómeno, como tal, permanece indefinido, inexplicado, virgen. Quiero decir que se nos describe su finalidad, pero no su esencia, ni su estructura, ni el *modus operandi*.

Veámoslo. Cuando Guizot declara, por ejemplo, que «la civilización consiste en el perfeccionamiento de los individuos y la mejora del estado social», sólo tiene presentes, y aun por manera vaga, los fines, lo que a su juicio constituye los fines de la civilización. Cuando Balmes afirma que ésta consiste en «la mayor normalidad, la mayor inteligencia y el mayor bienestar posibles para el mayor número posible», la fórmula adquiere a un tiempo una amplitud y una precisión sorprendentes, pero tampoco va más allá de los objetos y los fines, que son la preocupación dominante en los hombres de estado y los moralistas. Objetos y nada más que objetos, aunque tan distintos de los anteriores, integran asimismo la teoría *heroica* de Carlyle, la

teoría aristócrata de Renán, la teoría *racionalista* o del libre desarrollo de las facultades humanas. Todas estas interpretaciones nos hablan de tendencias y propósitos, pero no de lo que pueda ser en sí misma la civilización ni de lo que la distingue, con distinción formal, de los restantes espectáculos y movimientos de la historia; todas responden a la que deseamos o esperamos de ella; todas se refieren al producto, no al acto de civilización, ni a la diferencia que lo separa del acto indiferente o del regresivo.

Un precedente catalán

Claro es, señores, que entre todos esos conceptos descriptivos de la finalidad, descuella el del pensador vicense por su amplitud generosa y abierta a todos los vientos, hasta el punto de que todas las formas de democracia, todas las posibilidades de distribución y aun los propios postulados del colectivismo tendrían cabida en él o en él podrían creerse potencialmente contenidos. Pocos espíritus han sentido la nobleza del problema como la sintió Balmes, y nadie le dedicó una atención tan elevada y al mismo tiempo tan honda. Adversario de Guizot en una amplia y memorable polémica

que no excluyó ni el mutuo respeto ni la admiración ferviente, la posteridad ha venido a confundir a los dos contendientes d un día en el recuerdo, no ya de una disputa, sino de una colaboración gloriosa. La filosofía de la historia, que en lenguaje moderno se llama historia de la civilización, no tuvo otros más altos mantenedores durante la primera mitad de la pasada centuria y, por mediación de Balmes, Cataluña ha alcanzado el honor de contribuir a una copiosa y magnífica corriente de ideas y merecer el derecho de ciudadanía en el pensamiento universal.

Si nos propusiéramos, pues, establecer la ética de nuestro problema más bien que su conocimiento puro, nos afiliaríamos a la concepción de Balmes, no por la más brillante o paradójica, sino por la más humana, por la más recta, por la menos inicua y, en consecuencia — según un criterio pragmático — por la más exacta. Pero como nuestro propósito es distinto, debemos repetirnos la interrogación inicial y volver al punto de partida, esto es, a la idea de conjunto que la palabra «civilización» nos sugiere. Reconcentrándonos un momento, para abarcar a tientas y *grosso modo* la delimitación de ese vocablo, su contorno general, es casi seguro que coincidiremos en apreciarlo como un estado

presente del hombre, producto de un incesante movimiento histórico. Un estado presente, en cuanto lo reconocemos en torno nuestro y dentro de nosotros mismos como una realidad actual y viva, mediante el testimonio de los sentidos y de la conciencia; un producto histórico, porque ese estado no es inmutable ni existente *ab initio,* como las leyes de la materia, sino creación, acumulación y rectificación diarias, continuamente inestable y en vias de ser. Pero hay más todavía: si proseguimos atentamente nuestra reflexión, y del contorno general de que os hablaba pasamos al contenido, nos daremos cuenta en seguida de que ese contenido no es algo elemental, flúido, indivisible, sino la resultante de diversos impulsos bien caracterizados.

Tres órdenes de hechos fundamentales

Y, en efecto, señores: tres grandes órdenes de hechos se entrelazan en la historia y tienen por final confluencia el hecho máximo de la civilización. Estas apreciaciones del esfuerzo humano, no ponderadas siempre, pero siempre concomitantes y vivas, colman y se reparten por entero el campo

de lo pasado, la preocupación total de lo presente y de lo futuro. Ellas nos demuestran que el hombre es verdaderamente el rey de la creación, y esto por don innato y por derecho de conquista, por la gracia de Dios y por título posesorio irrevocable. Las facultades que le crean tal título colócanle, no ya por encima y en la cúspide de la escala universal de los seres, sino en lugar aparte, y le abren un reino único, diferenciado y substantivo, porque nadie más participa de sus destinos ni de sus maravillosas posibilidades. Si, por lo tanto, tratamos de dilucidar un acto de civilización, una mejora llevada a cabo en el perfeccionamiento del género humano, nos será siempre forzoso referirla a una cualquiera de estas tres manifestaciones primarias del poder del hombre: el dominio de la naturaleza, el dominio de sí mismo, el dominio social.

El dominio de la naturaleza: he aquí la primera forma ostensible de su actuación, según los vestigios recogidos por la prehistoria. De la defensa y el aprovechamiento, instintos comunes a toda la escala zoológica — pues está entre los dos extremos de devorar o de ser devorado, — el hombre se eleva a un nuevo orden de defensa y aprovechamiento de las cosas materiales. La noción fisiológica del peligro y el estímulo del hambre

ceden el paso a otra noción, más reflexiva ya o de experiencia coordinada. Al puro instinto, sigue el conocimiento de la naturaleza, y al conocimiento la intervención. Mediante el conocimiento y la intervención, la vida humana se separa radicalmente de la vida zoológica, no como una especie, ni como un género, sino como un mundo aparte; son momentos o posiciones del hombre ante la realidad que le rodea, puramente privativas y que nadie más comparte en la creación. De aquí nacen, en ascensión lentísima y penosa, todas las mejoras materiales, desde la adquisición del fuego allá en las tinieblas de la noche cuaternaria, hasta la adquisición del radio entre el vértigo de nuestros tiempos: todas las ciencias, todas las industrias, todas las artes de aplicación, los enseres todos de la vida práctica, que comienzan en el hacha de sílex recordada hace poco y acaban en el inmenso conjunto de la dotación moderna, en la cual la locomotora o el aparato telegráfico producen ya el efecto de curiosas antigüedades.

Pero nada supondría para el hombre este dominio de la naturaleza sin el dominio de sí mismo, porque el hombre es también naturaleza, y como ella necesita intervención y cultura si aspira a evadirse del imperio de la fatalidad para

entrar en el del libre albedrío. Mediante este dominio, es decir, mediante el conocimiento y regulación de sí mismo, ha modificado uno tras otro sus instintos bestiales elevándolos a la categoría de pasiones y ha ennoblecido las pasiones convirtiéndolas en sentimientos. Ha subido desde la abyección a la pureza, desde la antropofagía al heroísmo de dar su propia carne, y la sangre de sus venas en regeneración de las del prójimo. Todo el orden moral que ha hecho posible la existencia de las agrupaciones humanas, se deriva de esta acción, de esta actividad interna. Es en los espíritus donde se han consumado las grandes revoluciones incruentas que constituyen el orgullo de la humanidad, y la fiera humana ha podido amansarse por obra principal de esta represión invisible de la conciencia. Así como el dominio de la naturaleza se caracteriza por el conocimiento de las cosas exteriores, por la ciencia, por la utilidad, el dominio de sí mismo se caracteriza por el *nosce te ipsum*, por las religiones, por la filosofía, por los sistemas de conducta, por la tabla de las virtudes y, en fin, por la más grande victoria del hombre sobre la tierra que es dominarse y limitarse, cada día un poco, en vista de Dios y de sus semejantes.

Del tercer impulso emana, por último, todo lo

que dice relación con la sociabilidad. El don del lenguaje supone por sí solo esta inclinación del hombre y es como su fundamento y su origen. A medida que interviene en la naturaleza, amparándose de ella y rigiéndola con su libre arbitrio; a medida que se interviene a sí mismo, con limitaciones de continencia e imperativos de deber, trabaja *ipso facto* en pro de la coordinación social, que constituye también uno de sus grandes privilegios, en cuanto es perfectible, en cuanto no queda inmóvil ni estacionaria como las agrupaciones animales. La república de las abejas es hoy lo mismo que en tiempo de Virgilio; la de las hormigas o la de los castores tampoco ha experimentado cambio alguno; la evolución de las especies en lo que tiene de rigor científico, no de mixtificación sociológica, es de un orden radicalmente, substancialmente distinto que la perfectibilidad humana en virtud de la cual el hombre ha pasado históricamente—y en la actualidad todavía coexisten todas esas formas sucesivas — de la familia a la tribu, a la ciudad, al imperio, a la nación caracterizada y propiamente dicha. De este impulso provienen todos los progresos de la relación entre hombres y conjuntos de hombres. De aquí proceden la organización de las colectividades, las

leyes, las instituciones públicas, los diversos sistemas de poder, el derecho, la política, la economía; de aquí, señores, todo cuanto tiende a mejorar la *sociedad*, como del dominio sobre nosotros mismos vimos que provenía todo cuanto conduce al mejoramiento de la *humanidad*.

Confluencia y desequilibrios

Ahora bien: la confluencia de estos grandes órdenes de cosas, los hechos materiales, los hechos morales, los hechos sociales, es lo que forma el conjunto de la civilización, y no en vano se ha dicho que constituía el hecho de los hechos, el hecho por excelencia. Pero ¿acaso se presenta tal conjunto como una fusión ponderada, equilibrada y fija de elementos? Si de la abstracción en que hasta ahora vinimos manteniéndonos, volvemos los ojos a las realidades vivas, lo mismo las históricas que las actuales, encontraremos siempre en ellos, en mayor o menor grado, la preponderancia de una u otra de aquellas direcciones, tanto en el mundo antiguo como en nuestros días. Aquí domina la preocupación de las cosas materiales, más allá la de las cosas eternas, en otra parte la de

los ideales políticos. En el mundo antiguo, por manera especial, la vida de los pueblos ofrece una sencillez, una unidad que ha sido calificada de monotonía; y las civilizaciones de aquellas épocas se nos aparecen, por decirlo así, como cortadas de una sola pieza. Desde la mayor pirámide hasta el último de los papiros egipcios, todo habla de una inmensa conglomeración teocrática; Israel y monoteísmo son una misma cosa; al pensar en una plutocracia nos acordamos de Fenicia, de Cartago, y hasta la propia Roma, a pesar de la plenitud de sus componentes, nos da la impresión final de un pueblo de dominadores y organizadores de la cosa pública.

Hasta en el mundo moderno, cuyas características son la complicación y la variedad, resultan claramente perceptibles tales diferencias porque las naciones gravitan hacia uno u otro de aquellos principios, y al lado de las que ofrecen una gran riqueza espiritual con notoria reducción de la vida práctica, están las que presentan un progreso material extraordinario y una carencia completa de espiritualidad; las que Edgardo Poe llamaba, acerbamente, «una barbarie iluminada por el gas». Acabábamos de indicar que variedad y complicación de fuerzas o principios son el distintivo de la

edad moderna, y ello nos invita a considerar desde este momento el problema de la civilización bajo la forma más concreta de civilización de Europa, esto es, de la que se inicia después de la caída del Imperio de Occidente y perdura hasta llegar a nosotros.

Civilización de Europa: sus elementos

No incurriré, señores, en la puerilidad de describir ni recordar siquiera aquel acontecimiento extraordinario que, a juzgar por la perspectiva en que se nos presenta a los hombres de hoy, vino a separar los dos hemisferios de la historia. Me permitiréis, sin embargo — por ser indispensable a nuestro objeto, — una rápida enumeración, un índice casi puramente nominal del estado de hecho, de la herencia, de las apariciones ante las cuales se encontraron las sociedades recién constituídas. En primer lugar la herencia de Roma y, dentro de ella, como elementos esenciales, vivos o latentes y prontos a resurgir, el *municipio*, la reunión de municipios de donde había brotado la grandeza de Roma y que la extinción de Roma dejaba nuevamente desligados unos de otros, aislados,

pero todavía subsistentes como única concentración social aprovechable en medio de tanta ruina y desastre. Después del municipio, la idea del *Imperio,* de la majestad omnipotente y cesárea, del principio unitario, clave de sostén para el inmenso edificio. Luego el *Derecho,* la más fuerte estructura de un sistema de familia y de un sistema de propiedad que hayan conocido los hombres. Y, por último, la *lengua latina,* expresión total del formidable utilitarismo romano y vehículo de la mentalidad helénica, que superpuesta al *sermo rusticus* de los pueblos dominados o atacada por él, se deshizo en las seis o siete variantes de todos conocidas y produjo una gloriosa familia de idiomas, una gloriosa familia de literaturas nacionales.

Y aquí sólo os pido, señores, que meditéis sobre la vitalidad, sobre la actualidad incontestable de estos despojos, recordando lo que el municipio, creación de Roma, y el derecho de Roma, y el concepto monárquico elaborado por los jurisconsultos imperiales, y las transmisiones expresas o místicas del lenguaje suponen en la historia de los pueblos modernos, en la de España, en la de Cataluña, en el proceso todo de nuestras acciones y hasta en el mismo aire que respiramos... Este

fué el legado; pero con él coincidía, además, una aparición memorable, pletórica de fuerza y de juventud, no nacida del Imperio, aunque había acabado por enseñorearse de él y rendirlo: el cristianismo que, a partir del siglo IV, se nos presenta, no sólo como una creencia, como un estado de espíritu, sino también como una Iglesia, como una jerarquía, como un poder, y se relaciona con la vida pública, llegando a veces hasta a asumirla por entero. La tradición imperial, la novación cristiana y la invasión de los pueblos bárbaros, constituyen, pues, el punto de arranque de la civilización de Europa, a la cual me refería, y que es imposible seguir históricamente y paso a paso porque, sólo para explotar esta materia, necesitaríamos un año, no una hora de meditación.

La idea sobre la fuerza: el gran ejemplo

No obstante, si esto fuera posible veríamos producirse e iríamos señalando uno a uno los tres órdenes de fenómenos que dejamos establecidos como otros tantos privilegios del hombre en la creación: dominio de la naturaleza, dominio de sí mismo, dominio social. Veríamos, además, que

unos con otros se modifican y condicionan por medio de acciones y reacciones continuas, de réplicas y contrarréplicas interminables, de suerte que no existe hecho alguno material que no repercuta en la alteración de los sentimientos, ni hecho alguno espiritual que no alcance a la esfera social o a la política. Veríamos, sobre todo — y en este punto sospecho que la concordancia de pareceres sería absoluta — que el centro, que el verdadero centro de la acción civilizadora reside en el alma humana. Es en nuestros espíritus, mucho antes que en los campos de batalla, donde el progreso de la humanidad avanza o retrocede; es aquí donde se decide la suerte de la civilización. El sentido final de la historia está en la idea, no en la fatalidad ni en la fuerza, a pesar de todos los elementos aleatorios, de todas las contradicciones circunstanciales, de todas las recaídas, de todos los naufragios de un día o de un milenio, que es algo así como un día ante la eternidad. Se pretende que la espada, que la guerra, es el árbitro de la historia, la definición del derecho, el sumo contraste de la moral por el triunfo de los más aptos. Yo no sé deciros otra cosa sino que la guerra, de por sí, no ha consolidado nada en el mundo; que los más preclaros capitanes de la edad antigua y de la mo-

derna han sido comparados a los meteoros, por su fugacidad y la de su obra, y que el imperio de Alejandro o el botín de coronas y de naciones arrebatado por Napoleón fueron cosa más pasajera y efímera en la estructura, en la esencia de la humanidad, que el pensamiento de Aristóteles o la sensibilidad aguda y enferma de Juan Jacobo.

No perdamos de vista, señores, que todo acto de civilización propiamente dicha es una victoria sobre la violencia, lo mismo si se trata de la naturaleza que si se trata de nuestros propios instintos. Las mutaciones más duraderas y trascendentales han sido conseguidas por infiltración, por capilaridad, diríamos, de las ideas y de los sentimientos en las reconditeces de la conciencia: como una acción lenta de lo racional sobre lo biológico, hasta que lo racional se convierte en biológico a su vez. Las mayores conquistas, las grandes mejoras del género humano, son aquellas en las cuales no intervino coacción material, en que la coacción fué superada y vencida por agentes más sutiles y poderosos. Las fuerzas inmateriales han podido entonces más que *la fuerza* y se han impuesto a la fuerza; lo imponderable ha disuelto lo visible. He aquí el más egregio entre los hechos de civilización de que antes hablábamos: el cris-

tianismo. Pues bien, el cristianismo viene a simbolizar este fenómeno maravilloso: la debilidad aparente de la idea sobreponiéndose a la aparente omnipotencia de la fuerza. El misterio de la Redención es el misterio de la Civilización misma: ella nos legó el ejemplo inmortal de cómo el espíritu es invencible, incoercible, aunque se desplomen y vengan sobre él para aniquilarlo todas las potencias de la tierra.

Las cosas ínfimas, según el orden establecido: la pobreza, la humildad, la frágil inocencia del párvulo, transforman por completo al mundo, luchando contra poderes formidables, los más formidables que se recuerdan. Todo se levanta contra Jesucristo y su doctrina: el estado posesorio de dos religiones, la teocracia de Israel, el desdén patricio de los gobernantes. Todo se conjura contra ellos: la Sinagoga, el Pretorio, la segur de los lictores, las legiones invictas. Dos organizaciones inmensas pesan, con todo su peso sobre tan humilde semilla, como podrían hacerlo sobre el parabólico granito de mostaza: una es Jerusalén y la otra es Roma; una es el Templo y la otra es el Imperio; una es el poder sacerdotal y la otra el poder político más formidable de la historia. Pero nada puede su alianza contra la *insania crucis,* contra la mi-

serable locura de la Cruz; y esa locura de la Cruz, infiltrando, saturando los espíritus uno a uno como las piedras de un edificio soberbio, acaba por ablandar y deshacer en efusiones de piedad, los espíritus, las piedras y la fábrica entera.

El fondo común

Desde entonces tenemos constituído este aire, esta atmósfera moral en que vive y respira, hace ya veinte siglos, la porción más selecta de la humanidad, y que ha sido y continúa siendo el fondo común de la civilización de Europa. Sé que no hablo, señores, a una congregación de creyentes ligados por la pura ortodoxia, sino a un auditorio en el cual tienen o pueden tener cabida los matices todos del pensamiento. En tal sentido trataré únicamente del aspecto histórico, no del sobrenatural, que nos ofrece este gran espectáculo, a pesar de que sin lo sobrenatural quede falto de explicación definitiva lo histórico. Y el hecho histórico consiste, no sólo en la constitución de aquel ambiente moral, ni en la paulatina reducción y templanza de las muchedumbres bárbaras que habían devastado los dominios de

Roma, sino también en la constitución de una sociedad internacional por encima de las fronteras políticas, hasta el punto de que la primera conciencia de personalidad, de unidad superior de Europa, se estableció según la conciencia cristiana, es decir, según la catolicidad o universalidad de la doctrina y el poder jerárquicos establecidos por la Iglesia.

Al lado de ella, otro elemento que, en épocas posteriores, irá ampliando esta función universal, esto es: la ciencia, la cultura, fué durante largo tiempo un lazo secundario y casi imperceptible, tanto por su propia debilidad como porque la Iglesia lo retuvo entre sus manos, sin interrupción ni disputa, desde el siglo IV hasta los comienzos del XII, en que se inicia vagamente — con Pedro Abelardo y sus discípulos, por ejemplo, — la primera tentativa de emancipación, de secularización en la filosofía y la literatura. Y aun más tarde, mucho más tarde, aun después de que los espíritus hayan pasado ya por el Renacimiento, es decir, por el humanismo y la independencia del pensamiento; después de haber pasado por las herejías, por la Reforma, por la ruptura de la unidad dogmática y por la misma Enciclopedia, aquel aire o atmósfera vital de que hablábamos conti-

núa siendo una realidad, latente o inconsciente, si tanto se quiere, según los casos, pero la primera realidad de la vida, tanto en el orden doméstico como en el civil y público.

Consideradlo, con severa atención, y reconoceréis que por encima de las ortodoxias y las disidencias, por encima de los cismas, de las herejías, de las incredulidades y de las negaciones, envolviéndolas y penetrándolas a todas, flota todavía, para bien del mundo, este agente o flúido impalpable que se llama el *espiritualismo cristiano*, verdadera conciencia de Europa durante dos mil años, y principio informador de nuestra civilización. Es la resultante de veinte siglos vividos bajo la misma ley; el sistema de sentimientos, de emociones, de sensibilidad, de inquietudes y de esperanzas, según el cual obramos o juzgamos las obras del prójimo, y nuestras propias obras. Es la emanación ideal de las más altas cosas de la historia, en los tiempos nuevos y en las anticipaciones precristianas que venían preparándolos y anunciándolos, desde Platón hasta Virgilio. Es, para condensarlo en una palabra, el reino de *la piedad*, con todo lo que este nombre encierra de significación humana y de significación divina, a saber: de justicia, de limitación, de respeto y de sacrificio.

Tenemos, pues, en nuestra formación, en la formación de los pueblos occidentales de Europa, estos grandes precedentes: la herencia romana, latina, contenida en el sistema municipal, en el derecho o sistema de familia, en la idea de imperio o poder unitario y en la tradición ideológica y formal del lenguaje. Tenemos el sentimiento de independencia personal y el vínculo de hombre a hombre introducidos por los invasores germánicos. Y tenemos la acción universalizante y la acción interna del cristianismo. Puestos en contacto y en movimiento estos principios, nos faltaría recorrer y consignar otra serie de hechos históricos — materiales, morales, colectivos — que por falta de tiempo no podemos ni siquiera sugerir. Así, por ejemplo, aquellas tentativas de reconstitución bajo formas imperiales, que fueron la monarquía visigoda de España o el imperio de Carlomagno; así la reacción de las ciudades contra el feudalismo rural, con la aparición de las burguesías y el régimen de cartas pueblas; así el creciente predominio de la realeza, que intenta coexistir y acomodarse con los demás poderes mediante el sistema de parlamentos, de Estados generales, de cortes, valiéndose unas veces del pueblo para quebrantar los señoríos o sirvién-

dose de los señores y de sus mesnadas para hacer frente a las ciudades; así la unificación de los Estados modernos en manos de las monarquías absolutas, guiadas por el espíritu clásico, como forma política del Renacimiento; y así, por último, la escisión de la filosofía y la teología, la ciencia de observación, el filosofismo en el siglo XVIII, el racionalismo en la pasada centuria, los grandes inventos materiales, la gran industria y la gran victoria de las democracias, de la soberanía popular, sobre las dinastías de derecho divino. En resumen: un conjunto extraordinario de aquellos actos de intervención del hombre en la naturaleza, en sí mismo, en la sociedad, de donde vimos que la civilización tomaba origen.

Orden moral y orden natural

De tal suerte han ido constituyéndose las grandes organizaciones políticas de nuestros días, dentro siempre del espiritualismo que hace poco señalábamos como lecho o cauce común por donde discurren los sentimientos y las aspiraciones de la humanidad elevada. Esto no significa que se haya dejado de hurgar y excavar en las már-

genes de ese lecho, en ese tesoro de la piedad humana, de la misericordia humana. Desde el naturalismo de Rousseau, tan íntimamente misantrópico a pesar de sus lemas suspirantes y líricos, hasta el puro materialismo de aquella época, corta por fortuna, que podríamos denominar la época de los manuales de antropología a lo Topinard, hase tratado de disolver aquel orden de bellas disposiciones del alma, debido a la limitación de los instintos por respeto a nuestros semejantes y a nosotros mismos. Se ha querido ignorar a sabiendas que la ley de la limitación, no la de la potencia o la voluntad indefinida, es la ley de la verdadera civilización; y ora en forma de retorno al estado presocial, como deseaba el filósofo de Ginebra, ora en forma de subordinación al instinto, como inculcaban las hibridaciones de cierta sociología que en una noche construye toda una ciencia nueva sobre la base de la más leve analogía, de una simple imagen — y sino, recordad el tiempo del «organismo social», con sus aparatos circulatorio, nervioso, digestivo, etc., — se ha trabajado para substituir ese orden moral por el orden de la naturaleza. El tiempo hizo ya justicia de todo eso.

Juan Jacobo Rousseau confundía las complica-

ciones, las corrupciones y redundancias de la civilización — mejor diríamos aquí «progreso», de una manera específica, — con la civilización misma. Partía, además, de un error de hecho que probablemente habría rectificado en vista de los estudios y conclusiones de la prehistoria, si hubiese llegado a conocerlos: la existencia de un estado de naturaleza poética, clemente, inefable; el hombre pervertido por la sociedad y la civilización... Sabido es cómo juzga este sueño la paleontología moderna, aunque para juzgarlo antes habría bastado el simple conocimiento de lo que en América — en la «Virgen del mundo», en la «América inocente», de nuestro poeta Quintana — hallaron sus descubridores: antropofagía, sodomía, sacrificios humanos. No; no es en la naturaleza, sino en la superación y el dominio de la naturaleza, en el libre albedrío, donde la humanidad se mejora y depura; ni debe confundirse la naturaleza con la sencillez y la simplicidad, como tampoco la civilización es la redundancia, el movimiento vano, la falsa civilización; ni ha de olvidarse que la verdadera naturaleza del hombre, distinta de la puramente animal y orgánica, consiste en resistirla, en regirla, en dominarla, no en imitarla.

El tiempo ha fallado ya en definitiva. Y se ha

pronunciado igualmente, y con mayor rapidez, sobre otras modas, ora selectas, ora bastas y mediocres, desde la del *héroe* y el *genio* como motivos únicos y justificaciones exclusivas de la humanidad, hasta la degeneración de la doctrina heroica por cruce con el darwinismo (con el no científico, se entiende), novedad suprema de hace unos veinte años: los años del luchador, del hombre de presa, del *struggle-for-life*. No, señores: la humanidad, la vida, la civilización, no son para el genio ni para el héroe, sino para la humanidad misma. Las grandes multitudes febriles no han venido al mundo para servir de pedestal inerte a los triunfadores ni de abono miserable destinado a nutrir la flor de la sublimidad que, a semejanza de cierta misteriosa planta del Brasil, sólo abre sus pétalos durante la noche, a hora incierta, una vez cada siglo. En todo caso los héroes y los genios son para la humanidad, o no son tales héroes ni merecen siquiera el nombre de genios. No por natural es la ley del más fuerte la que debe regir entre los hombres, aun suponiendo que sea posible saber en nuestros días quién es el más fuerte en la naturaleza: si el gran carnívoro superviviente de la fauna terciaria o la legión de infusorios que viven a su costa y acaban por destruirlo.

La vida es de todos; el mundo es para todos; la obra humana, la civilización humana pertenece a todos, según aquella fórmula del pensador catalán que recordábamos antes: «la mayor moralidad, la mayor inteligencia, el mayor bienestar posibles para el mayor número posible». A eso se encamina, a eso debe tender la civilización, para resolver las aparentes iniquidades de la existencia y, ante todo, el abuso de superioridad, la tiranía del fuerte contra el débil. Tal es el sentido de la piedad, de ese espiritualismo que permanece en torno nuestro, como el ambiente y el clima moral de nuestras almas, aun después de haber sido rota la unidad cristiana en cuanto al culto, al dogma y al poder, por el nacimiento de las sectas, por el laicismo de los estados, por la indiferencia practicante. Pero contra esta esencia, en cierta manera intangible y respetada de todos, contra este orden de sentimientos incorporado a nuestra alma y a nuestra sensibilidad como un hecho definitivo e irrevocable, ha habido últimamente quien se decidiese a levantar franca bandera, inflamando a las juventudes desde el mismo centro de Europa e inculcando una suerte de misticismo violento como una calentura. Prestadme atención, que voy a repetir palabras textuales.

La voluntad de potencia

«¿Qué es el bien? Todo lo que exalta en el hombre el sentimiento de la potencia, la voluntad de potencia, la potencia misma. — ¿Qué es el mal? Todo cuanto tiene sus raíces en la debilidad. — ¿Qué es la felicidad? El sentimiento de que la potencia *crece*, de que una resistencia es sobrepujada; no el contentamiento, sino siempre la potencia; no la paz a toda costa, sino la guerra; no la virtud, sino el valor (virtud según el sentido del Renacimiento, *virtus*, virtud sin «moralina»). Perezcan los débiles y los fracasados: primer principio de nuestro amor a los hombres. ¡Y que haya todavía quien no les ayude a desaparecer! — ¿Qué es más pernicioso que el mayor de los vicios? La *piedad*, que promueve la acción en favor de los vencidos y de los exiguos: — el cristianismo.»

Así empieza, señores, por si no lo recordabais, *El Anticristo*, de Nietzsche; así termina, así es todo el opúsculo y la obra entera del terrible visionario de Roecken. Nietzsche descorre el velo de la corrupción humana y la descubre en todo aquello que aspira conscientemente a «la virtud», a «la

naturaleza» divina. Corrupción, según Nietzsche, es sinónimo de decadencia, y todos los valores que actualmente resumen las aspiraciones supremas de la humanidad son *valores de decadencia.* Una historia de los «grandes sentimientos», de los «ideales de la humanidad», daría, a su juicio, la explicación de las causas que han producido la corrupción del hombre: todos ellos son valores de degeneración, valores nihilistas. Importa, por lo tanto, remover de arriba abajo el mundo de la piedad, desenmascarar la genealogía de la moral, situarse más allá del mal y del bien, y conseguir una transmutación implacable de los valores que equivalga a la realización de la *voluntad de potencia...* Y aquí nos encontramos, por fin, ante una negación plena, franca, absoluta; ante la negación por excelencia.

Comparados con ella, señores, ¡qué tímidos, insubstanciales y fofos resultan los grandes demoledores y «anticristos» de la historia, espanto, algún día, de las conciencias timoratas! ¡Cuán enclenques y epidérmicos parecen a su lado la impiedad de Voltaire, el realismo de Diderot y la chiquillada del 93, que nada osaron contra ese mundo intangible de sentimientos y disposiciones de conciencia, sino que antes bien pretendie-

ron restaurarlo, restituirlo a su pureza originaria! Jesucristo pasaba entonces, al fin y al cabo, por un excelente *sans-culotte*. El mismo Kant, en la *Crítica de la Razón práctica*, establecía que el concepto cristiano del bien absoluto «es el único que satisface a la exigencia más severa de esta razón práctica». Y la musa generosa de Schiller se entretenía en cantar una por una todas las bellas virtudes, todas las piedras preciosas de la gran diadema — sin sospecharlas de sofisticación por la «moralina» — en aquellas canciones, baladas y leyendas que son el breviario poético de la clemencia y la fraternidad entre los hombres: pureza en *Fridolin*; amor estático en *El caballero de Toghenburgo*; sacrificio por la fidelidad en *Los amigos*; victoria sobre sí mismo en *El dragón de Rodas*; himno supremo de la vida y del alma inmortal en *La campana*, es decir, todos los valores de decrepitud, todos los valores de corrupción y vileza, según la tabla flamante que tenemos a la vista.

El peligro en casa

No más de veinte años han transcurrido desde que comenzaron a llegar hasta nosotros las primeras muestras de la formidable revisión, acogidas aquí, como en el resto del mundo, por la bienvenida fervorosa de la gula intelectual. Y ahora sería el momento de revisar, a nuestra vez, las precipitaciones y temeridades del *snobismo*. Esta voracidad incontinente y absoluta, no se suele determinar por el provecho real, sino por el goce momentáneo; no sigue a la admiración reflexiva, sino a la estupefacción fulminante; y, como he dicho en otra parte, hay quien sabe escribir de una manera prodigiosa, pensar, idear cuando sólo se trata de traducirse a sí mismo, pero no sabe *leer,* lo que se llama leer, en toda la extensión del vocablo, es decir, desentrañando las potencialidades ocultas, explosivas y monstruosas del papel impreso que cayó en sus manos. De mí os diré que semejante lectura me impresionó profundamente, con una impresión de profecía. Toda seducción literaria se desvaneció, para mí, en un espanto casi fisiológico, y no pude participar de aquel entusias-

mo candoroso por unos libros que revelaban, como todos los libros de verdadero empuje, un estado latente de la conciencia, una fermentación de conciencia, digna esta vez de todas las reservas harto más que de todos los agasajos.

Este estado latente, señores, tal como yo creí entreverlo, tal como han venido a revelarlo otros libros confluentes, tal como lo ha descubierto la realidad misma, era la negación, la subversión radical, en los accidentes y en la esencia, de toda la ley dentro de la cual nacimos y es cuerdo pensar que debemos morir. Era la subversión radical de todo el sistema de ideas, de sentimientos, de aspiraciones y de esperanzas, al cual me siento vinculado por mí mismo y por obra providencial, por el hecho de mi raza, por el principio de contigüidad territorial y psicológica que rige la estructura del mundo, por el verbo que palpita en mis labios y, en fin, por la fuerza misteriosa de los átomos que forman mi ser y circulan en mis venas, impregnados de una tradición inexorable y remotísima. De todo eso quiso advertirme el instinto, pero otros no lo vieron o se negaron a reconocerlo hasta que el árbol hubiera dado sus frutos; y el enemigo, el enemigo que parecía no respirar sino más allá de las fronteras, entró de rondón en nues-

tra casa, se deslizó en el alma de muchos de los nuestros, y en ella está todavía, furtivamente, ocultamente, con sorpresa de los mismos que le franquearon la entrada, pero no sin haber roído y hecho mella visible en nuestra psicología, en nuestras costumbres, en nuestro sentido de la existencia y en nuestra cordialidad, esto es, en nuestra piedad, haciéndonos de rechazo más duros y más implacables sin habernos vuelto más poderosos.

El contagio, señores, no se ha limitado a las palabras, a un cambio de nomenclatura. Al cambiar la nomenclatura y hablarse de «transmutaciones», de «superaciones», de «valor» y «no valor», de lo «amoral», de lo «premoral», se han invertido también muchas ideas y muchas inclinaciones del alma. ¡Ah, no! No es cierto lo que pensaban o proclamaban muchos, en tono de excusa, cuando nos decían: «Ved que no hay razón de alarmarse ni es caso de creer que esté en peligro la corriente milenaria de la humanidad superior. Se trata de simples *pamphlets* filosóficos, endiablados de sorpresa y de estilo, sin duda, pero no de grandes obras doctrinales. Además: conviene no salir del tono metafórico en que fueron concebidos ni olvidar que, en parte, lo fueron entre delirios de

enajenación...» Eso decían; pero eso, todo eso, es precisamente lo que les hacía y les hace sobremanera temibles. Son esos opúsculos, precisamente, hijos tardíos del fanatismo y la locura, los que poseen una misteriosa, violenta eficacia, que jamás tuvieron de por sí los pesados mamotretos de biblioteca, los tratados didácticos monumentales. Es un *Corán,* como el de Mahoma; es un *Contrato social,* como el de Rousseau; es un *Anticristo,* como el de Nietzsche; son los grandes perturbados, como Rousseau y como Nietzsche, los verdaderos, temibles, irresistibles perturbadores de muchedumbres humanas, no los tratados monumentales que vienen después. Así sucedió siempre, así ha sucedido ahora; y una experiencia trágica y cien veces repetida debería advertirnos, mejor dicho, nos advierte sin interrupción, de la facilidad con que las metáforas se convierten en axiomas y los axiomas en crímenes.

La voluntad de justicia

Es necesario oponerse a ellos. Hay que evitar el crimen que amenaza a la civilización misma, en su raíz espiritual, y es preciso vigilarlo y acorralarlo, principalmente en nuestra conciencia. Desterremos de ella toda bastardía corruptora, volviendo a la incorrupta espiritualidad, que ha constituído el objeto de nuestra meditación. Guardémonos del «enemigo», del intruso, es decir, de la negación de nosotros mismos en el orden personal, social y político. Dejémonos de refrescar viejas doctrinas de Maquiavelo, y de ofrecerle el patriarcado de honor de todos los canibalismos sociológicos de nuestros días. El poderío, la fuerza, las expresiones dinámicas de la colectividad, no son fines en sí mismos, sino sólo condiciones y garantías de cosas más altas: la felicidad de los hombres, por imperio del bien. Nos repugna reducir a un tema de *folk-lore*, a una glosa inacabable sobre el proverbio de que el pez grande se come al pequeño, toda la substancia de las empresas políticas. El genio, para nosotros, no se identifica con el cinismo, y creemos que el

mundo ha andado gran trecho desde los días del *Roman du Renart*. Algo se subleva dentro de nosotros cuando oímos equiparar la noción de fuerza con la de derecho, tomar a la potencia como límite de la moral, y reducir por lo tanto la civilización a un simple problema de zootecnia encaminado a obtener grandes reproductores o magníficos ganapanes. La negación del derecho a la vida para los débiles o los vencidos, es la negación del progreso ostensible en tres mil años de esfuerzos; es el retorno a los estados primitivos de salvajismo o de naturaleza, deshonrados previamente con el disfraz de un ropaje teórico y de una pedantería trascendental.

Precisamente la tutela del débil contra el fuerte, del derecho contra la violencia, esto es, la limitación, constituye el distintivo supremo de la vida civilizada. Honor del espíritu humano, de la idealidad latina, recta, íntegra, absoluta, es haber descubierto, y mantenido, y proclamado que el último de los mendigos, que la más despreciable bestezuela de las que pueblan la tierra y el aire, puede tener razón contra toda la humanidad conjurada para negársela. Nunca trabajaremos bastante para la exaltación de los individuos y de los pueblos hasta el máximo rendimiento y el máxi-

mo esfuerzo, para asegurar la máxima perfección de la vida; jamás deploraremos demasiado que nuestro contenido ideal no esté servido por una coordinación o disciplina de las voluntades equivalente a su nobleza, a su inextinguible y preclara dignidad histórica. Pero guárdenos Dios de cifrar en la potencia el objeto final de nuestros deseos, sin grabar por encima, cien codos por encima de la voluntad de potencia, *la voluntad de justicia,* único sentido racional del mundo, de la vida y de toda la civilización.

Visiones de Andalucía

En el tren

Guárdete Dios, lector, de encontrar en tus viajes un «hombre práctico» que se proponga hacer tu felicidad a pesar tuyo. Ese hombre suele ser un habituado, un profesional de la locomoción. A veces resulta viajante de comercio, a veces turista inexorable en las cuestiones de *confort*, a veces inspector de esto o de lo otro, que va de provincia en provincia con la ardua misión de justificar dietas. Si el hombre práctico te presume algo inexperto, no te dejará a sol ni a sombra en todo el camino, te prodigará los tesoros de su erudición ferroviaria, se convertirá en tu mentor, tu guía y tu providencia. Reconocerásle en su gorra calada hasta las orejas, en su cubrepolvos de automovilista o en el imperio con que habla al conductor, a los revisores, a los pasajeros. Él te iniciará en todos los secretos y tranquillas del

tren. — Deje usted algo en cada asiento, — te dirá; — que parezca todo ocupado. Aquí este saco; ahí la sombrerera; allí el gabán. ¡Muy bien! Y ahora, que nos entren moscas...

¡Pobre de ti si te achicas! Aquella curatela, comparable a la del «pretor de los peregrinos», degenerará muy pronto en una de las formas de tiranía más molestas que se conocen. Tratas de acomodarte y preparar tu sitio. — Pero, hombre — gritará — ¿qué hace usted? ¿De cara a la locomotora? Esto es un solemne disparate... De espaldas, siempre de espaldas. ¿No ve usted la dirección del humo? Se conoce que a usted no le espantan las conjuntivitis. — Sales al pasillo, te asomas a la ventana del coche, pasa la carretilla de las almohadas de alquiler y, como no encontraste puesto en el *sleeping*, te dispones a tomar una para la noche. — ¡Deténgase usted, desgraciado! — vocifera, poniendo sobre tu hombro una mano de acero Siemens; — aparte de que esto es proteger la explotación más indecente y usuraria que existe sobre el planeta, ¡el mil por uno!, ha de saber usted que los laboratorios microbiológicos han comprobado en esas fundas la existencia de cuatrocientos gérmenes patógenos por centímetro cuadrado: el neumococo, el estreptococo, el del

tétanos, el del carbunco, el del ántrax, el de la sarna... — No diga usted más, — contestas tú, horrorizado y con los pelos de punta, soltando la almohada que ya habías recogido y rescindiendo el contrato de locación de cosas muebles, que estabas a punto de perfeccionar.

Pues bien: desde aquel momento eres hombre al agua y en vano será que insinúes al viajador experto que tú no naciste para hombre práctico, ni malditas las ganas, y que lo único que deseas es entregarte, con santa ingenuidad, a los lances, peripecias y eventualidades de la excursión. Tu doctor Tirteafuera no se dará por entendido y no te dejará ni comprar unos fresones en Aranjuez, ni tomar un vaso de vino en Valdepeñas, ni beber agua en Marmolejo, ni curiosear, en suma, las chucherías y artículos locales que va ofreciendo cada estación, porque todo ello es trampa, veneno y engañifa.

Nada, sin embargo, logra exasperarle en la medida del coche-restaurant. El coche-restaurant es su enemigo irreconciliable; constituye su obsesión y su idea fija. Trátase de una acumulación de viejos rencores, de una extravasación de la bilis, que frisa en verdadero *odium theologicum*; y ha de costarte Dios y ayuda el desprenderte de las garras del

viajero práctico y profesional para encaminarte al comedor ambulante y hacer lo que hacen las gentes inexpertas y que no están todavía en el secreto. Algo así me ocurrió ahora, camino de Andalucía. Corté como pude la discusión, subscribí a las ventajas económicas y de todo linaje que la cesta-almuerzo ofrece sobre la minuta del restaurant, pero sin temor a la inconsecuencia entre el principio y el acto, gané el pasillo y entré en la movible sala que, encendida y luminosa como un ascua de oro, rasgaba la obscuridad de los campos.

Claro está que los detractores del coche-comedor no andan objetivamente desatinados. El cubierto es siempre el mismo; el servicio, la vajilla, los camareros sonlo también. A esta hora, en los mil y pico de expresos y trenes de lujo que deben de circular por las líneas europeas y ultramarinas a que alcanza su organización, la Compañía Internacional de Wagons-lits distribuye el mismo *consommé,* el mismo filete de lenguado inconsútil, la misma ternera en láminas, los mismos guisantes con manteca y el mismo asado de pollo, leñoso y bruñido como un *stradivarius.* Todo parece de munición, artificial, cuando no usado y de lance. La rapidez del trayecto, la necesidad de dividir

el servicio en tandas, imprimen una velocidad correlativa a los camareros que, con su uniforme color de tabaco y sus vivos y collarines amarillos, van y vienen y andan y conducen la cena con un andamento furioso. Es un vértigo de bandejas que huyen, de fuentes que giran, de platos voladores; y acabamos por no saber si se cena en realidad o si caímos en poder de una *troupe* de funámbulos y malabaristas que se divierten con nosotros, ensayando un pintoresco número de «variedades» como el que hace algunos años ofrecían los Perezoff en el Tívoli. Uniformidad, velocidad: he aquí dos de los grandes signos y fatalidades de nuestra época, realizadas por ese internacionalismo nivelador de que la compañía de coches-camas viene a ser a la vez un producto y un instrumento.

Así lo reconocía de nuevo, la otra noche, en el expreso de Madrid a Sevilla. Pero, con todos sus inconvenientes, no puede negarse al coche-comedor el relativo y valioso servicio de consumir una hora en agradable distracción, de romper la monotonía del viaje nocturno, de alegrar los ojos con una fiesta de luz y de cristales chispeantes, de dar pasto a la observación y avivar la fantasía. Allí se congrega momentáneamente el pasaje disperso:

sesenta, ochenta, cien personas que viajan obedeciendo a los más variados y contradictorios estímulos y aun a los pretextos más fútiles. Henos, pues, ante un cuadro genuinamente contemporáneo y ante una forma de la vida producto de la fabulosa, más todavía que agradable, transformación industrial del mundo. He aquí al clásico *globetrotter*, al legítimo *mister* en Andalucía, que quiere saberlo todo, que lo husmea todo, que consulta la guía de ferrocarriles, que pregunta por el nombre de cada ciudad, de cada villa y de cada apeadero y que se siente defraudado porque los mozos, en las paradas, *no exclaman estaciones*. He aquí la pareja almibarada, en viaje de novios, que bebe a hurtadillas en la misma copa, pica del mismo racimito de uvas y nos recuerda, dulcemente, melancólicamente, la ironía de *El hombre de mundo*: «volveré dentro de un año».

En otra mesa, una familia taciturna toma su colación; su porte y vestido revelan lo apresurado del viaje, una noticia de enfermedad, acaso una pérdida dolorosa. A su lado, un negociante repasa sus facturas, entre plato y plato, o combina un plan de ataque contra el deudor insolvente que le ha sacado de sus casillas. Ese que viene después es el diputado en excursión política, que va a poner

la primera piedra del monumento que no ha de construirse nunca o a inaugurar las obras del pantano que no se llenará jamás. Y luego el enorme levitón universitario y las gafas doctorales del sabio tudesco — ¿botánico, filólogo, ceramista? — que prepara un estudio de su especialidad, para agotar la materia con todo el rigor de los métodos. Y más lejos unas señoras inglesas que a distancia tomamos por jóvenes y de cerca resultan sexagenarias, que parece que ríen pero no ríen, que gastan unos sombrerones heredados de *Pamela*, la heroína de Richardson, que andan llenas de gemelos, de damajuanas y de objetivos fotográficos cruzados en bandolera y que, cuando uno aguarda que rompan a hablar en voz ronca y hombruna, se descuelgan con un registro tenue y aflautinado de cajita melódica, de mandolina, de pajarillo.

Y, mientras tanto, el tren rueda a través de la soledad y de la noche, llevando consigo todo ese mundo de afectos, de ilusiones, de esperanzas, de intereses, de pesadumbres, de frivolidades y de tragedias que supone una aglomeración humana algo numerosa. El azar los reúne y baraja por una noche, en virtud de sus leyes inasequibles; pónelos en contacto momentáneo, y otra vez se dispersan al nuevo día siguiendo sus órbitas divergentes

hasta lo infinito. De ese cúmulo de viajeros, escasamente el uno por ciento lo hubieran sido hace sesenta años. Lo que ahora representa el coche-comedor, eso suponían entonces los mesones y las ventas, las posadas y paradores de las diligencias antiguas. Allí comían, allí cenaban o dormían unas horas, mientras se mudaban los tiros o se transbordaba a otra galera o *silla volante*. Allí ocurrían los encuentros inesperados, las «anagnórisis» y desenlaces novelescos, tantas veces explotados ya en las comedias de Tirso y en las *Ejemplares* del manco portentoso.

Ahora, acicalados y elegantes, nos sentamos para yantar, a las mesitas de un vagón todo lujo y brillantez; pasamos así unas cuantas horas y dormimos luego algunas más, sin interrumpir la marcha. Parece que acabamos de salir de Madrid; y Sevilla, que no hubiéramos encontrado hace medio siglo sino al cabo de seis o siete días de peregrinación, empieza a remozarse ya, a empaparse de rocío y teñirse de aurora, para recibirnos, a las nueve de la mañana, con la divina sonrisa de su juventud, eterna e inmarcesible. Gautier, Edgardo Quinet, Alejandro Dumas, son de ayer todavía; nuestros padres los conocieron; muchos de nosotros los hemos alcanzado. Pero, ¿qué es ahora

de las penalidades y lentitudes de sus viajes famosos, a pesar de nuestra deficiente europeización? ¿Qué queda de aquel pintoresco itinerario, entrando por Fuenterrabía, y del alto en Astigarraga, y el pasaje de Pancorvo, y los peligros de Sierra Morena, y el vistoso colorido del mayoral, los zagales y los *escopeteros*? ¿Qué del obligado vuelco de la diligencia, del trabuco de José María, de la muleta de Montes, el genio de Chiclana, o de la rapacidad de los venteros malcarados? M. Homais, que viaja también con nosotros, porque se le encuentra siempre en todas partes, se felicita de la transformación y entona un himno a la locomotora, «ese símbolo del Progreso»...

Sea enhorabuena. No hay ya, efectivamente, zagales pintorescos ni venteros rapaces, pero los dependientes de la Compañía Internacional de Coches-camas, con su uniforme, irreprochablemente, correctísimamente empalagoso, y mediante unas facturas muy lindas tiradas a tres colores, nos cobran dos o tres pesetas por un desayuno de café con leche o por unos huevos pasados por agua, que toman, a esta misma hora, en centenares de trenes rápidos, millares de viajeros servidos con arreglo al mismo figurín culinario, económico, lingüístico y documental. No nos acompañan ya

los equívocos escopeteros para librarnos de los salteadores, pero la guardia civil patrulla para proteger a los que trabajan o circulan contra los que huelgan. No hay, en fin, vuelcos de calesas o sillas de posta, pero sí descarrilamientos terribles, voladuras espantosas y temor de bárbaros *sabotages*. La substancia del mundo cambia muy poco: puede decirse que se mantiene invariable, idéntica a sí misma. Sólo mudan los accidentes, las apariencias, las envolturas... Y, mientras mis reflexiones divagan de esta suerte, el tren corre ya por la gran llanura sevillana: el feraz *aljarafe* o paraíso de los poetas arábigos.

La Sevilla ideal

Tierras y ciudades hay —pensaba yo, aproximándome a Sevilla— que pertenecen por entero a los dominios de lo prosaico. Las centurias transcurrieron en balde para ellas. Ni las encendió el beso de la Poesía, ni han conseguido ennoblecerse con una tradición, ni el árbol de la leyenda pudo arraigar y florecer en sus contornos. Tierras de aridez espiritual, sin vegetaciones ni lozanías imaginarias, apenas tienen nombre más que para el geógrafo y el registrador de la propiedad. Si las

visitan alguna vez el utilitarismo, la transacción, las bajas preocupaciones de la existencia, nunca la Palabra creadora removió sus entrañas con la anunciación de los grandes alumbramientos del arte: de ese arte que es también cabeza visible y vicario de lo eterno sobre la tierra.

Pero Sevilla, no. Sevilla es de aquellos nombres que fulguran en la historia, desde los más remotos siglos, con puro destello de inmortalidad. Ya desde lejos, al descubrirla en lontananza, nos sentimos invadidos y medio turbados por la ráfaga olorosa que viene de sus cien vergeles de fantasía. Diríase que flota en el aire y como recién abierto, un camino de luz entre neblinas o vapores de oro, hasta el último confín; y en este surco, que es proyección de nuestra propia mente queda la vibración casi imperceptible y etérea de unas alas que acaban de batir, el rastro de ambrosía de los inmortales y algo, en fin, que parece decirnos: por aquí ha pasado la Gloria. ¡Y de qué manera! Ha pasado, dadivosa y triunfal, una y otra vez en el transcurso de los tiempos históricos o conocidos, durante tres mil años, aportando en cada nueva aparición el tributo de otra edad, de otro idioma, de otra cultura, de otra figuración poética y de otro arte magnífico y supremo.

Sevilla tiene que luchar con el agobio de su propio renombre. Sobre la población de piedra y ladrillo, levántase otra población espectral e incorpórea pero más vasta todavía, con sus alcázares de ensueño, y sus florestas que no se marchitan jamás, y sus personajes que no mueren porque nunca nacieron a la vida terrena y sólo se hacen perceptibles a los ojos del espíritu. Aquí ha descubierto la humanidad de todas las épocas uno de sus contados paraísos y ha querido convertirlo en foco perenne de inspiración, de elaboración ideal, que trabajando sobre la materia la enriqueció con un tesoro de monumentos y recayendo sobre la palabra o la nota la ennobleció con un tropel de creaciones. Y así ha podido salir de la mano de los siglos la ciudad-joyel, la ciudad-leyenda que el mundo ha inscrito en el corto inventario de sus maravillas y títulos de honor, y que de vez en cuando se ensimisma bajo el peso de tanta gloria, como una beldad abrumada por las rosas y laureles que llovieron sobre ella, avergonzada por el mismo ardor que esparce en torno suyo.

En mal hora — pensaba también — se me ha deparado este viaje y la ocasión de referirlo. Andalucía atraviesa actualmente un período de impopularidad, literaria sobre todo. Representa este

desvío de la moda algo así como un desquite o secreta venganza contra el secreto agravio de haberla monopolizado durante tanto tiempo. El ceceo disgusta a muchos *snobs*; consideran que la antigua «sal» está en decadencia y los chascarrillos andaluces parécenles interminables y pesados en comparación con los aragoneses y aun con los vizcaínos. Además: desde que el desastre nos puso serios, los escritores jóvenes, siguiendo una sugestión en gran parte extranjera (Barrés, Verhaeren) han emprendido una revisión de los valores nacionales que ha sido perniciosa para la antigua Bética, culpable según muchos de haber calumniado y desfigurado constantemente a España, desde los días de Merimée a los ya olvidados de Marcial, con el repique de sus crótalos y el serpentear provocativo de sus danzatrices:

Nec de Gadibus improbis, puellæ
vibrabunt sine fine prurientes
lascivos docili tremore lumbos...

La nueva poesía y casi toda la nueva literatura castellanas han venido a resolverse en una inmensa, interminable elegía nacional, que llora los tiempos presentes o evoca, con nostálgica obstinación, el imperialismo seiscentista de los aventureros y con-

quistadores del mundo. Los intelectuales de Madrid volvieron hace tiempo la espalda al jardín andaluz y dieron en concentrarse y abstraerse en la contemplación de las llanuras de Castilla, que una imagen ya tópica nos obliga a llamar pardas como el sayal de sus penitentes o como la capa de sus labriegos enjutos. Ante el dolor de su patria, la sonrisa del oasis del sur les pareció irreverente y medio sacrílega. Adoptaron el culto de la austeridad; entregáronse a la acre delicia de la maceración y la aridez de espíritu; odiaron la alegría como un ultraje a sus presentes infortunios y execraron la guitarra, las castañuelas y los trofeos taurinos como símbolos y estigmas de degradación o esclavitud juglaresca. En suma: mostráronse irreconciliables desde entonces con cuanto significara voluptuosidad meridional y dulzura de la vida, hasta el punto de considerar sospechoso de filisteísmo todo lo que, en el teatro y en las letras, trascendiera a Guadalquivir.

¿Cómo atreverse, pues, a entretener a la gente con ese plato recalentado de unas «impresiones andaluzas»? Por bien muertos y enterrados, artística y literariamente, hemos de dar la juerga, y el bolero, y la pandereta de madroños, y todo el antiguo *genre andalous,* destinado al consumo

de una Europa no menos superficial y ridícula que las mixtificaciones que le servimos. Pero, todo ese arte mercantilista y subalterno, toda esa Sevilla amañada y de exportación, ¿pueden eclipsar e invalidar la otra: la grande y perenne, la que movió a los más selectos espíritus, caldeó las más espléndidas imaginaciones, y recibió la consagración del arte universal que la adoptara para fondo de creaciones en extremo peregrinas y deliciosas?

Se ha dicho que todos los hombres son un poco los países en que vivieron o por donde pasaron, que algo de ellos se les incorpora y hacen suyo para siempre. Con harta más razón puede decirse que los lugares se impregnan de la vida humana a que sirvieron de cauce y retienen la esencia de los personajes reales o fantásticos, positivos o incorpóreos que allí tuvieron su teatro y su ambiente. El alma de un pueblo o de una ciudad, ¿qué es si no la emanación de las altas cosas que allí sucedieron: de las fiebres, de los amores, de las tragedias y de los arrobos que por allí pasaron con verdad histórica, o que allí colocó la fantasía, en virtud de misteriosos pero casi siempre certeros estímulos? No hay sitio ni monumento que merezcan el nombre de famosos hasta que una

tradición se haya adherido a sus piedras, hasta que una leyenda y un hechizo de seducción espiritual corran diluídos en su aire y nos envuelvan en la blanda complicidad de sus deliquios o en la exaltación de sus furores. Florencia no sería Florencia si no atravesara la solemnidad de sus plazas señoriles y de sus palacios silenciosos la sombra de Dante atormentada por visiones de infierno y edad media. Verona no sería Verona si allí no se hubiera alzado el balcón de Julieta, abierto al rayo de luna y al canto de las alondras que saludan el amanecer. Leipzig tampoco sería Leipzig si el doctor Fausto no hubiese paseado por los alrededores de la ciudad, bordeando la sensual *kermesse* del domingo, su sed de juventud, su tedio de los libros estériles, su mortal pesadumbre de la vida desperdiciada.

Y lo mismo Sevilla. La historia y la ficción, la fantasía y la realidad, lo dramático y lo gracioso, el picarismo y la mística, prodigáronle de consuno sus dones. Sobre Sevilla se cierne una de las más intensas atmósferas de embriaguez poética que haya respirado pueblo alguno en la edad moderna, sin contar la que ya debió en su día a los pueblos antiguos, a los romanos y a los árabes, a don Pedro y a doña María de Padilla, a Mañara y a

Tirso. Beaumarchais la escogió como escenario ideal de su obra y tuvo la feliz delicadeza de poetizar y teñir de rosa el sainete español al encerrarlo dentro de sus muros, como quien templara las crudezas de Goya con lindas coloraciones y retoques de Watteau. Y desde este punto Sevilla fué una de las grandes ciudades adoptivas de la nueva inspiración, una de las tres o cuatro metrópolis poéticas del romanticismo, gemela y rival de Venecia en el señorío de las almas apasionadas o en el refugio confidente y protector de las felicidades furtivas.

No en vano se desgranaron y flotan todavía en las ondas del Guadalquivir tres gentilísimas versiones de la melodía eterna: Mozart, Rossini, Bizet, que estremecieron las florestas sevillanas con el gemido de sus violines celestes, con el gorjeo ensortijado de sus florituras, con el rugido de sus trompas fulgurantes. No en vano los versos de fuego de *Childe Harold* y el moroso perfume de las *Orientales*, vibraron y se esparcieron en ese cielo purísimo... ¿Qué quedará de toda esa seducción, de toda esa conspiración de voluptuosidades dispersas? ¿Dónde estará Rosina, donde doña Ana, y en qué puesto y qué calle el famoso número *quindici* de la barbería famosa? ¿Sería aquí, en

este jardín solitario, donde Leporello desplegó su interminable historial: *Madamina! il catalogo è questo...*?

Y así, bajo el temor de la decepción, el tren llega a Sevilla, y el viajero acomoda su equipaje y se dirige a un hotel, no sabiendo qué sobrevivirá mañana de todos los prestigios y visiones que trae en la mente: de la ciudad ideal que gravita sobre la de piedra y ladrillo.

Del primer día

Es ciertamente un método poco recomendable ese de querer verlo todo el primer día; mas, por la misma razón y como tantas otras cosas no recomendables también, suele ser el preferido. Al encontrarme en Sevilla, por ejemplo, y saltar de la cama, ¿qué hará uno, más que acercarse al balcón, separar los visillos y mirar hacia arriba, para enterarse del tiempo? Y si llega a sus ojos la caricia de una luz rubia que resbala sobre los remates de los edificios, y si abre las puertas e invade su habitación y llena sus pulmones una ráfaga de aire bienhechor y caliente, en un día de otoño que parece primavera, ¿cómo resistir

a la tentación de echarse en seguida a la calle, corriendo de aquí para allá sin guías, sin Bædeker, sin cicerones, sin plan, sin rumbo fijo, sin continencia, con gula de muchacho metido en una despensa ducal?

Pues así también el viajero que no aspira a la condición de práctico, ni quiere disfrutar de su visita sabiamente y por principios, sino entregarse al propio tumulto de la exaltación que se difunde por su cuerpo y penetra y circula en sus venas con el beso del sol y la tibieza del aire. Al viaje que ahora realiza y en el cual por ventura no pensó jamás, precedieron largas lecturas de descripciones y relatos, largas admiraciones de grabados y vistas. Los monumentos que va a contemplar dentro de un instante, familiares le son desde la niñez por ese conocimiento mediato de la literatura y las reproducciones gráficas. Siéntese atraído por ellos en razón directa de su magnitud, de su celebridad, de su universal nombradía. Experimenta acaso aquella incertidumbre o como inconfesada angustia del prometido que sólo por el retrato conoce a su futura desposada y desconfía, en virtud de anteriores experiencias, de todos los medios de representación visual, porque en todos, aun los más eficaces y celebrados, hay algo

de incompleto, de insuficiente y de engañoso. Teme destruir aquel trasunto o arquetipo de perfección y belleza que trae en la mente, para substituirlo con una realidad, con una *verdad* relativa, inferior y concreta, y aun quisiera moderar el paso para diferir unos cuantos minutos la temida decepción y conservar intacto aquel mundo de formas puras y divinas...

Pero no. He aquí que se proponía entrar, antes de todo, en la Catedral; y la Giralda le detiene, con su inexplicable, con su irresistible hechizo de maravilla y simplicidad. ¿Cuál es el secreto de esta torre, gentil y femenina, en quien la arquitectura parece haber rebasado sus límites privativos invadiendo el área de otras artes, despertando emociones extraarquitectónicas, como la música se hace literaria a veces, o la pintura se resuelve en lirismo y vaguedad musical? Ella nos parece estar más allá del mundo de la piedra y del arte de la construcción y alcanzar un vago poder de cosa animada y viviente que la acerca al reino de la idea y señala un tránsito posible entre las artes figurativas y las arbitrarias u ornamentales. Ella sobrevive a todo: a la vulgarización y el manoseo que la prodigan en carteles de feria y anuncios de toros, a las etiquetas de ani-

sado, a las marcas de fábrica y a la muchedumbre de cromos y reclamos de estos que suelen hallarse, mustios y comidos de moscas, al cabo de los años mil, en el comedor de las fondas pobres. Ni siquiera han podido acabar con su prestigio los «recuerdos de Sevilla» ni las enojosas pinturas en pandereta, en plato, en porcelana y en molusco, salvación de tómbolas cursis y adorno de pianos sin afinar, que tanto se afanan en su descrédito.

De todo triunfa y a todo resiste el alminar con su gallardía, con su elegancia, con su eterna juventud. En esta mañana purísima, rasgando el cielo de turquesa, constituye una fiesta y un regalo de los ojos. La Giralda ofrece una fusión de colorido en extremo suave y grata. El tono claro de la piedra en las aristas, el sonrosado del ladrillo en los entrepaños, el candor del mármol en los balcones, aberturas y ajimeces, hacen pensar en una virgen, ruborizada y sonriente a la vez, que enseñase las perlas de su boca veladas por el arrebol de las mejillas. Los ordinarios materiales de construcción sujetos a tal esbeltez de líneas, tratados con tanto esmero y minuciosidad, bañados de luz y de éter, llegan a tomar en la altura apariencias de cosa noble y rica, de leñas talladas y olorosas. El monumento adquiere visos de alhaja;

y ahora se nos presenta como un coloso, y después, olvidadas las proporciones y los términos de comparación, como un lindísimo juguete. De nácar y marfil es la impresión que deja en la retina el viejo alminar almohade, con sus ajaracas y calados en celosía, y su campanario superpuesto, y el ángel de la veleta o *giraldilla*, reluciendo al sol como una abeja de oro que se cerniese sobre las flores de aquel jarrón inmenso y elegantísimo.

Nada más riente, armónico y grácil que esa visión de alegría descollando sobre el laberinto de pináculos, botareles, terrazas, merloncillos y gárgolas de la Catedral y sobre toda la crestería erizada en el lomo del cetáceo gigantesco. Allí, a dos pasos, dando la vuelta, hállase otro edificio que fuera descomunal en otro lado y lejos de tales vecinos: es la Lonja y Archivo de Indias, que ostenta toda la grandeza sombría de su primer autor, Herrera, apellidado por Gautier «el arquitecto del Tedio». En cambio, a ese Djâbir o Gever, constructor de la Giralda, pudiera llamársele «el arquitecto de la Delicia», del contento y la voluptuosidad apacible. ¿Cómo no sentir la violencia del contraste y, antes de penetrar en el templo famoso, apurar en sus alrededores esa depresión de espíritu en que los grandes muros herrerianos

y la sombra diagonal y lúgubre que proyectan sobre la plaza silenciosa, vienen a sumirnos? ¡Panteón magnífico aquél para los centenares de miles de registros allí custodiados y en que yace todavía la historia de América, la historia de la mayor conquista, heroicidad, hazaña y disparate, todo en una pieza, que jamás haya realizado pueblo alguno! Entrar, eso ni pensarlo ahora. Para intrincarse en la selva épica de la colonización, sólo para explorar los ríos y cordilleras matrices de ese vastísimo continente, se necesitan no ya días ni meses, sino existencias enteras. Contentémonos con saludar la gran cantera donde el bloque duerme, aguardando la visita del Genio, y traspasemos la puerta ansiada de la Catedral.

Sí; esta es la Catedral estupenda, el «abismo puesto hacia arriba»; esa la nave central por donde Nuestra Señora de París pudiera pasear tranquilamente; esas las naves laterales donde cabrían otras tantas iglesias con su campanario y todo; esas las treinta y seis columnas que son torres miradas por su base y juncos en la altura; ese el templo de que se han dicho tantas ponderaciones y a cuya construcción presidieron la hipérbole y la temeridad: «hagamos una cosa tan nunca vista y tan increíble que los siglos venideros hayan de

tenernos por locos». Y la reflexión que se apodera del visitante, parece decirle: «desde que los hombres se han vuelto sensatos, la grandeza ha desaparecido del mundo». Todo lo inmortal proviene de un furor sagrado, de una demencia, de una insania, como la *insania crucis*, la más grande y sublime entre todas. Las obras de la Razón serán más útiles; serán, si tanto se quiere, más *costosas*, pero jamás tan admirables y duraderas como esas otras que no obedecen a fin práctico alguno ni se relacionan con más negocio que el de la eternidad, la gloria o el patriotismo.

La fe, el patriotismo: estos han sido históricamente y hasta ahora, en todos los tiempos de que el hombre tiene conciencia, las más grandes manifestaciones a la vez que los únicos instrumentos de la civilización. Nuestra época se ha rebelado contra lo sobrenatural y aun confía extirparlo de la vida del hombre y de la economía de las sociedades; empieza también a abjurar del patriotismo y a execrarlo en nombre de la abstracción humanidad, si puede ser reducida a abstracción pura una cosa tan heterogénea y de tantos grados y antagonismos como las diversas razas que pueblan nuestro planeta. Pues bien: hasta ahora la civilización, la cultura nunca fueron humanas, en el

sentido cosmopolita; nunca fueron universales. En miles y miles de años no han surgido jamás de otra cosa que de la fe o del patriotismo. La cultura, el arte, el pensamiento, lo más noble y excelso de la vida fueron hasta hoy producto exclusivo de las religiones o de las razas, esto es: fenómenos *místicos* y fenómenos *nacionales*. Y cuando faltó uno de tales estímulos, cuando se apagó el ideal religioso o el ideal patriótico, cuando se perdió el amor a sus signos esenciales, como la lengua, por ejemplo, la cultura enmudeció, la civilización acabó por extinguirse y también aquel pueblo hubo de retroceder desde la vida alta y noble del espíritu — la única digna de los seres racionales — a la existencia vulgar y cotidiana y aun a la simplemente vegetativa... Esto parece decir la Catedral, por revelación infusa, al visitante asombrado.

Sin rumbo

Y, después de la Catedral, la casa de Pilatos, el Alcázar, el Hospital de la Caridad, el Museo, todo cuanto recomiendan las guías al viajero diligente. Y los cuadros de Valdés Leal y los de Murillo... ¡Murillo en todas partes...! Teófilo Gautier,

hablaba ya en los días de su excursión, de esta nota tan sevillana, tan inconfundible, de la popularidad de Murillo, uno de los genios mayores de la pintura en todos los países y tiempos de la historia, y una de las reputaciones más locales, más íntimas y domésticas que hayan existido. «Es necesario confesarlo — decía paradójicamente el autor de *Esmaltes y camafeos:* — Murillo es a la vez el honor y el azote de Sevilla. No oiréis pronunciar más que ese nombre. El último capellán, el último tendero poseen una porción de tales Murillos de la mejor época. ¿Qué es esa tabla? Es un Murillo género vaporoso. ¿Y esa otra? Un Murillo género caliente. ¿Y esta tercera? Un Murillo género frío. Murillo, como Rafael, tuvo tres maneras, lo cual hace que toda especie de cuadro pueda serle atribuída y deja una admirable latitud a los aficionados que forman colecciones. Al extremo de cada calle, en cada esquina, tropieza uno con algún cuadro: es un Murillo de treinta francos que un inglés hipotético siempre acaba de comprar por treinta mil. «¡Observe usted, caballero, qué dibujo! ¡qué colorido! Es una *perla*, una *perlita*...»

Claro es que los tiempos han cambiado mucho desde 1840 acá, y que desde entonces han pasado

por Sevilla muchísimos ingleses reales y no pocos franceses, italianos, alemanes y yanquis. Pero aún así queda lo bastante en la ciudad andaluza para dejar en el ánimo de quien la visita esa impresión de haber sido una de las primeras ciudades pictóricas del mundo, así por la abundancia de la producción que atesoró, como por las sumidades o dioses mayores que llegó a engendrar y descuellan inmortalmente sobre el ancho y múltiple pedestal de la medianía y aun de la notabilidad estimable. Entonces, fatigados los ojos por la no usada reiteración de sensaciones e imágenes, con la cabeza dando vueltas de mareo o cansancio que bien podríamos llamar «vértigo de las pinacotecas», el coche se nos ofrece como una sedación; y la carrera a lo largo de las calles despejadas o de los paseos interminables y de horizontes abiertos, orea nuestras sienes arrastrando, con el aire removido y acariciador, las visiones que sobran y fatigan por exceder a la habitual resistencia de los sentidos.

Y esta es la hora plácida y reconfortante de la simple visión de conjunto, a través de perspectivas que no se nos echan encima, sino que extienden sus líneas convergentes hacia una lejanía suave, entre vegetaciones y masas de verdor a un lado

y otro del camino, entre edificios velados por jardines y sin perder de vista alguna de esas notas que, como la Torre del Oro, mantienen la conciencia del lugar que recorremos y de la ciudad cuyo aire respiramos. La Torre del Oro y su gallarda corona es también una imagen familiar que llevamos en la memoria desde niños, que desde niños nos acompaña como una de las cuarenta o cincuenta visiones arquitecturales que forman el catálogo gráfico de todas las personas medianamente cultas, medianamente acostumbradas a los documentos artísticos. He aquí el río y los barcos y vapores fondeados en su muelle, y a la otra parte Triana y su puente famoso. Este es el paseo de las Delicias, y este el Palacio de San Telmo, y aquí entramos en el parque de María Luisa, después de haber saludado la venta de Eritaña, y luego el prado de San Sebastián, que parece vibrar todavía con la vibración de las pasadas ferias, con el anhelo de las ferias que han de venir, animadas por sus corceles enjaezados de ricas monturas, y por el gallardeo de sus jinetes y amazonas, y por el repiqueteo de sus bailes juveniles en los pabellones que crujen de pasión y belleza.

Así vuelve uno a la ciudad templado por el baño

de aire y de sol poniente; baja del coche y toma asiento en un café, en un casino, en un tugurio o taberna lujosa, del barrio de las Sierpes. He aquí la calle célebre, estrecha, ondulante, asfaltada. Como por ella no pasan vehículos, se han suprimido las aceras, lo cual le da el aspecto de un largo salón o corredor, entre tiendas brillantes, charoladas, bruñidas, que desbordan de luz eléctrica. Son joyerías y camiserías, bancos y despachos de la Agencia Coock o de la Compañía Internacional de Coches camas, librerías espléndidas, círculos políticos, bars. Esa supresión de las aceras comunica a la calle un carácter *sui géneris*, como si ella fuese una continuación de las tiendas, de los establecimientos, de las doradas y chispeantes peluquerías. Abiertas a la vía pública, sin más que leves armazones y columnillas o montantes de las puertas y vidrieras, parece que Fígaro, en su *número quindici*, afeita y acicala desde el arroyo con *pomata fina*, al parroquiano que está dentro, aturdido por la irrestañable verbosidad barberil.

Los casinos tienen algo también de invernaderos o estufas de cristales, con dos o tres gradas de sillones en anfiteatro, para que desde ellos pueda contemplarse el bullicio y la circulante película de la calle, como si fuese un espectáculo de pago.

¿Será aquí, en este salón, donde los hermanos Quintero situaron idealmente los cuadros más vivos de *La dicha ajena*, las murmuraciones de corrillo, el cojo atrabiliario y mala lengua que dice las verdades al lucero del alba, las hablillas de la vulgaridad envidiosa contra el mérito o la ventura del prójimo?... Lo cierto es que a las pocas horas de hallarse uno en Sevilla, reconoce la extrema verdad *sevillana* del arte de aquellos dos agradabilísimos ingenios. Y dicho está que no me refiero ahora más que a la parte superficial y de ambiente, ya que la otra, la de psicología y entraña no puede apreciarse sino tiempo después y mediante más detenida observación y convivencia.

El efecto inmediato es este que digo: Sevilla, y sus exterioridades, y el canturreo cariñoso de su lenguaje, y las palabras sueltas que nos llegan del que llama a un conocido, del que saluda a una muchacha amiga, del que pide café al mozo; todo ese conjunto de pequeñas impresiones visuales, acústicas, de sentimiento, se apodera de nosotros con la vaga sugestión de asistir a un regocijado y culto sainete sin fin, como la melodía wagneriana, sin desenlace, siempre renovado y continuado siempre en la tónica peculiar de los dos escritores andaluces; hasta tal punto que no se sabe si ellos la

tomaron de allí o la ciudad ha acabado por adquirirla de ellos y apropiársela completamente. ¿Qué mejor elogio para su arte y la legitimidad de ese arte en los momentos de acierto y plenitud? Allí nos convencemos de la habilidad con que han trasladado a las tablas toda una población ideal de tipos graciosos o ridículos y todo el ambiente urbano y de comarca en que florecen; y llegamos a dudar sobre cuál de esas reproducciones es más eficaz y completa, si la de las figuras o la del fondo en que se destacan.

Desde luego seduce y previene en su favor la alegría de ese pueblo regocijado y expansivo, pero no soez. Miro a mi alrededor, en este café o cervecería; la concurrencia es bastante numerosa en tal instante del anochecer, pero el rumorío de su conversación no es tan insoportable como en otras ciudades o países de más al norte. Hay concurrentes de todas las cataduras, desde el señorito al menestral y aun al chulo. Hablan entre sí en voz baja, sin ademanes descompuestos, sin gesticulaciones excesivas. ¿Dónde está el meridionalismo de los sevillanos? Yo creo que los catalanes y los vascongados somos fisiológicamente más expresivos que los andaluces. Tendrán éstos mayor movilidad y ligereza, mayor locuacidad; pero no son

tan vehementes, ni imprimen a su semblante expresiones o cambios de tanta violencia, ni agitan los brazos y las manos de un modo tan extremoso. El relativo silencio de este café, el tono moderado y hasta tranquilo de esas cien conversaciones distintas, la expresión sosegada de esas fisonomías, esas manos que accionan acompasadamente, sobriamente y sin levantarse más arriba de la cabeza, son para desconcertar a quien llega a Sevilla con el prejuicio meridionalista.

Por fuerza hay algo de convencional en esas clasificaciones o son muy distintos entre sí los meridionalismos y las especies de meridionalismo de que se habla en el mundo. Los vascongados y los catalanes nos hemos considerado siempre, dentro de España, como los hombres del norte, como la raza fría, septentrional y práctica por naturaleza. En cambio, desde Europa, desde la misma Francia nos miran con la indulgente pero desconfiada simpatía que suele inspirar *le Midi*. ¿Acaso no puede consistir tal error en que nosotros seamos el mediodía de una zona y Andalucía el norte de otra, que aquí esté el sur espiritual de Europa y allá el septentrión espiritual de Africa? Sepa o no a paradoja esta sospecha, la observación sobre que se funda no es menos innegable y aun hay

fenómenos de orden intelectual que vienen ahora a corroborarla.

Hablábamos de los vascongados y de su vieja fama de hombres septentrionales, en el sentido de poco impresionables, de sensatos, de razonadores. Y, no obstante, los escritores y artistas del norte que tanto brillan ahora en la cultura española y en cierta manera le dan el tono, representan tal violencia y tal «insensatez», en el sentido noble de la palabra, es decir, como oposición a todo lo rutinario y trillado, a todo lo corriente y admitido, que jamás los escritores andaluces hubieron de parecer tan desmandados y furiosos. ¿Dónde está, por ejemplo, la cordura septentrional en Unamuno, Baroja, Maeztu o Zuloaga?

Idolo arrinconado

— Ahí está el monumento de Bécquer — dijo nuestro acompañante, desde su coche, señalando un macizo de árboles junto al río. — Mañana vendremos a verlo, de día...

Pasamos de largo. Y ese mañana, como tantos otros mañana; esa visita, como tantas otras visitas que se ofrecieron mentalmente, no llegó en-

tonces y es casi seguro que no llegará jamás. La noche caía sobre los campos, sobre los jardines ribereños, sobre la ciudad bulliciosa. El cielo pasaba gradualmente del color de violeta al morado y del morado a una obscuridad salpicada de luces misteriosas y lejanas a lo largo de la avenida, sobre el puente, en los muelles y embarcaciones, en las calles y plazas, irisadas por la aureola de los focos eléctricos. Entré en Sevilla sumido en profunda abstracción. Aquel hombre había venido a resucitar en mí la memoria de toda una época espiritual, desde largo tiempo sepultada bajo el aluvión de las nuevas modas corrientes. El genio del lugar contribuía también a esa evocación poderosa de un mundo poético desaparecido y tan íntimamente ligado a las tradiciones sevillanas, a las ondas del Betis, al perfil indeleble de la Giralda y la Torre del Oro.

Estamos en 1878. Un poeta, fallecido algunos años antes, se ha apoderado del alma de su generación con una fuerza inusitada, por completo desconocida en las costumbres españolas. Zorrilla pudo tener y acaso tuvo, en efecto, mayor popularidad que Bécquer; pero no mayor *intimidad* de dominio sobre la juventud. Cuando aparecieron los dos tomos de la primera edición de sus

Obras, ordenados y prologados por Rodríguez Correa, el nombre del escritor sevillano era poco menos que un nombre obscuro y nada familiar a las gentes: el de uno de tantos periodistas de quien se habían leído varios artículos, algunas crónicas y tal o cual leyenda, acogidos más bien como condimento editorial de publicaciones ilustradas o como explicación de grabados y dibujos, que como páginas literarias de valor independiente. Sus propios versos, que tomó el público por cosa inédita y desconocida, de esas que los grandes y pequeños malogrados suelen dejar al morir, entre legajos de apuntes, cuentas no pagadas y recetas ineficaces; todos esos versos que después electrizaron a la nación reunidos en volumen, habíalos leído el mismo público, indiferente y desdeñoso, en las páginas del *Museo Universal* y en las de *La Ilustración Española y Americana,* que vino a continuarlo.

Repasando sus colecciones desde 1867 a 1874, amén de las *crónicas* que tenía Bécquer a su cargo en la primera de las expresadas revistas y de muchos trabajos que han pasado después a las *Obras* compiladas por Correa, encontré sucesivamente casi todas las rimas que fueron presentadas y aceptadas después como una gran sorpresa pós-

tuma. Los mismos lectores conocíanlas ya de antiguo, puesto que cayeron, de un modo intermitente, bajo sus ojos en las páginas de aquellas publicaciones ilustradas, entre una vista de la inauguración del canal de Suez, por ejemplo, o de la entrada de don Amadeo en Madrid y el *salto de caballo* de la sección de «variedades». Mas el hecho es que no las recordaban y que, leídas una tras otra y por separado, no se fijaron en ellas ni en la firma que traían al pie. Juntadas en el libro y rodeadas de misterio como si se tratase de una confidencia de ultratumba, su autor, muerto de miseria e infortunio, se convirtió rápidamente en el oráculo sentimental de su tiempo y fué, por excelencia, *el poeta* de los adolescentes que entraron en la vida allá por los años comprendidos entre Alcolea y Sagunto.

¿Qué halló en él aquella sociedad española, generalmente tan poco dispuesta al culto de la poesía lírica? ¿Cómo pudo conseguir el milagro de una de esas devociones personales tan rarísimamente otorgadas en nuestro país? Porque, en efecto, si algo puede recordar aquí el imperio que Musset ejerció en Francia sobre los espíritus sensibles y la adoración que acompañó y todavía acompaña a su memoria, solamente en el poeta sevillano lo

hemos de hallar. Bécquer fué «el último romántico», en cierto sentido; pero también, en otros aspectos, fué «el primer romántico» que se hizo oír en lengua castellana. Lo fué, verbigracia, en cuanto a la intensidad sentimental, a la eficacia emotiva. Puede decirse que antes de Bécquer el lirismo erótico, plenamente subjetivo y confidencial, no había tenido aquí ningún representante. Nunca fué la comunicación de sentimientos un don concedido a la musa castellana. El más grande de sus juzgadores y críticos, Menéndez y Pelayo, reconoce muy a menudo esa carencia de poder pasional y elegíaco que es, precisamente, el distintivo de la galaico-portuguesa. Y cuando apareció un Jorge Manrique la misma rareza del ejemplar constituyó la mitad de su triunfo.

Contemporáneo de Bécquer fué don Ventura Ruiz de Aguilera; y su alma palpita a través de los versos castellanos de *El dolor de los dolores*. Esta colección de elegías del amor paterno, desolado por la muerte de su hija, es la única compañera fraternal de las *Rimas* de Bécquer en toda la producción poética del siglo pasado y por lo que se refiere a la expresión de estados patéticos según los concebía y deseaba el romanticismo. Las *Rimas* del poeta andaluz han sucumbido al peso de

su misma popularidad, al cambio de orientaciones espirituales y, sobre todo, a la fragilidad de su forma demasiado débil para contener esencias tan ricas y concentradas. Mucho más patético era Leopardi, bien que su melancolía y desolación vinieran de más alto y tuvieran raíces más filosóficas que el simple desengaño amoroso o el anhelo de esas felicidades imposibles, que soñaban los estudiantes de entonces, al contemplar la vida desde el paraíso del teatro Real. Y Leopardi continúa viviendo poéticamente gracias a su forma, diamantina así por lo clara como por lo resistente.

Por la misma razón pudo haber una nube de imitadores de Bécquer, y Leopardi no los ha tenido. El vate de Sevilla poseía sin duda las más altas cualidades de tal: fantasía delicada, fuego dulce, emoción, sentido del misterio, ternura algo femenil a ratos. Su espiritualidad, aunque siempre recayó sobre temas y realidades españolas, revela un origen extranjero y hasta septentrional. El conjunto de sus obras deja la vaga impresión de un estilista muy español y hasta castizo a ratos, pero que traduce cosas exóticas nacidas entre brumas de otros países. Y en sus frases y expresiones más castellanas parece advertirse el timbre de otra mentalidad y el acento de otra raza.

A propósito de las *Rimas* se ha hablado casi siempre del *Intermezzo*. Uno y otras constituyen un pequeño breviario amoroso, del amor del siglo XIX: amor vencido, contrariado y a hurtadillas, ni tan grande que llegue a tragedia, ni tan frívolo que caiga en el madrigal del siglo precedente. Amor que no mata pero que corroe la vida con lentitud, en contemplación y soliloquio estéril y hace poner los ojos y el deseo donde no están las probabilidades ni la promesa de venturas. Y de esas pasiones, casi siempre imaginadas y de cabeza más que de corazón, urdidas a distancia, desiguales y enervadoras, se nutrió aquella generación y fué Bécquer el maestro más relevante si bien el más puro de todos. Abrid uno de esos tomos atrasados de *La Ilustración Española*, de que hablaba poco ha. ¿Veis esa alegoría del verano, esa noche del Retiro, ese baile espléndido bajo las arañas de un salón ducal? ¿Veis esa belleza anacrónica y toda esa juventud, que hoy peina canas o discurre ya por el campo de los asfodelos y entonces amaba, suspiraba, hervía de pasión?

Pues esa fué la generación de Bécquer, la que se formó en la escuela de sus *Rimas* y se impuso su modalidad sentimental. Yo recuerdo todavía

aquellos años. He visto enviar y devolver una y otra vez de casa a casa y de gabinete a gabinete, el libro sobado y cien veces leído y vuelto a leer. Lo he descubierto encima del velador o del piano de la colegiala, sobre la mesa y entre los papeles del notario. He vivido los días de su celebridad, de su apogeo, de su señorío sobre los espíritus, que no es posible comparar con ninguna de las influencias, con ninguna de las admiraciones literarias de la hora presente. Escogió Bécquer para verter la esencia de su espíritu el vaso deleznable de la rima asonantada. El tiempo ha ido evaporando en gran parte dicha esencia y la arcilla se ha resquebrajado. La asonancia hay que reservarla al romance propiamente dicho. En los versos de arte mayor es una cosa híbrida e inconsistente que no alcanza ni la plenitud del consonante perfecto ni la libertad y pureza marmórea del verso libre. El asunto más poético y preñado de sentido si se le confía a la asonancia, cuando no se trata del romance tradicional, tiene siempre un no sé qué de improvisado, de abocetado e interino que hace pensar en la *maquette* y no en la obra definitiva e inconmovible...

Y estas y otras divagaciones más que dejo para otra ocasión, absorbían mi mente y llenaban mi

silencio aquella noche, al entrar de nuevo en Sevilla, después de haber visto de lejos el monumento de uno de tantos ídolos como va arrinconando la humanidad tornadiza.

Indolencia

Pasar de Sevilla a la otra parte del río, un día de sol, y embocar el ancho puente de Triana a esa hora matinal en que las ciudades se aprovisionan y la gente acude a sus menesteres, es una impresión que difícilmente olvidará el viajero, por muchos años que viva. La España tradicional, así literaria como pictórica, parece que se le revela de súbito. En aquel ir y venir incesante de arrieros, carboneros de la sierra, chalanes y esquiladores, cigarreras que se dirigen al trabajo, lecheras y vendedoras de pescado; en los aguaduchos y puestos de buñuelos y fritangas; en las tiendas de olleros y talabarteros de la plaza contigua; en los carros cargados de leña o de pellejos de vino y aceite; en la movilidad y sucesión siempre continua y siempre variada de tantas imágenes, reconocemos el fluir del tiempo y de la vida, esa «sensación de la corriente perdurable — e inexorable — de las

cosas» que tan sutil e intensamente ha expresado *Azorín* en su último libro, *Castilla*, libro de ayer pero que ya parece clásico y ennoblecido por las centurias.

Abajo, las ondas del Guadalquivir corriendo, pausadas e incesantes, al Océano en que se funden y aniquilan; arriba, sobre el puente, ese otro río humano que corre a verterse en el piélago de la eternidad, día tras día, año tras año, con ondulante pero indefectible constancia... ¡Visión de españolismo ésta, que por su grandeza y amplitud hay que llamar cervantina! Porque si se busca una localización o momento concreto de ese mundo imaginario que los libros y las creaciones artísticas han dejado en nuestra mente; si queremos situar en un punto y una hora esa España-abstracción que surge de la literatura y de las interpretaciones gráficas que los siglos acumularon, el puente de Triana resulta insubstituíble y casi único. El observador más desprevenido experimenta en él una súbita sensación de continuidad evolutiva; de identidad substancial entre ese río de ahora y el del siglo XVI, entre esa pululante multitud de ahora y las multitudes que pasaron y se extinguieron y dejaron su espíritu o su proyección espectral en páginas y en lienzos inmortales.

Diríase que esos ociosos, desconocidos y graves, que toman el sol de espaldas al pretil del puente, son todavía los grandes observadores y anotadores de la vida española: Cervantes, Velázquez, Mateo Alemán, Quevedo, Goya, que vienen de incógnito a saborear el espectáculo de la muchedumbre abigarrada en la cual perdura el alma y la fisonomía que les inspiró, convirtiéndoles en famosos artistas. Porque Sevilla, tanto como ciudad fantástica y como ciudad musical, favorita del arte moderno, fué también emporio de realismo y sede de la novela picaresca. Triana y su puente comunican esa sensación como apenas lugar alguno logre despertarla en la Península; y uno se ufana allí para descubrir a Guzmán de Alfarache, para seguir los pasos a Rinconete, a Repolido, Chiquiznaque o la Pelona que todavía discurren, bajo nuevas formas y vestiduras, inmortales por el espíritu y la compenetración con el lugar, entre la multitud que va y viene.

Y así todo el barrio, hasta salir a campo libre por el camino de Santiponce, que conduce a las ruinas de Itálica famosa. Tierras fecundas, las tierras pingües y ricas del delta fluvial, se extienden en llanura, levemente ondulada a veces, a un lado y otro. A lo mejor, el plano de esas tierras

se arruga o enarca ligeramente, sacando una loma, la giba de un montecillo, con una casita en la cúspide, a manera de penacho. Olivos y más olivos, hasta perderse de vista. Y luego alguna fábrica, suelta, con una chimenea muy alta y unos almacenes enanos y unas paredes con manchones de hulla que nos devuelven, por un momento, la perdida noción del progreso industrial y de sus problemas y conflictos pavorosos. Y, para borrar esta impresión, un merendero aquí, construído de tablas mal ajustadas y mal embreadas; y una casa de comidas luego, y otra después, y una venta a continuación con todo el carácter de la vieja Andalucía, de la auténtica España de siempre; una venta como aquellas que amaba Merimée hasta el punto de confesar que en sitio alguno del mundo se había sentido tan feliz como a la sombra de su porche, hablando con las mozas, los labriegos, los mayorales y los contrabandistas.

Allí, junto a una columna de ese porche, arrimados a una mesita sórdida, dos hombres jugaban al dominó. Un poco más lejos, otro apoyaba el respaldo de su silla contra la pared, y miraba lejos, echada el ala del sombrero sobre los ojos para resguardarse del sol. Eran las diez de la mañana. Aquellos jugadores abstraídos, aquel solitario en-

simismado, parecían haber dado cima a sus quehaceres y no tener nada urgente que les reclamara ni en el campo, ni en el taller, ni en la fábrica, ni en la tienda. ¿Cómo no pensar entonces en el vértigo de la civilización y de las grandes urbes industriales: en lo que hace veinte años llamaban los sociólogos «lucha por la existencia» y hace diez «vida intensa» y a estas horas distinguirán con otra denominación no popularizada todavía?

El observador más superficial hubiera pensado a la vista de aquellos ociosos lo mismo que a mí se me ocurrió: «Mientras estos hombres toman el sol y juegan o divagan, el mundo moderno, en Europa y América, trabaja febrilmente: construye, fabrica, acarrea; escribe cartas, anota asientos, libra cheques y *warrants*, expide telegramas; teje la trama complicadísima del vivir moderno; se enardece con la competencia y se agita con las convulsiones sociales más peligrosas... Pero esas convulsiones, esos estremecimientos, esa actividad febril, llegan ya a manera de olas amortiguadas e imperceptibles a este extremo de la tierra, que las recibe indiferente como la arena de las grandes playas en que se adormece el mar.» Y entonces también piensa uno en el objeto de la vida y en las diversas concepciones de la felicidad

que vienen disputándose la opinión de los pensadores y la tendencia de los pueblos.

Cierto que, desde antiguo, la vida se presenta como lucha: *vita militia est*. Pero esa lucha, imposición inexorable de la realidad, ¿es el objetivo, es el término del esfuerzo humano, o bien debemos colocar fuera de ella y más allá de ella el ideal supremo de nuestras aspiraciones? La sociedad moderna se ha entregado, acaso con ceguedad impulsiva, a ese vértigo que la arrastra sin saber adónde: el trabajo por el trabajo y no por la redención, la actividad por la actividad y no por la mejora. Maravillosas son en un aspecto las conquistas de la civilización, formidables los progresos realizados en dos siglos, estupendas las transformaciones operadas a vista de nuestros ojos. Mas no hay inteligencia verdaderamente elevada ni espíritu escogido que no se pregunte con ansiedad y vacilación si el resultado corresponde al esfuerzo y si el balance final es, en suma, favorable o adverso a nuestra especie. Libros famosos, voces de inquietud surgen todos los días glosando y apurando la misma interrogación, inquiriendo lo que haya de real en esa tiránica idolatría y lo que ella contenga de ilusorio, controvertiendo la antinomia del mayor progreso enlazado con la mayor miseria.

Porque vulgarmente el problema no suele plantearse con arreglo a sus términos propios: ¿son más felices los hombres? ¿retrocede el dolor? ¿se amengua, por la acción de ese complicado mecanismo científico y social de nuestra época, el sufrimiento y la queja de la humanidad? No suele preguntarse el común de los hombres, si la substancia se modifica y perfecciona en razón directa de esas apariencias superficiales y cutáneas o bien si queda idéntica a sí misma, eternamente estancada dentro de su infranqueable nivel, cuando no desciende y empeora. Hablaba hace un momento del último libro de *Azorín*. De este libro forma parte cierta joya titulada *Una ciudad y un balcón*, que figurará más adelante en las antologías castellanas, como una de las pequeñas obras maestras del siglo XX.

Dicha joya, medio cuento, medio artículo, revueltos en espiritual fantasía, nos habla de una casa vetusta, en una plaza solitaria, con un balcón en el cual se renueva cada época el espectador: una figura melancólica que apoya el codo en el brazo del sillón y la pensativa cabeza en la palma de la mano. El espectador es siempre diferente; el tiempo ha cambiado cada vez; la ciencia, el progreso, la política han operado en cada etapa trans-

formaciones estupendas. Pero el dolor, la tristeza del contemplativo que, sucesivamente, viene a ocupar aquel puesto hereditario, son siempre los mismos: en el siglo XV, cuando acaba de inventarse la imprenta y descubrirse un mundo nuevo; en el siglo XVIII, cuando acaba de ocurrir una gran revolución que dice haber hecho felices y hermanos a todos los hombres; en los comienzos del siglo actual, cuando el planeta está cubierto de una red de vías férreas y el hombre vuela por los cielos en extraños aparatos y los trabajadores de todo el mundo se dan las manos por encima de todas las fronteras.

En el balcón aparece en cada centuria de esas, un observador melancólico; cada vez está allí, y, a despecho de las mutaciones, de las revoluciones, de los descubrimientos y de las grandes conquistas del progreso, apoya su cabeza en la palma de la mano y una tristeza muy honda empaña sus ojos. «¡Eternidad, insondable eternidad del dolor!» añade el delicado artista que nos ha descrito estas calladas y patéticas escenas. Sin duda por eso y bajo la influencia del sol de aquella mañana, de aquel aire tibio, de aquellos campos fértiles, de aquella naturaleza letalmente seductora, pensé que acaso los jugadores abstraídos y el hombre que medio

dormitaba bajo el porche de la venta, tengan una punta de razón.

«Mustio collado»

La memoria tiene, a lo mejor, extrañas, inexplicables preferencias. Si yo trato de evocar y puntualizar ahora mis años de primera enseñanza, en la escuela de párvulos, ¿cómo se me presenta semejante recuerdo? ¿Qué es lo que sobrevive al naufragio del tiempo? ¿En qué imágenes, sensaciones o recuerdos viene a resumirse y condensarse la reminiscencia de aquel tiempo? Veo, en primer lugar, una pequeña ciudad levítico-nobiliaria, con calles angostas, al fondo de las cuales desciende el sol como a un foso; veo un caserón que por ventura había sido residencia señorial, una sala llena de bancos, una tarima, unas paredes cubiertas de mapas y carteles de lectura del método de Flórez, unos armarios llenos de material de enseñanza: esfera terrestre, esfera armilar, sólidos geométricos. Oigo la voz de los niños deletreando la cartilla, recitando el epítome de la Real Academia Española, con sus ejemplos inolvidables:

Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora...

Yo bien trataba entonces de adivinar cómo

serían los campos que Fabio contemplaba, y el motivo de esa aflicción del poeta, y por qué Itálica fué famosa, y aun qué era o significaba el nombre de Itálica, tan enigmático y fabuloso para un niño de seis años. Mas he aquí, que una mañana de octubre, cosa de cuarenta años después, aquel niño convertido en hombre maduro, con la barba que empieza a blanquear y cuando menos podía presumirlo, salta del coche al pie de unas ruinas, junto a unos pedruscos enormes y a trechos desmoronados. Son las propias ruinas de que hablaba el incomprendido ejemplo del epítome, allá, en la vieja escuela de su niñez. Y la atención se bifurca entonces en sentido del recuerdo personal y en sentido de la realidad que contemplan los ojos. Así como la melodía olvidada que suena de improviso en la soledad de la noche, o el rastro de una esencia que viene a sorprendernos al encontrar por casualidad el añejo frasco que la contuvo, nos devuelven la noción de un tiempo que pasó y de la felicidad evaporada con ellas, así también las ruinas de Itálica, antes que la poesía o sentimiento arqueológico, despertaron en mi alma, por un instante, el eco de aquella edad primera que, en grata, inefable absorción, reviví por unos minutos con plenitud absoluta.

Mas, ese estado subjetivo cedió poco a poco a otras impresiones y la contemplación del vetusto monumento ahogó con su grandeza la pequeñez de esas reminiscencias personales. Penetramos por una de las puertas, descarnadas ya de todo adorno, sin mostrar otra cosa que la osamenta de la casi ciclópea construcción. Seguimos el largo corredor elíptico, perforado por aberturas y tragaluces, por lóculos y estancias diversas, que recuerdan al visitante la espantosa aplicación de tan soberbia fábrica; bajo esta bóveda rugían las fieras, hambrientas y excitadas por los bestiarios; aquí los gladiadores aguardaban la hora del combate y de la muerte; en esta mazmorra se hacinaban las víctimas destinadas al sacrificio, oyendo el rumor de la multitud que iba poblando las gradas y el rugido de los leones y los tigres cuyas garras despedazarían, dentro de poco, sus carnes palpitantes y temblorosas, sacudidas ya por indecibles espasmos; a esta ancha puerta del *spoliarium* serían arrastrados los restos informes y sangrientos de la lucha, acompañados por el ronco vocerío de la colonia imperial, ebria de sangre, de orgullo y de lujuria.

Un viento otoñal, entrando por los mil huecos de la gran colmena abandonada, sacudía los jara-

magos y las parietarias, que crecen bajo la planta de la historia, en las grietas y junturas de los monumentos por donde pasaron la gloria o la abominación, cubriéndolos indistintamente con su manto de piedad y de olvido. Un tufo de humedad, un vaho de sangre no vengada parecían flotar en el corredor abovedado y sombrío. Ascendimos hacia la luz por las losas mal ajustadas y movedizas de un *vomitorium*, o boca de entrada al anfiteatro, y éste se nos apareció entonces en toda la solemnidad de su grandeza, de su silencio y de su devastación. De los tres órdenes o rangos de gradas dos quedan todavía en pie; el rango superior rindióse «a su gran pesadumbre» y cayó hacia fuera, rodeando el edificio de un ánulo de piedras, escombros y conglomerados de cemento, enormes como peñascos. Hasta veintiséis gradas pueden contarse desde la parte interior, siendo posible distinguir el foro y los canales para las naumaquias o fiestas navales. Desde lo alto de la gradería, domínase también todo el «mustio collado» de que habla la famosa *canción*, una de las poesías en que el sentimiento arqueológico se haya expresado con mayor gravedad y energía, con más íntima fidelidad al paraje.

De aquellos asientos desiertos, de aquellos

alvéolos y celdillas del inmenso panal, parecía ascender el rumor sordo y trágico de las multitudes ausentes. El crimen histórico para el cual se había levantado aquella mole se revelaba más bárbaro, más odioso y más inmundo en medio de la soledad acusadora, en la cual la conciencia del hombre, sin complicidades ni excitaciones que la adormezcan, es oráculo de la justicia y de la indignación. Todo lo ha englutido el tiempo: dominadores y vencidos, verdugos y víctimas, plebe y patriciado; todo lo que poblaba esa gradería llenándola de vistosa animación, y el pueblo-rey, y la raza misma de que Itálica era retoño, y la lengua en que fijó su genio y eternizó sus leyes, y los mármoles de que decoró sus conquistas y embelleció sus recreos y palacios, todo, todo se despeñó en la gran sima del tiempo voraz, vengador y nivelador inexorable.

El guardián del edificio, un viejecillo de pura cepa sevillana distinguido con el nombre, muy andaluz también, de Vicente Reyes, recitaba impertérrito su soñolienta explicación: «Hasta aquí venían los gladiadores a rendir sus espadas y saludar diciendo: *Ave, Cæsar Imperator! Morituri...*», etcétera. Y se volvía, de vez en cuando, para observar en nuestra cara el asombro que habían

de producirnos sus revelaciones; asombro que nosotros, para no lastimar su amor propio profesional, procurábamos revelar con la mayor viveza. Por otra puerta en ruinas, a la parte del estrado imperial, salimos al campo libre de aquella suave hondonada, nos despedimos de Vicente Reyes, le preguntamos por su oficio, hicimos votos por su salud. Más de cuarenta años hace que desempeña su modesto cargo y, adosada a los muros del anfiteatro, tiene una casita, con aspecto de ventorrillo, con su jardín casi microscópico, su toldo de enredaderas y su poyo corrido, sobre el cual unos lebrillos y unas cazuelas estaban puestas a secar.

El contraste entre la grandeza histórica del anfiteatro de Itálica, entre los recuerdos del municipio fundado por Escipión *el Africano* — del cual habían de salir más adelante emperadores tales como Trajano, Adriano y Teodosio, — y aquella nota tan doméstica, tan vulgar, tan insignificante, no podía ser más pronunciado. Este contraste continúa en el pueblo inmediato de Santiponce, y, antes de Santiponce, en una venta próxima a las ruinas, que desde las sublimidades de la historia nos transporta a las trivialidades del tiempo presente, con su rótulo de almazarrón que dice: *Venta*

de la Curra. Y seguimos camino abajo, hacia Sevilla otra vez, por el camino entre olivares en la parte más pingüe de esas riberas del olivífero Betis. Y volvemos a admirar las tierras crasas y el inteligente laboreo de ellas; y volvemos a cruzarnos con carros, acémilas y reatas que van o vienen, cargados o de vacío, y poco a poco la visión cervantesca reaparece, rica de color y de garbo. Y otra vez saludamos los mismos bodegones, los mismos figones, la misma venta, en la cual continúan jugando su partida, como dos horas antes, los incógnitos desocupados y continúa dormitando de cara al sol, con el sombrero echado sobre los ojos, el ilustre contemplativo que ya conocen los lectores.

Al sentarnos a una de las innumerables mesas, en el flamante comedor del hotel, después de aquella excursión de toda la mañana que sumió nuestro espíritu en la sugestión de la edad antigua y en las reflexiones y confidencias que son como el eco mismo de las ruinas y la soledad, sentimos una profunda impresión de anacronismo y extrañeza. Nuestra mente bullía de visiones añejas: senadores y procónsules, ediles y legionarios, lictores con sus fasces y patricios en su litera o tendidos en el triclinio de los banquetes, libertas, danzatrices,

túnicas, laticlavas. Habíamos pasado también a través de otra época histórica: la España de hierro de los siglos XVI y XVII con sus capitanes, y sus ascetas, y sus pícaros, y sus cuadrilleros, y sus alguaciles, y sus estudiantes... y, sin transición, bruscamente, nos hallábamos servidos a la moderna, en un comedor confortable pero exactamente igual a todos los comedores de hotel, por unos mozos vestidos de frac como todos los mozos, con arreglo a un *menu* redactado en francés a semejanza de todos los *menus*, con las mismas faltas de ortografía, y junto a una porción de señores y señoras muy agradables vestidos lo mismo que se viste ahora de un cabo a otro de la tierra.

En Cádiz

Fué tan rápida y borrosa la impresión de Cádiz que apenas me atrevo a reconstituirla, no habiendo dejado en mi memoria más que lo que llamaban una «mancha» los pintores de la otra generación. La huelga de los ferroviarios retrasó nuestro viaje y cuando pudimos llegar allí, los festejos del centenario de las Cortes tocaban a su término, mejor dicho, habían acabado ya. Entramos muy de

noche en la población, como que nuestro tren llevaba tres horas de retraso; el coche a que subimos para ir a la fonda cruzó un paseo iluminado con arcos voltaicos; vimos unos mástiles con gallardetes, unas guirnaldas de bombillas eléctricas no encendidas, los últimos restos del adorno mustio y de las galas marchitas que quedan como resabio de semejantes apoteosis. El coche torció hacia la derecha y después hacia la izquierda por unas calles rectas, limpias, acicaladas, que se entrecortan en ángulos rectos; y volvió a torcer y desviarse en un sentido y en otro, hasta que perdimos toda noción del rumbo seguido y de nuestra situación fija sobre el planeta.

Esas entradas de noche, en una ciudad que no se ha visto nunca, son el mejor aperitivo que se pueda proporcionar a la curiosidad. El carruaje del hotel, con los cristales empañados a causa del frío exterior, rueda pesadamente por el arroyo, a la luz de los faroles de gas, empañados también y rodeados de una tenue aureola, mientras las sombras angulares de las esquinas caen sobre el pavimento lustroso por la reciente lluvia. Todas las casas están cerradas. Acaso una cervecería, un «montañés», un café provincial soñoliento y casi vacío, proyectan sobre las losas brillantes su cua-

drilongo de claridad y dejan ver la última tertulia de trasnochadores, la solitaria alineación de mesas y espejos envejecidos, el mozo que bosteza en el mostrador. Uno piensa en cómo será mañana todo eso; y se encierra en su habitación y procura conciliar el sueño, extrañando los ruidos, las voces, la manera de cantar de los serenos, las campanadas del reloj cercano, el silencio mismo de la ciudad dormida que no se parece a los demás silencios...

Entonces, en esa zona irreal que fluctúa entre la vigilia y el sueño, se dan cita los recuerdos, las reminiscencias, las nociones adquiridas en viejas lecturas. ¿Qué sé yo de la famosa «tacita de plata» en que me encuentro ahora? ¿Cómo difiere la realidad del tipo en que quiso representársela mi imaginación? ¿Dónde fuí elaborando esa representación arbitraria y cuáles son los elementos de que procede? Me acuerdo, en seguida, de Byron, de la *Peregrinación de Childe-Harold*. Byron acababa de estar en Sevilla, adonde había ido a caballo desde Lisboa. Una guerra espantosa está asolando a España. Desde Talavera a Sevilla no encuentra más que ruinas, devastaciones, escombros humeantes. Pero la alegría y el bullicio, reinan a pesar de todo, al pie de la Giralda; la ciudad del Guadalquivir se entrega descuidada, según el poeta, a sus

habituales distracciones y placeres. Sus noches arden en verbenas y saraos; el crótalo de las danzas populares resuena hasta la aurora en las márgenes del río; la locura agita sus cascabeles y golpea sus panderetas como para apagar la lejana trepidación de la artillería de Soult, rodando por los desfiladeros. El jazmín y el azahar envían su perfume a las altas estrellas.

Allí vió, en el encantado paseo nocturno, a la famosa Agustina de Aragón, la heroína del reciente sitio de Zaragoza, cuyo retrato pintó Wilkie, el amigo de Byron. Allí la vió, tal como la describe en el primer canto del poema: delicada, femenina, llena de pudor y timidez, pero arrebatada por el ardor patriótico. Parecióle imposible que fuese esta misma la que «las torres de Zaragoza vieron mirar cara a cara el peligro y su cabeza de Medusa, sonreírle, aclarar las filas enemigas y guiar a los combatientes por el terrible sendero de la gloria». Porque esas mujeres de Hesperia, añade, no son amazonas feroces; creadas fueron para el amor y sus delicias. A su lado le parecen insoportables las beldades del norte, frías, afectadas, melindrosas.

Y en Cádiz es donde se desborda su entusiasmo báquico, su estro libertino. ¡Cómo se extasía ante

la ciudad radiosa y blanca que surge de un mar de turquesa; ante la mansión de las gracias, de la voluptuosidad y del deleite, cuyas auroras llegan siempre a tiempo de iluminar inextinguibles orgías! ¡Cuán sombrío y fastidioso le parece entonces el recuerdo del domingo en Londres, con sus menestrales sórdidamente vestidos de fiesta, sus insípidas excursiones a Hampstead, a Breutford, a Harrow, y sus barquichuelas del Támesis paseando petimetras emperifolladas! En Andalucía, en cambio, el toril abre sus puertas; una muchedumbre impaciente desciende por las gradas y ocupa todos los asientos; una lidia, pródiga en emociones, ofrece la visión de la sangre, de la valentía, de las fuertes costumbres de otra edad, heroica y caballeresca. En este ambiente gaditano, germinó la célebre canción *A Inés*, principio y modelo de todos los brindis y cantos de orgía del romanticismo, y de aquí se llevó a Oriente todas las sugestiones y elementos locales del futuro *Don Juan*.

Después de Byron y la poesía romántica, las Cortes de 1810 y la elocuencia política: Argüelles, Calatrava, Muñoz Torrero, el conde de Toreno, Antillón, Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano. De los *Recuerdos* de este último proceden la mayor parte de mis sugestiones: la otra parte, débola a

don Adolfo de Castro y su opúsculo *Cádiz en tiempo de la guerra de la Independencia.* En los *Recuerdos* de Alcalá Galiano se refleja el último esplendor de la ciudad marítima, que acababa de ser el centro de la navegación de América y que conservaba aún restos muy valiosos de su monopolio antiguo y de su prosperidad amenazada de muerte. Era el Cádiz de los días de Trafalgar: el puerto extranjerizado y de costumbres cosmopolitas donde ya se vestía a la europea, con sombrero redondo, levita de esclavina y media bota, cuando en Madrid todo el mundo usaba coleta, sombrero de picos y zapato con hebillas. La población limpia y aseada y con buena policía, se picaba entonces de mayores adelantos que Madrid y aun los naturales de ella sufrían una verdadera decepción al llegar por primera vez a la corte y encontrarse con las calles llenas de basura, las casas sin excusado, las vías públicas obstruídas por quien quisiera ocuparlas para su oficio o profesión, mientras las gallinas y aun los gorrinillos andaban sueltos por ellas como en cualquier aldea o población de la Mancha.

Castro nos habla especialmente de la ciudad que vino a ser capital interina de España durante las mismas Cortes cuyo centenario se ha celebrado

últimamente, en dos etapas distintas, sin que en ninguna se haya despertado una chispa de entusiasmo en todo el reino ni haya estado la solemnidad a la altura de los propósitos ni de la fecha y objeto que se celebraba. En Cádiz vino a congregarse, después de la caída de Sevilla en poder de los franceses, después de la dispersión o fuga de la Junta Central, todo lo que pudo salvarse del naufragio: ministerios, oficinas, Consejo de Regencia, militares dispersos, empleados errantes. En Cádiz fueron convocadas las Cortes y, usando el viejo tropo doceañista, «tuvo su cuna la libertad constitucional». En el oratorio de San Felipe se reunió nuestro primer Congreso; y en sus altas galerías o tribunas actuaron, bajo la dirección del cojo de Málaga, los primeros patriotas y manifestantes, llamados por ello *galeríos,* que apabullaban a Ostolaza y exaltaban y vitoreaban al divino Argüelles, en el trágico-burlesco pugilato de «liberales y serviles».

La prensa periódica nació entonces como verdadera institución política, integrante del régimen moderno. Cosa de cincuenta diarios llegaron a aparecer en Cádiz desde 1810 a 1814: *La Abeja, El Mercantil, El Conciso, El Diario de la Tarde, El Procurador General, El Concisín,* novadores y

constitucionales la mayor parte, afectos los demás al bando absolutista puro. La calle Ancha vino a convertirse en una especie de Puerta del Sol: punto de reunión de los desocupados, bolsa de la política, mercado de noticiones, salón de conferencias al aire libre. Mientras tronaba el cañón francés los padres de la patria legislaban, los oradores de esquina continuaban sus arengas y las gaditanas, según la célebre seguidilla, se hacían tirabuzones con el plomo de los gabachos. La ciudad era entonces una enorme grillera donde hervían y chillaban toda suerte de bichos, junto a las más contadas notabilidades y eminencias que buscaron el abrigo de sus muros. El Congreso, el teatro, los gaceteros y plumistas, los cómicos, los diputados y los covachuelos, comunicaron a la vieja ciudad atlántica la pasajera animación propia de los estados congestivos.

¿Qué queda de aquel tumulto? Un eco remoto bajo la bóveda de San Felipe Neri; un vaho imperceptible en los rincones de las casas antiguas y en la soledad de las plazuelas silenciosas; unos veintitantos volúmenes del Diario de las Sesiones de aquel primer Congreso, y ¡ay! también el desgarrón horrible de todo un pueblo, partido en dos mitades irreconciliables y no reconciliadas

desde entonces. Esto es, la guerra civil jamás extinta en los pechos y siempre próxima a rebrotar en los campos y en las calles.

Día de lluvia

El día amaneció en extremo desapacible. Ello no obstante, nos dimos prisa en visitar la población y recorrer sus edificios principales: la Catedral, el Ayuntamiento, el Gobierno civil, San Felipe. En todas partes encontramos todavía el trajín sucedáneo de las pasadas fiestas. Carpinteros, tapiceros y mozos, retiraban la tramoya, puesto que la función había concluído, y volvían a la normalidad los salones dispuestos para las ceremonias y sesiones solemnes. Todo eran alfombras arrolladas, sillones a los cuales se ponen las fundas de protección, tarimas y tribunas que se desmontan, macetas de «plantas tropicales» que vuelven al jardín de origen, carteles y transparentes enviados al desván o depósito en que se guardan, de una vez para otra, esas reliquias del patriotismo y del esplendor oficial.

Semejante espectáculo nos hizo pensar en la indiferencia con que la nación propiamente dicha

dejó pasar el centenario de las famosas Cortes gaditanas. Los que quisieron hacer de esa fecha algo así como la conmemoración secular de nuestra toma de la Bastilla, no tuvieron en cuenta, sin duda, la índole de su país ni el escaso aprecio en que tiene al sistema constitucional. Es más fácil todavía mover a los españoles hablándoles de otras efemérides y hazañas más remotas, glorificando otros siglos y otras épocas más distantes, que cautivar su interés con el recuerdo de la Constitución de 1812 y del régimen que se inauguró para engendrarla. La jerarquía oficial no se esforzó gran cosa para dar realce a dicho centenario; pero España, esto es, la sociedad española, el espíritu nacional, la opinión pública, estuvieron ausentes y permanecieron impasibles, cuando no desdeñosos. Ahora se puede decir sin ambages que todo fué frío, convencional, artificioso; y, a juzgar por la parte que tomaron las multitudes en una conmemoración anunciada tan pomposamente, muy poco satisfechas deben hallarse del sistema y de sus resultados positivos durante la centuria en que ha podido hacer nuestra felicidad y sentar las bases de la siempre suspirada y diferida reconstitución.

Por medio del «gaditanismo», la elocuencia,

mejor dicho, la oratoria se enseñoreó de los destinos de España. De la esterilidad de la reforma, de su ineficacia para elevar el nivel del país, nos consolamos los españoles con el honor puramente artístico de poseer oradores célebres. Propensos, como buenos latinos, a la embriaguez de las palabras mágicas, no nos duele trocar por ellas y aun sacrificarle toda suerte de realidad substanciosa. ¿Qué importa que haya sido nuestra nación la peor gobernada del mundo, si hemos tenido la tribuna más brillante de la tierra? ¿Qué importa la tentativa de restauración económica, intelectual, agrícola, de substancia, en la segunda mitad del siglo XVIII, si no pudo ofrecernos la fascinación de las grandes abstracciones sonoras, si consistía en un trabajo silencioso, prosaico, de taller, de biblioteca, de laboratorio, de perseverancia, de fatiga? En cambio, la gloria del Parlamento ha bastado durante cien años a mantener nuestra ilusión y nuestra vanidad patriótica, a llenar de estatuas nuestras avenidas y plazas públicas.

He aquí la del señor Moret, en Cádiz, que admiramos al pasar y que viene a ofrecernos nuevos motivos de meditación. Prescindo ahora del caso personal, del nombre concreto, de las razones locales de gratitud y simpatía que hayan determi-

nado el homenaje. Pero el hecho es que hay muchas de esas estatuas y glorificaciones repartidas por las ciudades españolas. Mientras quedan sin un recuerdo infinidad de personajes consagrados ya por el tiempo y cuya reputación y mérito se hallan al abrigo de todo vaivén, sorprenden al viajero inadvertido no pocos monumentos prematuros, levantados en vida del propio obsequiado y destinados a perpetuar, precisamente, hechos y figuras del período menos glorioso, menos feliz, menos envidiable de nuestra historia. Si estos monumentos fueran un signo sincero y respondiesen a una valoración sabiamente depurada, habría que admitir la siguiente paradoja: que los años del desastre nacional fueron los más pródigos en eminentes estadistas o que los estadistas eminentes no sirven en España para evitar los desastres, contra lo que suele acontecer en los demás pueblos del planeta.

Juzgando por la estatuaria, por la rotulación de plazas y paseos, por los homenajes públicos, por los nombres de los vapores mercantes, nos hallaríamos en una verdadera edad o siglo de oro. Sin saberlo, hubiera sido la nuestra una generación de inmortales y nunca el genio español se hubiera desplegado con tanta majestad y opulencia. Cada

provincia tiene su consagración; cada ciudad su parlamentario o burócrata, su director general, su pequeña celebridad de un día, su personaje de aquellos a quienes durante años y más años «se viene indicando para la cartera de Fomento»; y para todos hay plaza pública, suscripción ayudada por la familia y bronce de artillería vieja cedida por el Estado... He aquí una de las manifestaciones colectivas de nuestro enfatismo, de nuestro meridionalismo, el cual ha de desorientar sin duda a los viajeros ilustrados que comparen tanta gloria, tanto mérito y tanta prodigalidad monumental, con la situación del país y el desconcierto a que presidieron esos claros varones.

Al nublado sucedió la ventisca y a la ventisca la lluvia. El mar se presentaba alborotado, revuelto, de un color cárdeno y plomizo. Asomamos un instante la nariz por la muralla, desde donde contemplaron un día los gaditanos la vuelta de los despojos de Trafalgar; quisimos recorrer los muelles, pero fuénos preciso buscar guarida más segura. Las calles estaban casi desiertas. A lo sumo un carabinero, un grumete, un condestable, pasaban apretando el paso y como para mantener la ilusión de la antigua capitalidad marítima. La lluvia se convirtió en aguacero torrencial que nos

tuvo sitiados en el confortable casino, cuatro, cinco, no sé cuántas horas: toda la tarde, en suma. Los socios entraban, después de dejar en el vestíbulo los impermeables o los paraguas chorreando verdaderos arroyos, y buscaban su sitio predilecto en el gran patio a la andaluza, estilo árabe del Alcázar o la casa de Pilatos, subían al primer piso, armaban su partida de tresillo o tomaban café leyendo displicentemente algún periódico. También predominaban allí los elementos tradicionales de Cádiz: marinos de guerra, contadores, funcionarios del Estado...

¡Suerte extraña la de esta población! Antiguo emporio naval, centro del comercio de Indias, contacto de España con el viejo y el nuevo mundo, capitalidad momentánea del Reino, cuna de las libertades públicas, por un momento pudo abrigar la esperanza de resarcirse de sus quebrantos y pasar a más próspera existencia. Fué cuando, celosa del nuevo régimen que nació dentro de sus muros, temiendo por la suerte de la Constitución que allí se había engendrado y por la del Congreso al cual dió albergue, se opuso a la vuelta a Madrid donde habían de hallar uno y otra su sepultura. Esta dignidad, este rango de capital supletoria ha ido desapareciendo poco a poco. Cádiz

es ahora una provincia importante sin duda, pero nada más que una provincia; su prosperidad económica ha ido decreciendo por efecto de mil causas geográficas, históricas, políticas. De aquel animado bullicio de 1811 y 1812, de aquel gárrulo vocerío de los diputados y los gaceteros, de aquella muchedumbre de ociosos y comentaristas de la calle Ancha, convertida en salón de conferencias y en pasillo al aire libre, no queda más que la quietud de esta tarde lluviosa, con este casino silencioso, y esta vaga nostalgia de algo que fué y no volverá nunca.

Que tal es la verdadera impresión de Cádiz: la de un rango perdido lentamente, la de un descenso de categoría en virtud de las fluctuaciones de la historia y del tiempo, la de un infortunio colectivo, semejante al de aquellas familias que pierden la fortuna, sabiendo conservar la nobleza y la dignidad.

Un día en Córdoba

Al dirigirnos aquella mañana a la estación y tomar el tren para Córdoba nos invadió una tenue melancolía: la melancolía inseparable del regreso y de la restitución a la vida ordinaria, después

de alguna de esas interrupciones o paréntesis que, de un lado, hacen grata la existencia, pero de otro contribuyen a deprimirla y a hacernos sentir, por contraste, su monotonía y vulgaridad. Era domingo. El tren que se había formado — un tren modestamente provincial, reservado a los días festivos y que sólo llega hasta la ciudad de los califas — iba lleno de cazadores, de excursionistas, de lebreles y perdigueros. Tomamos nuestro desayuno en el café de la estación, entre una abigarrada muchedumbre de Nemrods sevillanos, entre una baraúnda de perros, zurrones, polainas, escopetas, cananas, trajes deportivos y cestas de provisiones que denotaban el bullicioso contento de las escapatorias dominicales. Con este bullicio contrastaba nuestra íntima pesadumbre. Dimos mentalmente nuestro adiós a la Giralda y a la Torre del Oro, nos despedimos de la joya del Guadalquivir, renunciamos a pensar si esta despedida será eterna o si la casualidad nos llevará a renovarla en otra ocasión y el tren arrancó, por impulso de autómata, indiferente a las cavilaciones y tragedias de los hombres.

El recorrido, desde Sevilla a Córdoba, ofrece uno de los aspectos más interesantes y completos de la famosa Bética. Los olivares se extienden, a uno

y otro lado de la vía, en correctas alineaciones que van a perderse hasta el último confín o suben a las lomas y descienden a los collados, siguiendo la suave ondulación de la tierra. Con los olivares alternan los viñedos y con éstos las dehesas. Por la llanura roja se diseminan las yeguadas o las toradas. Un pastor solitario aparece, lejos, como un punto, en medio de esa diseminación pintoresca, o por un atajo que no se sabe de dónde viene ni a dónde conduce, un jinete cabalga con todo el garbo tradicional de Andalucía. El río se presenta aquí majestuoso y amplio. Unas veces entre peñascales abruptos, otras entre frondas de árboles que se inclinan para mirarse en sus aguas; unas veces corriendo como por un surco gigantesco abierto en la roca, otras dilatándose en los remansos apacibles donde abreva la vaca de hocico aterciopelado, donde mata las horas el pescador fluvial, donde lavan su ropa las campesinas, como en los tiempos de Homero las princesas reales.

Aparece de cuando en cuando un cortijo lejano, una casita de ignorado habitante y aplicación. El tren corre paralelo al río o lo cruza en sus continuos serpenteos, teniéndolo ora a la izquierda, ora a la derecha. Una estación sucede a la otra:

Palma del Río, Lora, Peñaflor, Almodóvar, nombres poéticos en sí mismos o por sugestión de los recuerdos que evocan y del ciclo histórico a que pertenecen y, por último, aparece la sierra de Córdoba, postrera y suave estribación de la Nevada, y buscamos, más con la imaginación que con los ojos, el blanquear de las célebres ermitas cantadas por Grilo, en unas «seguidillas» que eran el encanto de las tertulias de hace treinta años. El grito prolongado, interminable, del silbato de la locomotora, nos advierte que el tren llega al término de su expedición. Un tantán de hierros y básculas giratorias, unas sacudidas más violentas, unos retrocesos más bruscos vienen a advertirnos de que hemos dejado la vía libre, de que estamos ya en los anejos de la estación, de que estas calles que pasan vertiginosas y estas esquinas que se doblan rápidamente y estos árboles polvorientos y estos faroles que desfilan como arrebatados por el aire de la carrera, son las calles, y las esquinas, y los árboles, y los faroles de la ciudad del Gran Capitán.

De la ciudad del Gran Capitán, o la ciudad de Séneca, o de Lucano, o de Averroes, o de Maimónides, o de Góngora, o de Valdés Leal o de... Guerrita, que aquí la antonomasia y el pleonasmo

tienen donde escoger para dar variedad a sus giros y no cansar con la monotonía del nombre propio. Saltamos del tren con las piernas entumecidas; salimos a la otra parte de la estación y subimos a un vehículo, mitad jardinera, mitad calesa, que nos habla a la vez de ignotos milores o turistas ingleses y de tardes de corrida, bajo un sol ardiente y deslumbrador. Minutos después estamos en el hotel; y, para hacer honor a la tierra y sostener antes del almuerzo las fuerzas mal reparadas con el café del desayuno, se nos ocurre, por primera vez en tierra andaluza, pedir *manzanilla*, mientras atendemos un poco a nuestro aseo personal antes de salir a la calle.

Muchas veces había observado que la fama no corresponde a la realidad, llegando, por prurito de paradoja a negar que hubiese flores ni *paella* en Valencia y a sostener que casi todas esas atribuciones de la celebridad son cosas gratuitas y de pura fábula. Ya me intrigó ver que nuestra petición de manzanilla había producido en el hotel un ligero desconcierto, que se procuraba ocultar bajo las formas de la más correcta y obsequiosa solicitud. Noté que se daban órdenes, que salía un *groom*, que volvía a entrar con un paquetito, que se avivaba el fuego en la cocina, que se preparaba una

bandeja. Pero nuestra alarma subió de punto, al ver que terminada la *toilette*, acepillados la ropa y el sombrero y reconfortados nosotros con la acción bienhechora del agua fresca, tuvimos que salir al *halle* del hotel, en forma de patio andaluz, y aguardar un buen cuarto de hora, mientras uno de los camareros procuraba tranquilizarnos con estas palabras: — Dentro de un momento quedarán servidos los señores.

Y, efectivamente, al cabo de pocos minutos apareció sosteniendo una gran bandeja, y en ella rodeada de bizcochos, dos tazas de humeante, de hirviente camomila, que si nos las tomamos, con el calor bochornoso de aquel día, creo que estaríamos aún bajo la acción de tan copioso y recomendable sudorífico. Entonces hube de pensar en la vanidad del hombre, orgulloso de sus grandes idiomas. «He aquí — me decía yo, para mis adentros — que te has pasado la vida oyendo hablar de Andalucía, de las costumbres andaluzas, de los vinos andaluces; que has oído ponderar la *manzanilla* como el néctar clásico de esta tierra, en el cual se ha liquidado la luz del sol y las arenas de oro del viejo Betis se han hecho transparencia y fluidez; he aquí que durante años y más años, en otra tierra y otras ciudades de diverso idioma y espíritu, has

visto en esas botellas largas y afiladas como vírgenes trecentistas, el símbolo de la juerga meridional, y no te llegaba el momento de venir un día a probar el vino andaluz por excelencia en su propio solar y patria; y que cuando lo has conseguido y acabas de pedir triunfalmente que el Ganimedes o la Hebe del hotel escancien una copa de esa secular ambrosía, te presentan una tisana digna del doctor Purgon o del doctor Diaforus o de cualquiera de los insignes representantes de la medicina inmortalizados por Molière.»

Resultado: que deshicimos el error o mala inteligencia y pedimos perdón por nuestra buena fe de llamar las cosas por su nombre, según lo tienen consagrado en una de las grandes lenguas europeas. Juramos no pedir manzanilla en lo que nos reste de vida, si alguna vez deseamos beberla; procuramos grabar en la memoria estas palabras necesarias para ser entendidos: «tráete unos *chatos*», y orgullosos de nuestra suficiencia filológica y después de haber consumido cuestión de medio chato de esos, salimos a recorrer la ciudad, reservando como final el número imponderable de la Mezquita.

Realmente es la ciudad actual el esqueleto calcinado de la vieja ciudad árabe; algo así como

un joyel de que hubiesen sido arrancadas las perlas, los rubíes y topacios, pero conservando todavía el diseño y todos los alvéolos y cavidades de su antigua ornamentación y riqueza. Calles retorcidas y culebreantes, cuestas, costanillas, recodos, rampas, el plano de Córdoba se presenta hoy substancialmente como pudo ser hace diez siglos. Sólo las construcciones han variado, que la planta no. La planta se conserva como una especie de «mascarilla» modelada sobre el gran cadáver de la población de ayer. De la época musulmana, fuera de la Mezquita no queda vestigio apreciable. Respetando su antiguo perfil, las calles se han modernizado y se han renovado los edificios. Algunas nuevas vías, algunos paseos modernos acusan la acción de nuestra centuria y el intento general de reformas urbanas que ha solido acompañarla en todas partes. Mas, a pesar de eso, gravita sobre Córdoba el peso de sus anales y aquel estupor de las viejas matronas agotadas por una vida de terribles y gloriosos alumbramientos.

Despedida

Cuando llegamos a la Mezquita, el *cicerone* titular, viendo que era tarde y no venían los siempre esperados ingleses, se retiraba ya a sus tiendas para anotar un día inútil. A nuestra vista se animó de súbito, pensando que no todo lo había perdido aquella mañana y trató de acompañarnos. Mas, con palabras corteses, agradecimos su solicitud y procuramos inculcarle la seguridad de que no nos daríamos por ofendidos si nos dejaba entregados a nuestra propia suerte y se iba a cuidar de sus quehaceres domésticos, y, con palabras más corteses todavía, insistió en sus deseos de sacrificarse por nosotros y brindarnos el tesoro de sus luces.

En tan amable porfía penetramos en el patio de los Naranjos, después de haber contemplado por fuera el muro de cerramiento y la masa exterior del edificio bajo la cual no sospecharía nadie el prodigio que contiene, bien así como bajo la costra de un terreno árido y pedregoso no suele adivinarse la maravilla subterránea de unas grutas de ensueño. Dicha cerca o muro, ofrece como

treinta y cinco resaltos o contrafuertes que toman aspectos de torrecillas. El patio de los Naranjos, lugar antiguo de las abluciones, formaba antes una misma cosa con la Mezquita y venía a ser como una prolongación de sus naves, al aire libre. Las diez y nueve puertas ahora tapiadas y entonces en comunicación con dicho ingreso, correspondían a las diez y nueve bóvedas longitudinales, mientras las hileras de naranjos y de palmeras, las cinco fuentes de purificación, combinaban, de una manera suavemente voluptuosa, su arquitectura vegetal y el encanto de su música leve, con las magnificencias, silencios y penumbras del interior.

En realidad no se necesita de guía o *cicerone* alguno para comprender la importancia extraordinaria de este monumento, el primero de la España árabe, el mayor de todos sus edificios religiosos y la más grande de las mezquitas del mundo, menos la famosa de la Meca. Con un área poco más o menos igual a la de San Pedro de Roma; con sus ochocientas cincuenta columnas actuales, que antes de la conversión del edificio en catedral cristiana llegarían a mil doscientas; con las diez y nueve naves longitudinales que se han dicho; con las treinta o treinta y cinco transversales; con el doble arco en herradura que traba entre sí

los troncos de esa selva intrincadísima; con el color rojo y pajizo de sus alternadas dovelas; con el sinfín de perspectivas rectas o diagonales que va ofreciendo ese ejército de columnas en perpetuo desfile ante nuestros ojos asombrados; con las siete mil lámparas de plata que ardían un tiempo, según es fama, suspendidas de esos arcos; con los aromas que derretían y con el murmullo acariciador y discretamente oriental de los surtidores; con el olor de azahar y de mirto que traían las auras del patio; con los esplendores, filigranas y riquezas de los tres mirabs... ¿qué espectáculo ni voluptuosidad comparables pudo ofrecer jamás una obra de los hombres?

Todavía ahora, después de las mutilaciones de que ha sido objeto, después de haberse vaciado su parte central metiendo en ese hueco una gran basílica cristiana con todos sus elementos y adherencias: capilla real, retablo, coro, cúpula; todavía ahora la impresión que deja esa mezquita es la impresión de inverosimilitud, de irrealidad, por la repugnancia de nuestro entendimiento a admitir como existentes las cosas que traspasan aquella medida suprema o máxima a que el hábito y la experiencia de nuestros sentidos nos tienen acostumbrados. Posible es todavía substraer a

las miradas del visitante inadvertido esa mole de una Catedral alojada en el interior de la vieja Mezquita, y pasearle por el dédalo de columnas sin que logre adivinar ni descubrir su presencia, ni más ni menos que se escondió la copa de plata en el saco de trigo de Benjamín.

Cuando se sale a la calle otra vez, después de esa emoción, la luz hiere los ojos como un dardo bruñido. Todo ha perdido ya su interés para nosotros: las calles, los patios poéticos, las rejas historiadas y ennoblecidas por una tradición de amor. Nada puede fijar ya nuestra curiosidad: ni siquiera el Club Guerrita, por enfrente del cual pasamos, contemplando un momento su vestíbulo y terraza llenos de sillones y mecedoras, presididos por una cabeza de toro, disecada y seguramente gloriosa en los anales de la afición. ¿Dónde está el maestro? El maestro no está allí aquel día; el maestro no pontifica aquel domingo. Pero los concurrentes que todavía quedan, los que abandonan el casino en busca de la comida, las chaquetillas, los sombreros cordobeses, las caras enérgicas, rasuradas y de *terra cotta* de los profesionales y aun de los simples aficionados, todo nos habla del gran ausente y de su culto, todo nos dice como ha sido profeta en su tierra.

Almorzamos silenciosamente en el hotel y nos disponemos a pasar la tarde vagando por la ciudad, hasta la hora del expreso. Nuestra expedición ha terminado. Acabamos de ver una de las grandes maravillas del mundo y de gozar una sensación de aquellas que ya no pueden repetirse y nos dejan cierta misteriosa e inexplicada melancolía. Alguna vez, al terminar la lectura de un libro inmortal y anhelado durante mucho tiempo, al doblar su última hoja, me sorprendió esta misma melancolía y taciturnidad. ¿Será que de un modo confuso, presentimos que se nos acorta la «piel de zapa» de las altas y puras fruiciones de nuestra existencia, que hemos borrado un renglón más en el activo de nuestras alegrías y comprendemos que aquel encanto y suprema ilusión no volverán a reproducirse ni hay fuerza humana capaz de resucitarlas con su virginidad de este primer día? No sé; mas es lo cierto que en la economía de nuestras emociones todo tiende a la ecuación, a la compensación, y no hay goce al que no siga ese rastro, como no hay luz que no deje sombra y obscuridad, pregonando la finitud y limitación de nuestras facultades y de todo lo contingente que nos rodea.

La tarde del domingo no llega a pasar nunca en las capitales de provincia, aunque sean de la

importancia de Córdoba. Los paseos resultan holgados para la gente que discurre por ellos. Como el forastero no conoce las costumbres de la población ni posee el secreto de su compás, va a la ventura y no coincide seguramente con la afluencia ni atina con el lugar y la hora de ella. Cansado de pasear se sienta en un café; cansado de este café pasa a una cervecería y ocupa otra silla en otra acera; cansado de la cervecería regresa a su hotel y toma otra silla en la terraza de su hotel. El río de la gente continúa desfilando, algo más caudaloso, por el mismo paseo que no ha perdido de vista en sus correrías anteriores. Pasan algunos soberbios troncos de caballos, verdaderos caballos de raza, tirando de *landaus* o de victorias un poquito arcaicas para la preciosidad de aquellos nobles brutos. La noche va cayendo. Se encienden los faroles del alumbrado municipal. Un cinematógrafo enciende también sus focos eléctricos. En torno de la taquilla se aprieta un grupo enorme de criadas, de niños, de soldados, casi toda la guarnición. La gente se retira acompasadamente, silenciosamente. Unos cazadores vienen del campo, con la escopeta al hombro y un pañolillo alrededor del cuello. Una calesa pregona, con su cascabeleo, la vuelta a la ciudad, después de la jira campestre, quien

sabe si desde largo tiempo ansiada y proyectada...

Es el momento sentimental y eterno de la *sera del dì di festa.* Leopardi conocía profundamente esa tristeza del bullicio acabado, esa sensación de la vuelta, así se trate de una romería, como de una primavera, como de una juventud, como de toda la vida del hombre. También nos despedíamos nosotros de Córdoba, de Andalucía, de la grata excursión, para volver silenciosos *all'usata labore* de todos los días y de todos los meses. También mañana volvería a «ser lunes» para nosotros, es decir, trabajo, lucha, contrariedad, ley inexorable. Y así subimos al ómnibus y nos encaminamos a la estación y tomamos el rápido de Sevilla para Madrid. ¿Hemos sido felices por unos días? Pues acordémonos de aplacar a los dioses con algún sacrificio, a fin de que no se resarzan trágicamente y por su propia mano. Acordémonos de Polícrates y su anillo.

ÍNDICE

San Juan, *estudio crítico-exegético sobre el cuarto Evangelio*, por el P. L. MURILLO, S. J. Un volumen de 570 páginas, de 25 $^1/_2$ × 16 $^1/_2$ cms.

Nadie hay que desconozca los graves problemas que en la actualidad suscita el Evangelio de San Juan en las esferas de la ciencia — lo mismo desde el punto de vista de la crítica que desde el de la Exégesis — y la suma importancia de conocerlos en toda persona regularmente ilustrada, singularmente tratándose de miembros del clero. Basta recordar los graves documentos que vienen sucediéndose emanados de la Santa Sede acerca de los estudios bíblicos, sobre todo el Decreto *Lamentabili* y la Encíclica *Pascendi*, en los que tan excepcional lugar se concede al problema *juanista*. Este libro conságrase a la discusión de tan importante problema en sus múltiples manifestaciones, presentando un análisis amplio y metódico de todos los extremos que abarca la controversia y una exposición clara, sobria y completa del texto evangélico, teniendo a la vista lo principal que la ciencia católica y heterodoxa, antigua y moderna, ha aportado en el planteamiento y resolución del problema. La competencia del sabio P. Murillo en estos trabajos es sobrado conocida para que tengamos necesidad de encarecerla.

Principios fundamentales del Derecho Penal. *Estudio filosófico-jurídico*, por el P. VÍCTOR CATHREIN, S. J. Traducción directa del alemán por el P. JOSÉ M.ª S. DE TEJADA, S. J., doctor en Filosofía y Letras. Un volumen de 276 págs., de 20 × 13 cms.

Libro utilísimo y aun de todo punto indispensable para asentar rectamente, a la luz de la sana Filosofía del Derecho, los principios fundamentales del Penal, que no son otros que los tradicionales de la escuela católica, y derrocar los falsos y perniciosos de las insensatas teorías criminalistas modernas. En cuanto al modo como ha logrado el autor desarrollar el tema, oigamos al sociólogo positivista Durkheim quien dice de la obra «que es notable por la profundidad, el orden y la claridad con que se exponen y critican las diferentes doctrinas acerca del Derecho Penal». Por esta razón no dudamos en afirmar que prestará grandes servicios a los estudiantes de esta asignatura y a cuantas personas deseen instruirse seriamente y con pleno conocimiento de causa en tan importante materia.

La familia, el trabajo y la propiedad en el Estado moderno, *curso de Sociología para las escuelas,* por JUAN ROSSIGNOLI, profesor de Sociología del Seminario de Novara. Traducción de DAMIÁN ISERN, de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Un volumen de 488 págs., de 23 $^1/_2 \times$ 15 cms.

Es una obra seria y muy bien pensada, que se impone tanto por su solidez como por su claridad y concisión en extremo notables. Aunque la escribió el autor para que sirviera de texto en los seminarios y colegios de segunda enseñanza y enseñanza superior, bien podemos afirmar con toda verdad que es *el mejor manual de Sociología publicado en lengua española,* y que responde como ninguno a las necesidades que sobre este particular pudiera tener toda persona medianamente culta. La recomendamos de un modo especialísimo al clero, a los colegios, a los propagandistas y a todos cuantos se interesen por las cuestiones sociales.

